

International Best Seller

*Dingo
Drake*

El Misterio de

JOEL

Un libro de
Dina Drake

El misterio de Joel

Prologo

Katarina siempre había considerado a Joel Falloni el hombre más atractivo que había conocido. Su magnetismo y su presencia imponían un encanto irresistible. Sin embargo, Katarina también estaba al tanto de que Joel no estaba interesado en una relación estable; él prefería mantener su libertad y evitar cualquier tipo de compromiso serio. A pesar de esto, ella no era de las que huían ante un desafío. Cuando Joel empezó a flirtear con ella, Katarina decidió corresponder a su juego con igual intensidad.

Lo que comenzó como un coqueteo ligero y casual pronto evolucionó hacia algo mucho más profundo. Joel, sin proponérselo, empezó a experimentar un deseo genuino por Katarina. Ella, por su parte, comenzó a desarrollar sentimientos más intensos y profundos, transformando su atracción inicial en un verdadero amor. Aunque disfrutaba de cada momento juntos, Katarina decidió mantener sus sentimientos en secreto. Sabía que Joel no creía en el amor verdadero y temía que revelar sus emociones solo llevaría al dolor.

Sin embargo, el destino tenía otros planes. En un giro inesperado, el que solía ser el soltero de oro y símbolo de la independencia, le propuso a Katarina que se casara con él. La sorpresa fue tan grande que casi no podía creerlo. Joel, el hombre que había sido reacio al compromiso, ahora le estaba pidiendo que compartieran un futuro juntos. La propuesta no solo la tomó por sorpresa, sino que también la hizo cuestionar todos los prejuicios que había tenido sobre él. Ahora, frente a esta inesperada oferta, Katarina se encontraba en una encrucijada, enfrentando una nueva realidad que desafiaba todo lo que había creído hasta ese momento.

Capítulo 1

Katarina Rabbane se hallaba sumergida en una agradable bruma, flotando en algún lugar intermedio entre el sueño y la vigilia. El ronroneo del motor y la suave música que surgía de los altavoces del coche le habían hecho arrellanarse cómodamente en el asiento y cerrar los ojos hacia un rato. Fue el repentino silencio lo que le hizo abrirlos de nuevo.

— ¿Qué sucede? — alzó la cabeza y miró por el parabrisas. Temía que hubiera habido algún accidente o algo parecido, pero la serpenteante carretera que recorría el nevado paisaje de Lakeland aparecía vacía por completo.

— Casi hemos llegado — dijo a modo de explicación Bailey Rabbane, su primo y el motivo de que Katarina estuviera allí, sentada, camino de Cumbrian.

Ella pensó que, como explicación, aquella dejaba mucho que desear. Se irguió en el asiento y miró a su primo con curiosidad.

— ¿Por qué te has puesto de pronto tan serio?

Bailey tamborileó con los dedos en el volante.

— Por nada, en realidad — dijo, y luego añadió — He pensado que debía advertirte respecto a Joel, eso es todo.

Katarina arqueó una ceja depilada a la perfección. Bailey se había mostrado bastante reticente a hablar sobre su jefe. Lo único que ella sabía era que tenía problemas con su ordenador y, como se llevaba muy bien con su primo, había decidido echarle una mano. Katarina dirigía una pequeña, pero floreciente empresa dedicada a resolver los problemas que surgían con los programas de los ordenadores.

— ¿Qué le sucede a tu jefe? ¿Es alguna clase de monstruo? — bromeó, y su primo le dirigió una sombría mirada.

— No exactamente. Creo que el mejor modo de describir a Joel es diciendo que es un lobo vestido con piel de lobo — dijo, muy serio.

Katarina nunca había conocido a un auténtico lobo. ¿Cómo sería? Atractivo, sin duda. Rezumaría atractivo sexual por cada poro; de lo contrario, ¿cómo atraería y seduciría a las mujeres? ¿Y qué se sentiría coqueteando con él? Aquel pensamiento hizo que un temblor de anticipación recorriera su cuerpo. Nada le gustaba más que un ligero flirteo con un hombre listo y atractivo. El fin de semana, que hasta ese momento solo le había ofrecido algo de trabajo interesante, adquirió un cariz distinto por completo. Katarina sonrió para sí, se cruzó de brazos y dedicó a Bailey toda su atención.

— Qué interesante. Cuéntame más — sugirió, sin ocultar su entusiasmo.

Su primo gimió, aunque no pareció sorprendido por su respuesta. Katarina era una mujer vital y animada y, en general, veía la vida como una aventura. En lugar de ver a Joel Fallon como alguien a quien debiera evitar, lo más probable era que considerara un reto flirtear con él. Desgraciadamente, Bailey sabía que su jefe no era como la mayoría de los hombres a los que su prima había conocido. Le preocupaba que corriera peligro real, y no quería verla sufrir.

— Hablo en serio, Katarina. Joel es mi jefe y me cae bien, pero eso no quiere decir que esté de acuerdo con su actitud hacia el sexo opuesto. Es un depredador para las mujeres guapas. Cuando ve una que le gusta, va tras ella sin pensárselo dos veces.

Las trata bien, sin duda, pero solo está interesado en tener aventuras. La idea del matrimonio ni siquiera pasa por su cabeza. Y ese es el motivo por el que estás aquí. Aquello solo sirvió para que aumentara la curiosidad de Katarina.

— ¿Quieres decir que una de sus mujeres es la que le ha estropeado el ordenador? Bailey asintió.

— Al parecer, no le hizo ninguna gracia que diera por terminada su relación. Creemos que entró en la casa mientras él estaba de viaje y borró todo lo que pudo del disco duro. Luego el sistema operativo falló y... Bueno, ese no es mi terreno. No sabemos qué más hizo, pero, según Joel, es un caos.

— Comprendo — murmuró Katarina, mientras alababa en silencio el ingenio de la mujer.

Sin duda, su venganza había sido mejor que romperle los trajes.

Bailey suspiró y puso un intermitente para salir de la carretera principal.

— Joel me ha llamado y me ha preguntado si conocía a alguien que pudiera echarle una mano, pero no quiere a cualquiera husmeando en sus cosas. Yo sabía que podía fiarme de ti, pero hasta que no nos hemos puesto en marcha no he pensado que traerte a conocer a Joel era como arrojarte en los brazos del lobo.

— ¿Acaso crees que estará interesado en añadirme a su lista de conquistas? — preguntó Katarina en tono irónico.

Bailey la miró con gesto preocupado.

— Desde luego, cumples todos los requisitos. Ella sonrió.

— ¿Te refieres a qué respiro?

— Me refiero a que eres preciosa — corrigió Bailey. Katarina sonrió.

— Gracias por el cumplido

— De nada.

Ella volvió a arrellanarse en el asiento y contempló distraídamente el paisaje invernal. Era una suerte que el jefe de Bailey no estuviera buscando una esposa, porque no parecía su tipo en absoluto. Ella estaba buscando al hombre que quisiera pasar el resto de su vida a su lado. Sabía que un día lo encontraría y que se enamoraría de él al instante, porque el amor era así. Pero mientras esperaba, no tenía nada en contra de divertirse un poco. ¿Qué más daba que el jefe de Bailey no fuera apto para el matrimonio? Como posible diversión, cumplía todos los requisitos. Además, aquel hombre debía haber llevado el arte del flirteo a las cotas más altas de la perfección. Bailey no debía preocuparse por ella. Tenía la cabeza bien asentada sobre los hombros y no estaba dispuesta a convertirse así como así en la siguiente conquista de Joel Falloni.

— De manera que tu jefe está acostumbrado a conseguir las mujeres que quiere — murmuró, pensativa.

— Algo tiene que ver con ello el hecho de que sea guapo y rico — dijo Bailey en tono irónico.

— Ah, el atractivo sexual...

Katarina conocía su poder. Había caído bajo su embrujo una o dos veces en su búsqueda del amor y del hombre perfecto para ella. Sabía que era tan sensible como cualquier otra mujer al atractivo de un hombre, pero eso no significaba que se dejara llevar así como así por él. A lo largo de sus veintiséis años había tenido solo dos relaciones. No era tan difícil mantener las relaciones platónicas. El sexo por el sexo

nunca la había atraído.

— ¿A qué se dedica? Porque supongo que no se pasa el día persiguiendo mujeres.

— Tiene empresas de ingeniería por todo el mundo. A veces puede ser implacable, pero es muy respetado en Londres y en el mundo de los negocios en general. Se ocupó de la empresa cuando su padre se retiró, y desde entonces no ha hecho más que mejorar. Hay que reconocer su talento, pero, desafortunadamente, está acostumbrado a salirse casi siempre con la suya.

A Katarina no le asustaban los hombres tenaces y tercos. Su padre y sus hermanos eran así, con una clara tendencia a dar órdenes a la pequeña y única chica de la familia porque la querían y debían protegerla. Y ella lo comprendía, pero nunca les dejaba excederse. En consecuencia, sus peleas habían llegado a ser legendarias. Después de todo, era digna hija de su padre, y también ella podía ser muy terca.

— ¿De veras crees que podría sentirme interesada por él?

— Espero que no — respondió Bailey con fervor — . Pero la verdad es que tengo la sensación de que las mujeres son incapaces de resistirse a su encanto.

El problema con Bailey era que la conocía demasiado bien.

— Gracias por el voto de confianza, pero te advierto que no soy ninguna incauta. ¿Se te ha pasado por la cabeza la posibilidad de que no me guste? — la ley de las probabilidades decía que debía haber algunas mujeres inmunes al encanto de aquel hombre.

— Aunque no te gustara, sé que serías capaz de hacer alguna tontería solo para divertirme. Pero ten cuidado, Katarina — advirtió Bailey — . Joel Falloni no es un hombre con el que se pueda jugar.

No había duda de que estaba preocupado por ella, y Katarina se lo agradecía, pero sentía que su primo se estaba excediendo. Era cierto que ella ya estaba pensando en afilarse un poco las garras, pero siempre podía cambiar de opinión.

— Aprecio tu consejo, primo, pero de momento me reservo la opinión. Después de todo, todavía no he conocido a tu jefe.

Unos minutos después, Bailey detenía el coche ante una gran casa construida en piedra.

— Así que esta es la guarida del lobo — dijo Katarina mientras salía del vehículo. Era preciosa.

Bailey tomó los bolsos de viaje del maletero.

— Ven a conocerlo. Espero que tengas una ristra de ajos a mano.

— Eso solo sirve para los vampiros, tonto. Lo que necesito en este caso es una bala de plata, y me temo que no llevo ninguna encima. Lo anotaré en mi lista de la compra.

— Bromea ahora todo lo que quieras — respondió Bailey, serio — . Solo espero que puedas seguir haciéndolo cuando nos marchemos.

Katarina enlazó un brazo con el de su primo y lo estrechó con suavidad.

— No te preocupes. Sé cuidar de mí misma. Él la miró con gesto de duda.

— Hmm. Famosas palabras — se encogió de hombros — . Yo ya te he puesto sobre aviso. Ahora todo depende de ti.

El sonido de unos pasos acercándose llegó hasta ellos desde el interior de la casa, mientras Katarina respondía:

— Ya soy mayorcita. Por si te has olvidado, hace un mes que cumplí veintiséis años.

— Lo sé; estuve allí. Y me alegra decir que te comportaste muy bien. Después de todo,

puede que estés adquiriendo algo de sentido común. ¿Estoy mostrándome demasiado protector?

Katarina sonrió.

— Un poco, pero tienes permiso.

— Mañana vuelo a Alemania, así que no estaré aquí para protegerte.

Katarina se preguntó con ironía si alguna vez dejaría de protegerla su familia.

— Deja de preocuparte. Estaré bien. Pero si las cosas se ponen mal, dejaré que me digas: «te lo advertí».

La puerta se abrió antes de que Bailey pudiera responder. Una mujer de unos sesenta años les sonrió cálidamente.

— Buenas tardes, señor Rabbane. Veo que ha llegado a tiempo — hizo un gesto de saludo con la cabeza y se apartó para dejarlos pasar.

— Dadas las circunstancias, no habría sido buena idea hacer esperar al jefe, Silvia — Bailey hizo que Katarina pasara delante de él — . Silvia es el ama de llaves de Joel. Estas es mi prima Katarina. Ha venido a salvarnos.

La mujer miró atentamente a Katarina y su expresión de decepción fue casi cómica.

— Vaya — murmuró. Katarina frunció el ceño.

— ¿Sucede algo malo?

— En absoluto, querida — dijo Silvia mientras cerraba la puerta.

— Estoy segura de que va a ser bienvenida. Lo único que sucede es que... es muy bonita.

— Ah — dijo Katarina al comprender, y no pudo evitar sonreír — . No se preocupe, Silvia. Bailey me lo ha contado todo sobre nuestro peludo amigo.

En esa ocasión fue el ama de llaves la que se quedó sorprendida.

— ¿Nuestro peludo amigo? Katarina se inclinó hacia ella.

— El lobo — susurró en tono confidencial — . Pero no se preocupe. Hace poco que me pusieron la vacuna antitetánica.

— Llévenos a ver al señor Falloni, por favor, Silvia — sugirió Bailey mientras se quitaba el abrigo. Se lo entregó al ama de llaves y Katarina hizo lo mismo — . Mi prima tiene un sentido del humor un poco extraño. No trate de comprenderla.

Un repentino brillo destelló en la mirada de la mujer.

— Algo me dice que puede que alguien acabe de toparse con su igual. No es usted en absoluto lo que el señor Falloni estaba esperando. Por lo pronto, creía que quien venía era un hombre. Lo encontrarán en la biblioteca, rechinando los dientes y maldiciendo en alto. Dentro de unos minutos, les llevaré un café, a no ser que prefieran otra cosa.

Katarina dijo que el café estaba bien y luego Bailey la condujo por un largo pasillo hacia el ala oeste de la casa. Cuando abrió la puerta de la biblioteca, el corazón de Katarina latió más deprisa mientras alisaba el jersey azul que vestía a juego con unas mallas.

— ¡Ya era hora de que llegaras! — gruñó una ronca voz cuando entraron, y ella hizo una mueca. Al parecer, el lobo debía tener también dolor de cabeza.

Casi sintió pena por él. Casi. Cuando su primo se apartó, vio por primera vez al hombre del que tanto había oído hablar en los últimos minutos.

Joel Falloni era ciertamente impresionante. Estaba junto a la chimenea, donde ardía un fuego acogedor, con un vaso de lo que parecía whisky en la mano. Era un hombre alto, de hombros anchos y caderas estrechas, y se notaba que estaba en perfecta forma. Llevaba unos vaqueros que ceñían sus largas y musculosas piernas y un jersey negro

que hacía resaltar su poderoso físico. Debía de tener unos treinta y cinco años. Su pelo era tan oscuro, que donde le daba la luz parecía azul. Era un hombre guapo, pero las duras facciones de su rostro evitaban que lo pareciera en demasía.

No había duda de que era un hombre atractivo. De hecho, era el hombre más atractivo que Katarina había visto en bastante tiempo. Podía sentir su aura incluso desde donde estaba y, de forma inesperada, notó que toda la piel le cosquilleaba. Incluso quieto como estaba, desprendía una especie de magnetismo dinámico que casi pudo palpar físicamente. Iba a resultar bastante difícil ignorarlo.

No era lo que Katarina esperaba, pero tampoco se preocupó por ello. Más bien, añadió cierto picante a la situación. Era hora de hacer sentir su presencia.

— Ya que no tenemos a mano la nave Enterprise para llegar aquí en un nanosegundo, creo que no hemos hecho un mal trabajo llegando tan pronto — dijo antes de que Bailey pudiera pronunciar palabra, y al instante se encontró mirando unos penetrantes ojos azules.

Eran la clase de ojos que en determinadas circunstancias podían confundir por completo los sentidos de una mujer, y eso fue precisamente lo que hicieron en aquella ocasión. Porque, en menos de lo que duraba un latido, se estableció entre ambos una especie de conexión primordial. El aire pareció crepitar entre ellos, como si de pronto hubiera adquirido una carga positiva. Era pura química, y una simple mirada había bastado para provocar una reacción en cadena. La atracción fue instantánea... y mutua. Como Katarina había supuesto, cada poro de aquel hombre desprendía atractivo sexual, y este la había alcanzado al nivel más primitivo. Sus sentidos habían respondido haciendo que toda la piel le cosquilleara, y estaba sorprendida por la fuerza de su reacción. Aquel hombre tenía algo y, fuera lo que fuese, le gustaba.

Pero todos sus instintos le dijeron que aquel no era un hombre al que pudiera dar ninguna clase de arma, de manera que no reveló ni por un instante su reacción.

— ¿Y usted quién es? — preguntó Joel Falloni con curiosidad, y su grave voz surgió cargada de una ronca sensualidad.

Aquel hombre era pura dinamita, reconoció Katarina con ironía. Nadie la había afectado nunca antes de aquel modo. ¿Cómo iba a ignorarlo? ¿Y quería hacerlo?

— Soy la mujer a la que estaba esperando — replicó, en un deliberado tono mezcla de seducción y de burla.

Los ojos azules de Joel Falloni brillaron, divertidos.

— Ah, ¿sí? — murmuró.

Atrapado entre ambos, Bailey miró a lo alto, exasperado.

— Déjalo ya, Katarina — dijo.

— Cállate, Bailey — ordenó Joel mientras avanzaba hacia ella — . Esto acaba de empezar a ponerse interesante — se detuvo muy cerca de Katarina y sonrió despacio, algo que amenazó con dejarla sin aliento.

— Así que es la mujer a la que estaba esperando, ¿no?

Ella inclinó la cabeza y sonrió con dulzura a pesar de que el corazón parecía a punto de estallarle en el pecho.

— Y por lo que parece, con bastante impaciencia. Él se encogió de hombros sin apartar la mirada.

— Desde hace algún tiempo tengo los nervios un poco alterados, pero están mejorando por momentos.

El seductor sonido de la risa de Katarina hizo que algo palpitara en la profundidad de los ojos de Joel Falloni.

— Suelo producir ese efecto a la gente — sabía que se estaba comportando con descaro, pero no podía controlarse — . De hecho, más de uno se ha lanzado a abrazarme y besarme a primera vista.

Él sonrió con malicia.

— Veo por qué. Yo me siento tentado a hacer lo mismo. Katarina alzó un dedo admonitorio para mantenerlo a raya.

— Creo que debería esperar a comprobar lo que puedo hacer. Joel rio.

— Ya estoy lo suficientemente impresionado.

A aquellas alturas, Bailey ya echaba humo por las orejas. Se acercó a ellos y tomó a Katarina del brazo.

— De acuerdo, ¡ya es suficiente! — exclamó y Katarina lo miró con expresión de sorpresa, como si hubiera olvidado que estaba allí — . Cuando termines con tus jueguecitos, tal vez pueda presentarte.

Un ligero rubor cubrió las mejillas de Katarina, pero no tuvo nada que ver con la reprimenda de su primo. Vocalizó las palabras «lo siento» para él. En parte era cierto. Lamentaba haber disgustado a Bailey, pero no se arrepentía en absoluto de su comportamiento. Había sido divertido y excitante. Su corazón aún latía aceleradamente. No había duda de que aquel hombre era letal. De manera que aquello era lo que se sentía coqueteando con el playboy número uno del mundo. Podía convertirse en una adicción. De hecho, ya quería más.

Entretanto, Bailey empezó con las presentaciones prometidas.

— Joel, esta es mi prima Katarina Rabbane. Ha venido a arreglarte el ordenador. Joel entrecerró los ojos.

— Ah, ya comprendo. Eso es lo que la convierte en la mujer a la que estaba esperando.

— Con impaciencia — añadió ella, sonriente. Él suspiró.

— Pues esperemos que sea tan buena con la informática como con las palabras, Katarina Rabbane.

Ella rio.

— Con toda modestia, puedo decir que soy mejor. Joel alzó una ceja.

— ¿Con toda modestia? — repitió en tono irónico.

Katarina se encogió de hombros e intercambió una mirada con su primo.

— En mi familia, uno tiene que luchar duro por su espacio a menos que quiera hundirse sin dejar rastro. Y yo no tengo intención de ser el siguiente Titanic.

— Así que proviene de una familia competitiva.

— Tengo cuatro hermanos mayores — admitió ella a la vez que enlazaba un brazo con el de Bailey — . Pero me alegra poder decir que esta rama del clan Rabbane es protectora y supone un gran apoyo en determinadas circunstancias.

Joel se pasó una mano por la barbilla.

— Lo que significa que probablemente le habrá advertido sobre el Gran Lobo Malo.

— Por supuesto — respondió Katarina, animada — . Bailey no quiere que me devoren como a Caperucita Roja.

Joel sonrió.

— Algo me dice que, si lo intentara, me indigestaría.

— Soy demasiado sabrosa para el gusto de algunas personas — replicó Katarina alegremente.

— ¿Un gusto adquirido?

— Por supuesto.

Con una expresión mezcla de intriga y apreciación, Joel Falloni alargó una mano hacia ella.

— Es un placer conocerla, Katarina Rabbane.

— Lo mismo digo, señor Falloni — replicó ella.

— Joel — corrigió él mientras estrechaban sus manos.

— Joel — repitió ella, obediente.

Lo que sucedió a continuación le hizo perder confianza en su habilidad para mantenerse desapegada y controlar la situación. Mientras sus manos se tocaban, miró los seductores ojos azules de Joel y sintió que se hundía en ellos. Por un instante, se sintió desorientada por completo. Su sistema nervioso se sobrecargó y se quedó sin aliento. La velocidad de su respuesta a aquel hombre era asombrosa. Sabía lo que era la atracción sexual, pero nunca había sentido nada parecido. Todo sentimiento racional fue barrido por una oleada de intensa sensualidad. Deseó a aquel hombre como una mujer hambrienta que acabara de toparse con una mesa llena de los manjares más exquisitos.

Su cuerpo avanzó hacia él por voluntad propia...

El sonido de una educada tos le hizo volver al presente de forma inesperada. Pero tuvo tiempo de ver un apasionado brillo de respuesta en los ojos de Joel Falloni antes de que el instinto de conservación se adueñara de ella y le hiciera ocultar sus pensamientos tras una ejercitada actitud de calma. Apartó la mano justo cuando Silvia entraba con el café, y se volvió hacia ella, agradecida por la interrupción.

Joel Falloni había resultado ser abrumador de cerca. Hasta entonces nunca había tenido dificultades para mantener la cabeza fría en circunstancias semejantes, pero aquel hombre había cambiado aquello por completo. Bailey tenía razón. Joel Falloni era diferente, y más le valía guardarse de él.

— ¿Puedo ayudarla con eso, Silvia? — preguntó, en un tono que, por fortuna, no delató su agitación interior.

El ama de llaves sonrió.

— Gracias, querida. Si no le importa apartar ese jarrón... así — dejó la bandeja mientras Katarina buscaba otro sitio para el jarrón — . ¿Ha cenado, señor Rabbane? — preguntó cuando se irguió.

— No he comido nada desde esta mañana, Silvia — admitió Bailey.

Katarina decidió que aquel era el momento para dedicar a Joel una mirada burlona.

— Mientras veníamos me ha dicho que no había tiempo para comer. Al parecer, tu genio pesaba más que el hambre en la balanza — dijo animadamente.

A fin de cuentas, estaba allí para hacerle un favor. Además, sentía la necesidad de aguijonearlo un poco; a veces, la mejor forma de defensa era un ataque.

Joel se limitó a alzar una ceja y a volverse hacia su ama de llaves.

— Será mejor que adelante la cena, Silvia. No me gustaría ver cómo se desmaya esta joven dama a causa de la debilidad.

— Muy bien, señor — asintió Silvia — . He instalado al señor Rabbane en su habitación habitual, y me ha parecido adecuado instalar a la señorita en la habitación rosa.

Joel sonrió.

— Me parece muy bien. La habitación rosa tiene las mejores vistas.

— Y está en el otro extremo de la suya — añadió Silvia significativamente, haciendo que Katarina tuviera que reprimir una sonrisa — . Y ahora, señor Rabbane, si me echa una mano con las maletas podré servir antes la cena — declaró Silvia en tono maternal, y a continuación, salió de la biblioteca.

— Silvia parece una mujer muy agradable — dijo Katarina después de que Bailey siguiera al ama de llaves.

Había recuperado su equilibrio y se sentía más segura para enfrentarse a Joel a solas.

— Silvia fue mi niñera. Lleva muchos años con mi familia, y nadie ha querido nunca que se fuera, de manera que su posición ha cambiado varias veces. Fue doncella de mi madre antes de convertirse en ama de llaves. Es casi como un miembro más de la familia.

A Katarina le agradó aquella explicación. Demostraba que había una inesperada faceta de delicadeza en el carácter de Joel Falloni.

— Eso me gusta — su abuelo materno trataba a los sirvientes como a seres inferiores. Lo único que le interesaba de ellos era que lo atendieran bien.

— ¿Te parece bien?

— Siempre me han parecido bien la amabilidad y la generosidad, aunque mi abuelo calificaría esas cualidades de «tonto sentimentalismo» — admitió Katarina con pesar — . Según su punto de vista, no hay que conservar a un sirviente que ha dejado de ser útil.

— Si me disculpas que lo diga, tu abuelo es un cretino. Katarina sonrió con ironía.

— Rotundo, pero cierto. Es un hombre frío. Nunca entenderé por qué se casó mi abuela con él, pero comprendo perfectamente por qué lo dejó. Según dicen, me parezco mucho a ella.

Joel alzó una ceja con expresión interrogante.

— ¿No lo sabes con certeza?

— Mi abuelo no conserva ninguna foto suya — explicó Katarina — . Dejándolo lo humilló. Yo solía creer que le caía mal porque le recordaba a ella — las visitas que hacían a su abuelo durante su infancia no solían ser precisamente agradables.

— ¿Pero ahora ya no lo crees?

Katarina sonrió y movió la cabeza.

— La verdad es que es una persona incapaz de amar y de ser amada.

— Sin embargo, tú eres adorable — dijo Joel con un brillo travieso en la mirada.

Apenas recuperada de la última vez, el estómago de Katarina volvió a contraerse, pero logró sonreír.

— ¿Crees que los halagos te van a llevar a alguna parte? — preguntó.

Él también sonrió.

— Hay que vivir con esperanza.

Katarina gimió en silencio. Todo en aquel hombre agradaba a sus amotinados sentidos. Teniendo en cuenta que sentía las rodillas como si fueran de gelatina; era asombroso que aún siguiera en pie. A pesar de todo, ladeó la cabeza y miró a Joel pensativamente.

— ¿Eres tan bueno como dicen que eres?

Él apoyó una mano en su pecho y volvió a sonreír.

— Humildemente, no sabría decirlo.

«Oh, Dios mío, déjame superar estos minutos sin convertirme en una idiota balbuceante», rogó Katarina en su interior mientras el poder del encanto de Joel la golpeaba de lleno.

— ¿Significa eso que, si quiero averiguarlo, tendré que hacer eso personalmente?

Él se encogió de hombros.

— No hay nada mejor que el conocimiento de primera mano. Podría parecerse... interesante.

Katarina estaba segura de ello. Aquello era seducción a gran escala y, a pesar de sus alterados sentidos, se enfrentó a ella con una risita ahogada.

— Estoy convencida de que sería muy interesante y educativo, pero existe el peligro de que el producto esté sobrevalorado.

— Te aseguro que siempre hago lo posible por ofrecer lo que el cliente se merece.

— Hmm — murmuró Katarina, mientras su estómago se llenaba de enloquecidas mariposas. No había duda de que Joel Falloni era bueno. Era muy bueno. Todo lo que había hecho había sido insinuarse un poco y ella ya estaba temblando como una hoja al viento — . Tengo la sensación de que la mujer que te ha estropeado el ordenador debió de sentirse un tanto estafada — comentó con ironía, y la sonrisa de Joel se desvaneció al instante. Se sorprendió al comprobar que le había tocado un punto débil. De manera que, después de todo, Joel Falloni era vulnerable.

— Se tomó la relación demasiado en serio — contestó, y el corazón de Katarina se encogió al captar el mensaje.

Sabía que no había sido dirigido a ella en concreto, pero podría haberlo sido.

— Tal vez no tuviera intención de ello. Tal vez se enamorara de ti. Aquellas palabras provocaron un frío destello en la mirada de Joel.

— Yo no le pedí que lo hiciera — dijo, y ella rio.

— Nadie pide enamorarse. Es algo que sucede sin querer.

— A mí no, y no oculto que no tengo intención de que me suceda nunca.

Katarina se estremeció ante la rotundidad del tono de Joel.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro de que nunca te enamorarás? — preguntó con curiosidad.

— Porque para que sucediera tendría que creer en ello, y yo no creo en el amor — dijo él con firmeza, pero Katarina vio de inmediato el fallo de su argumento.

— Quieres a Silvia — dijo con suavidad.

— Eso es distinto. La clase de amor del que estamos hablando entre hombre y mujer no existe.

— Hay millones de personas en el mundo que no estarían de acuerdo contigo. No pueden estar todos equivocados.

Joel se encogió de hombros con gesto escéptico.

— Si quieren creer en cuentos de hadas, no voy a ser yo quien se lo impida.

Katarina movió la cabeza con tristeza.

— No me sorprendería que algún día el amor te golpeará de lleno y te demostrara lo equivocado que estás.

Joel rio en alto y su buen humor regresó con tanta rapidez como se había ido.

— Por si acaso no voy a contener el aliento hasta que suceda. Y no dejes que esas fantasías te hagan alucinar. No querría ver cómo se malgasta toda esa belleza.

Katarina sonrió con confianza.

— Eso no sucederá. Resulta que yo creo que hay un hombre para mí en algún lugar ahí fuera. Lo único que sucede es que aún no lo he conocido.

— ¿Y entre tanto?

Katarina rio y se encogió de hombros.

— Entretanto disfruto buscando, porque hay paradas interesantes a lo largo del camino.

Joel se acercó a ella.

— ¿Cómo venir aquí a arreglar mi ordenador?

A pesar de la inquietante cercanía, Katarina logró responder de forma animada. Si no hubiera tenido que echar una mano a Bailey, ¿quién sabe cuándo habría podido conocer a otro lobo malo?

— ¿No tienes miedo de mí?

— ¿Debería tenerlo? ¿Acaso tienes intención de devorarme?

El fuego que brilló en los ojos de Joel echó chispas.

— La idea resulta más y más tentadora según pasa el tiempo.

Los labios de Katarina temblaron y atrajeron la mirada de Joel. Por absurdo que fuera, la piel le cosquilleaba como si la hubiera tocado.

— Creo que este es el momento en que debería protestar y decir que acabamos de conocernos.

Joel alargó una mano y deslizó un dedo por sus labios.

— Puede que sí, pero solo hemos necesitado unos segundos para saber que nos deseamos mutuamente.

— ¿De verdad lo sabemos? — preguntó ella, burlona.

— Oh, sí, y tengo que hacerte una advertencia; cuando quiero algo, suelo conseguirlo.

Katarina tuvo que tragar saliva para responder.

— No es bueno que uno obtenga siempre lo que quiere — replicó con encomiable calma.

El tono de Joel cuando replicó fue de pura seducción.

— Resiste lo que quieras. Eso hará que la victoria resulte aún más dulce.

El corazón de Katarina latió más deprisa. Como un felino que hubiera detectado su vulnerabilidad, Joel trataba de desestabilizarla. Pero no podía permitir que se saliera con la suya.

— ¡Qué confiado! Sin embargo, sabes que podrías perder, ¿verdad?

— Podría, pero pienso hacer todo lo que esté en mi mano para intentar que no sea así.

— Tu arrogancia es increíble.

— Mi forma de hacer el amor lo es aún más — replicó él.

Katarina respiró hondo para tratar de calmar los latidos de su corazón. Bailey tenía razón; aquel hombre era peligroso. Si podía conseguir que sus defensas se desmoronaran sin empeñarse demasiado en ello, ¿qué sucedería cuando lo intentara de verdad? Había llegado el momento de plantearse una retirada estratégica.

— Tendré que aceptar tu palabra al respecto. De momento estoy más interesada en refrescarme un poco antes de cenar. Silvia me ha instalado en la habitación rosa, ¿no?

— dijo, con toda la compostura que pudo reunir:

— Por esta vez te dejaré escapar, pero no va a ser siempre así. Tienes que torcer a la izquierda en lo alto de las escaleras y seguir tu olfato. Sin duda, Silvia ya habrá puesto

la puerta de acero para mantenerme alejado — añadió Joel en tono sarcástico, y Katarina salió de la biblioteca como si acabaran de hacerle pasar por un rodillo. Los acontecimientos habían tomado un giro insospechado. No era aquello lo que esperaba para el fin de semana. Joel Falloni la deseaba y ella lo correspondía. El problema era que nunca se había involucrado en una relación que no tuviera al menos la perspectiva de un posible final feliz. Y eso era lo que tendría que hacer si se dejaba guiar por su instinto. Él lo había dejado bien claro. De pronto, se encontraba teniendo que tomar decisiones muy serias y con muy poco tiempo para hacerlo.

Capítulo 2.

Una vez en el dormitorio, Katarina se tumbó en la cama para dar a sus piernas un merecido descanso. Se sentía hecha añicos. Nada podría haberla preparado para su encuentro con Joel Falloni. Pensaba divertirse un poco, pero no esperaba sentirse tan atraída por él, ni que la atracción fuera a ser recíproca.

Nunca había sentido una atracción física tan intensa. ¿Qué podía hacer al respecto? Sabía lo que quería Joel, pero, ¿qué quería ella?

Sin duda, tener una aventura con él sería una experiencia increíble, pero supondría romper sus reglas, pues Joel ya la había advertido de que no habría futuro en ella. Tal vez le gustara flirtear, pero no era tonta. Nunca seguía adelante en una relación a no ser que pensara que podía haber un futuro en ella.

Pero una parte de ella le decía que aquella ocasión era especial, que sería una estupidez dejarla pasar por alto. Sin embargo, si aceptaba lo que se le ofrecía, estaría haciendo lo que Bailey había dicho: arrojarle por voluntad propia en brazos del lobo.

¿Merecería la pena hacerlo? Nunca lo averiguaría si no lo intentaba. Pero solo iba a estar allí un par de días y eso ni siquiera daría para tener una aventura en condiciones. Más que nada sería un breve encuentro, y ella se respetaba a sí misma lo suficiente como para no sucumbir a sus pasiones por algo tan superficial y pasajero.

Respiró profundamente. El sentido común le dijo que no. No debía permitirse más que un intrascendente flirteo, y eso teniendo mucho cuidado, pues no dudaba que Joel se aprovecharía a la más mínima oportunidad de su mutua atracción.

Una suave llamada a la puerta le hizo erguirse sobre un codo.

— ¿Quién es?

— Bailey.

— Pasa — dijo Katarina a la vez que se sentaba en el borde de la cama.

Tras entrar y cerrar la puerta a sus espaldas, Bailey la miró con atención.

Katarina se preguntó qué esperaba ver.

— No hace falta que lo digas, lo sé — dijo ella en tono irónico, pero su primo siguió mirándola con expresión preocupada.

— ¿Se puede saber en qué estabas pensando? — preguntó.

Katarina lo miró con una ligera sonrisa dibujada en su cara.

— No era la clase de situación en que se suele pensar demasiado — contestó.

Simplemente, había respondido a las señales que emitía Joel, y a sus propios sentidos.

— Ese hombre podría romperte el corazón.

Katarina tomó la mano de su primo y la estrechó con cariño.

— No te preocupes. No voy a permitírselo. No tengo intención de dejarme seducir.

— Pero te sientes atraída por él, ¿verdad?

— Eso no puedo negarlo. Es un hombre muy atractivo. Pero no soy ninguna estúpida. Sé cuándo parar.

Bailey no parecía muy convencido, pero aceptó las palabras de su prima.

— Solo asegúrate de dejárselo muy claro a Joel.

Katarina se levantó y tiró de su primo para que hiciera lo mismo.

— Tengo intención de hacerlo. Y ahora, sal de aquí y deja que me lave un poco. Estoy

muerta de hambre, y el delicioso olor a comida que llega hasta aquí resulta una auténtica tortura. Además, si me doy prisa, podré echar un vistazo al ordenador antes de cenar. Cuanto antes empiece, antes acabaré y podré irme a casa.

Aquellas palabras animaron a Bailey, que salió del dormitorio sin decir nada más.

Tras suspirar profundamente, y debido a que era una persona práctica a la que no le gusta regodearse en lo que podría haber pasado, pero que no iba a pasar, Katarina sacó con rapidez su neceser de la bolsa de viaje y salió en busca del baño.

Tal y como resultaron las cosas, Katarina no tuvo tiempo de echar un vistazo al ordenador antes de cenar. Cuando, tras ponerse un vestido verde de lana de manga larga, bajó las escaleras, se encontró con Silvia, que salía del comedor.

— Está muy guapa con ese vestido, señorita — dijo la cocinera. Katarina sonrió.

— Gracias, Silvia. Algo huele muy bien.

— Estofado de Lancashire. Es el plato favorito del señor. La mesa ya está puesta, así que no tardaré más de unos minutos en tenerlo todo listo. Mientras, puede ir a beber algo en el cuarto de estar — sugirió Silvia a la vez que señalaba una puerta en el otro lado del vestíbulo.

Katarina estaba tomando un Martini mientras miraba unas fotos que había sobre la repisa de la chimenea del cuarto de estar cuando un sutil movimiento en el aire de la habitación le dijo que Joel acababa de entrar. Nunca se había sentido tan conectada a un hombre como para detectar su presencia, incluso sin verlo. Era algo muy extraño, y no sabía qué deducir de ello. Al volverse, lo vio junto a la puerta. Tenía un aspecto magnífico con la camisa de seda blanca y los pantalones negros que se había puesto para cenar. Cuando avanzó hacia ella con la elegancia de una pantera, el estómago de Katarina se encogió de deseo.

— Estás como para comerte — murmuró, y su mirada hizo aflorar los nervios de Katarina con tal facilidad que fue un milagro que no se derritiera allí mismo.

— Creía que tu plato favorito era el estofado de Lancashire — replicó, sin aliento. Él sonrió.

— En lo referente a la comida, sí. Sin embargo, el apetito que despiertas en mí solo se saciaría contando con tu presencia en mi cama.

Katarina optó por aferrarse a su decisión de no ceder bajo ningún concepto.

— Si miras con atención la carta, comprobarás que no estoy en el menú — replicó con suavidad, y vio que la sonrisa de Joel se ensanchaba.

— ¿De verdad me dejarías morir de hambre? — preguntó en tono burlón a la vez que alzaba una ceja.

— Por algún motivo, dudo que fueras a pasar hambre mucho tiempo — replicó ella y, extrañamente, le dolió decirlo; cosa absurda, pues sabía que para Joel ella no era más que una diversión pasajera.

— A veces, el hambre solo puede ser satisfecha por una única cosa... o por una única mujer — insistió él.

Katarina dio un sorbo a su bebida, temiendo que tuviera razón. Joel había entrado con su artillería pesada y, sin duda, sus defensas estaban resultando debilitadas a causa del ataque. Necesitaba la bebida para fortalecer su resolución.

— Pero el hambre es algo muy voluble; ahora quiere una cosa y al momento siguiente otra — contestó, pero él negó con la cabeza.

— No siempre. A veces lleva mucho tiempo saciar el hambre.

— Pero no para siempre — replicó Katarina al instante, y él reconoció su respuesta con un asentimiento de la cabeza.

— No, no para siempre. Todo se apacigua y disminuye con el tiempo — dijo mientras se acercaba a la bandeja en la que estaban las bebidas para servirse un whisky.

Tras dar un sorbo, miró a Katarina por encima del borde del vaso.

— Hay una excepción, aunque, conociendo tu opinión sobre el amor, no creo que merezca la pena mencionarla — dijo ella.

— ¿De verdad crees que ese amor en el que crees puede durar para siempre? — preguntó Joel con curiosidad.

— Sí, pero hay cuidarlo para conseguirlo. Nunca puedes darlo por sentado, pero cuanto más lo alimentes, más crecerá — contestó Katarina con total convicción.

Él frunció el ceño.

— ¿Puedes decir eso a pesar de haber sido testigo del fracaso del matrimonio de tus abuelos?

Katarina suspiró.

— Ese matrimonio fracasó porque solo uno de los miembros de la pareja amaba de verdad. Mi madre me ha dicho muchas veces que mi abuela amaba a mi abuelo, pero que no pudo soportar seguir soportando la frialdad de este.

— ¿Qué pasó con tu abuela?

La pregunta pilló por sorpresa a Katarina.

— En realidad no lo sé — dijo con tristeza — . Hubo un divorcio muy complicado y una amarga batalla por la custodia, que mi abuelo ganó. Esa fue la última vez que alguien la vio — añadió, con un leve encogimiento de hombros.

— ¿La echas de menos? — preguntó Joel.

Katarina suspiró, pues sus sentimientos respecto a todo aquello eran más complejos de lo que podía expresar una simple respuesta.

— Es difícil echar de menos a alguien que no has conocido nunca. Lo que echo de menos es no haberla conocido. Me gustaría saber tantas cosas sobre ella... — dijo, y sonrió con pesar — . Supongo que me gustaría preguntarle por qué no vino nunca a ver a mi madre. No puedo preguntárselo a mi abuelo porque él nunca habla de ella. Es un misterio que no sé cómo resolver.

— ¿Has intentado localizarla alguna vez?

— No sabría por dónde empezar — contestó Katarina con añoranza, pero enseguida hizo un esfuerzo por animarse — . ¿Y tú? ¿Viven aún tus padres?

— Oh, sí. Y están en plena forma a pesar de que el año pasado celebraron sus bodas de oro. Ahora mismo están en Canadá, visitando a unos parientes. Luego irán a Hawái.

— De manera que no han sido ellos los que te han vuelto tan cínico respecto al amor. Eso significa que ha tenido que ser una mujer — Katarina observó atentamente a Joel mientras decía aquello, pero la expresión de este no reveló nada.

En lugar de ello, alzó una ceja perezosamente.

— ¿Tú crees?

Ella rio con suavidad.

— Tiene que ser así. Además, no lo has negado. ¿Qué hizo? ¿Dejarte por otro hombre?

Joel negó con la cabeza.

— No pudo hacerlo, porque solo es un producto de tu imaginación.

Katarina entrecerró los ojos.

— Hmm, ya veo. Es muy interesante. Si no fue una mujer, entonces han tenido que ser todas. ¿En qué fallamos para haber llegado a convencerte de que el amor no existe?

— hizo la pregunta para sí misma, y casi de inmediato vio la respuesta — . No te vemos como un hombre, ¿verdad? Lo único que vemos es una cuenta en el banco, una fuente inagotable de dinero. Es eso, ¿verdad? — insistió, convencida de que tenía razón.

En respuesta, Joel terminó su bebida y dejó el vaso en la bandeja. Cuando volvió a mirarla había un peligroso brillo en sus ojos.

— Eres muy perceptiva.

— Eso es porque yo tengo un problema similar. Mi padre es un hombre muy rico y yo soy su única hija, lo que me convierte en su heredera y, por tanto, en objetivo prioritario para muchos hombres a los que les gustaría poder echar mano al dinero que creen que un día tendré — dijo Katarina con una mueca de desagrado.

— Y, sin embargo, sigues creyendo en cuentos de hadas — dijo Joel en tono burlón. Ella alzó la barbilla con gesto desafiante.

— Eso es porque sé que no todos los hombres son iguales. Ni todas las mujeres.

Joel se acercó a ella y apoyó una mano bajo su barbilla.

— No es esa mi experiencia. Prefiero creer en lo que sé que existe, en el deseo. El amor es una falacia, pero la atracción sexual es muy real. Es algo que se siente. Ahora mismo tu corazón está latiendo un poco más deprisa, ¿verdad? Puedo verlo en el delicioso pulso de tu garganta. Me está impulsando a besarlo, a saborear tu piel — susurró roncamente.

El corazón de Katarina latió aún más deprisa al oír la tentadora llamada del deseo. Ella también quería que Joel lo hiciera. Su carne parecía exigirle que cediera, y fue increíblemente doloroso apartarse de él.

— No creo que este sea el momento ni el lugar adecuado para lo que tienes en mente — replicó con ironía, y él sonrió.

— De todos modos lo has sentido. Has sentido el deseo.

— Puede que sí, pero en estos momentos siento un hambre más urgente que está reclamando ser satisfecha. No he comido en todo el día — replicó Katarina, con la intención de poner orden en el caos de sensualidad que sentía cada vez que estaba cerca de aquel hombre.

Joel rio.

— En ese caso, lo más importante es resolver lo primero. Así resultará aún mejor la espera.

— ¿Qué resultará mejor? — pregunto Bailey, que acababa de entrar en la sala de estar.

Consciente de que, si hubiera llegado un momento antes, la habría encontrado prácticamente en brazos de Joel, Katarina se puso pálida.

— La comida — contestó, con una despreocupación que estaba muy lejos de sentir — . Estaba diciendo que no he comido en todo el día y que me muero de hambre.

— Yo también — dijo Bailey y, como para recalcar su respuesta, su estómago gruñó sonoramente.

— Sírrete una bebida, Bailey — sugirió Joel, sonriente — . Yo voy a ver por qué se

está retrasando tanto Silvia.

En cuanto se quedaron a solas, Bailey se volvió hacia su prima.

— Así que la comida, ¿no? — dijo en tono irónico. Katarina lo miró con gesto desafiante.

— ¿A qué otra cosa podía referirme? — replicó en tono provocador.

Por una vez, Bailey decidió callar. Katarina terminó su Martini y sintió la tentación de rellenar su copa. Joel había ganado el primer asalto. Ella solo esperaba hacerlo mejor en el segundo.

La comida estaba tan deliciosa como prometía. La carne y las verduras estaban en su punto, y el pan con que los acompañaron era delicioso. Los dos hombres pasaron casi todo el rato hablando del viaje que emprendía al día siguiente Bailey a Alemania. Katarina no se molestó en seguir el hilo de la conversación, pues el trabajo de Bailey era tan misterioso para ella como el suyo para él, de manera que se limitó a disfrutar plácidamente de la comida.

— Lo siento — se disculpó Joel más tarde mientras tomaban el café — . Ha sido un tanto grosero excluirte de la conversación, pero teníamos que aclarar algunos detalles antes de que Bailey se marchara.

Katarina se encogió de hombros. No era tan vanidosa como para necesitar atención constante.

— No hay problema. Estaba mucho más interesada en mi comida, Silvia es una cocinera estupenda.

— Me aseguraré de transmitirte tu opinión — dijo Joel mientras dejaba su taza vacía sobre la mesa — . No es muy tarde. Si no estás demasiado cansada, podríamos ir a echar un vistazo al ordenador.

Katarina nunca estaba lo bastante cansada como para trabajar con un ordenador.

Asintió y se puso en pie.

— Por mí no hay problema. ¿Vienes, Bailey?

— Si no te importa, no. Los ordenadores me deprimen. Id vosotros y divertíos — bromeó, pero su sonrisa se desvaneció mientras les veía irse.

El estudio de Joel se hallaba al final de la casa y contaba con todo lo último en informática, pero no podía utilizarlo por lo que había hecho una mujer enfadada.

— De manera que esta es la escena del crimen — dijo Katarina en tono irónico mientras miraba a su alrededor con interés — . Al menos no se dedicó a destruirlo todo. De acuerdo, veamos qué daños causó — se sentó ante el ordenador y lo puso en marcha. Lo primero que apareció fue un mensaje informando que Joel tenía correo — . Al menos, aún te funciona Internet — comentó, con la esperanza de que fuera una buena señal — . ¿Quieres verlo?

Joel se situó tras ella y apoyó las manos en el respaldo de la silla.

— Sí.

Katarina pulsó el ratón y en la pantalla apareció un mensaje corto y dulce cuya remitente era una tal Angie.

— Deduzco que es ella, ¿no? — dijo en tono burlón, pues el mensaje era muy explícito respecto a lo que Joel podía hacer con determinada parte de su anatomía.

— Tiene un temperamento muy volátil — dijo Joel a modo de confirmación. Eso era evidente.

— Su conocimiento de la anatomía humana parece un tanto básico. ¿Sabe que puedes

hacer eso en la práctica? — bromeó Katarina por encima del hombro.

— ¿Te importaría seguir? — gruñó él, irritado, y ella reprimió una sonrisa.

— Trabajaría mejor si no te tuviera pegado a mi espalda — dijo.

En lugar de apartarse, Joel inclinó la cabeza hasta que su boca estuvo junto al oído de Katarina.

— ¿Te altera que esté tan cerca? — preguntó. Su tono ronco y sensual hizo que ella sintiera que toda la piel le cosquilleaba.

— En absoluto — contestó.

— Mentirosa — murmuró Joel, y a continuación rio.

Katarina cerró por un instante los ojos al sentir que una poderosa oleada de deseo recorría su cuerpo. Se alegró de estar sentada, porque permanecer de pie habría supuesto todo un esfuerzo.

— Ten cuidado — advirtió mientras se ponía a teclear a toda velocidad — , porque yo podría hacerte algo mucho peor de lo que te ha hecho Angie.

Pero tras un rápido examen del sistema comprobó que Angie no era ninguna novata en el terreno de la informática.

— ¿Tienes una idea exacta de lo que falta? Joel frunció el ceño.

— Todo el trabajo que he hecho últimamente sobre varios proyectos.

— ¿Hacías copias en disquetes? — Katarina solo necesitó echar una rápida mirada al rostro de Joel para saber la respuesta.

— Suelo hacer copias en el disco duro, pero no he conseguido encontrarlas. Supongo que también las ha borrado.

Katarina suspiró.

— En el futuro, te recomiendo que hagas copias en discos y los guardes en algún lugar seguro. En principio, diría que todos tus archivos han desaparecido. Hay que averiguar si tu amiga estaba lo suficientemente enfadada como para borrarlos por completo o si solo los tiró a la papelera. Si es así, podría recuperarlos con un poco de trabajo. Pero si quiso ser realmente malvada, es posible que te haya contagiado un virus.

— Siempre mantengo mis antivirus al día — dijo Joel.

— Menos mal — dijo Katarina, aliviada al oír aquello — . De todos modos, antes de continuar, voy a asegurarme de que no te haya puesto una trampa. Supongo que sabes que existe la posibilidad de que tu amiga no estuviera físicamente aquí cuando te ha estropeado el ordenador, ¿no? Puede haber entrado en tu base de datos desde el suyo. Sospecho que, tras sus indudables encantos femeninos, Angie es una experta en piratería informática — cuando volvió la mirada hacia Joel vio que este tenía el ceño fruncido.

— No lo sabía — admitió, reacio.

La confesión hizo que Katarina riera en tono burlón.

— Bueno, a fin de cuentas, lo que te interesaba de ella no era precisamente su cerebro, ¿no? — dijo con dulzura.

Joel sonrió con pesar.

— La verdad es que no nos dedicamos a hablar demasiado — confirmó.

— Tal vez deberías empezar a investigar a tus mujeres con más atención. Estamos en el siglo XXI. Hace tiempo que las mujeres han dejado de ser meros objetos sexuales. Tienen cerebro, e incluso lo utilizan. _

Joel rodeó la silla, apoyó una cadera contra el escritorio y se cruzó de brazos como si

estuviera dispuesto a quedarse allí para siempre.

— Soy muy consciente de ello. Para tu información, te diré que en mi organización hay un alto porcentaje de mujeres en cargos de responsabilidad.

— Me alegra saberlo.

— ¿Podemos centrarnos en el tema? Lo que quiero saber es si puedes reparar los daños.

Katarina enlazó las manos sobre su regazo.

— Sí, puedo. Pero va a llevarme más tiempo del que esperaba.

El alivio de Joel fue palpable.

— Tómame todo el tiempo que necesites. Por supuesto, te pagaré lo que me pidas. No voy a discutir la factura porque necesito esos archivos, y los necesito para ayer.

Katarina sonrió.

— En ese caso, será mejor que siga trabajando. En cuanto me haya asegurado de que no va a surgir ninguna sorpresa desagradable, podré ir más rápido. ¿Puedes pedirle a Bailey que traiga mi cajita de herramientas? — preguntó mientras volvía a teclear.

— Yo puedo ir por ella. ¿Qué aspecto tiene?

— Es una pequeña cartera negra. La he dejado en el tocador de mi dormitorio — respondió Katarina, distraída.

No oyó que Joel salía ni que unos momentos después regresaba y dejaba la cartera en el escritorio.

Ya era tarde cuando por fin apagó el ordenador. Al apartar la silla del escritorio, su cuerpo protestó a causa del tiempo que llevaba en la misma posición. Bostezó y se estiró.

— ¿Y bien? ¿Cuál es el veredicto? — preguntó una suave voz desde el otro lado de la habitación, y ella estuvo a punto de dar un bote en el asiento.

Cuando se volvió, vio a Joel sentado ante su escritorio con un fajo de hojas en la mano.

— ¿Has estado ahí todo el tiempo? — preguntó, asombrada, y él asintió.

— Casi. He salido una vez por café. El tuyo ya debe de estar helado — dijo él, divertido.

Katarina parpadeó y se fijó por primera vez en una taza que había junto a su codo.

— No te he oído — confesó, y él rio con suavidad.

— No habrías oído ni una estampida de elefantes — dijo Joel con ironía.

— La verdad es que tiendo a concentrarme mucho en mi trabajo.

Intercambiaron sonrisas y en un abrir y cerrar de ojos el aire pareció espesarse entre ellos. Katarina vio cómo aumentaba la intensidad de la mirada de Joel hasta que no le quedó más remedio que apartar la suya.

— ¿Vas a venir aquí, o voy a tener que ir yo ahí? — preguntó él, en un tono tan cargado de pasión que Katarina se estremeció.

— Pienso que... — empezó, pero se interrumpió al ver que Joel dejaba los papeles y se levantaba.

— No pienses — interrumpió él con voz ronca mientras rodeaba el escritorio y se acercaba a ella — . He estado a punto de volverme loco estas dos últimas horas viendo cómo te mordías esos exquisitos labios mientras pensabas.

Alargó las manos, la tomó por los hombros y le hizo ponerse en pie. Katarina trató de protestar, pero su corazón no estaba en ello. Alzó las manos para apartarlo, pero en lugar de ello se encontró palpando los poderosos y cálidos músculos de su pecho a

través de la camisa. Tragó saliva y alzó la mirada. «Haz algo», le instó su cerebro, y Katarina obedeció. Cerró los ojos mientras Joel inclinaba la cabeza hacia ella. Cuando sus bocas se encontraron, sintió una oleada de placer tan intenso, que temió que sus huesos fueran a derretirse. Al sentir el roce de su lengua, entreabrió los labios para dar la bienvenida a su posesión.

En un instante, el mundo pareció esfumarse. Solo permanecieron las sensaciones. De algún modo, sus brazos acabaron en tomo al cuello de Joel. Desde muy lejos, oyó que este gemía, sintió que la estrechaba contra su cuerpo mientras sus lenguas se acariciaban con pasión.

Podría haber sido un solo beso; podrían haber sido una docena. Solo la necesidad de respirar los obligó por fin a separarse. Se miraron el uno al otro, jadeantes, con los labios enrojecidos.

Los ojos azules de Joel se oscurecieron.

— Creo que no me esperaba algo así — confesó con voz ronca.

Katarina estaba segura de que no esperaba algo así. Había sabido desde el primer momento que aquel hombre podría hacerle sentir con más intensidad que cualquiera de los otros que había conocido, pero con aquel beso había entrado en todo un nuevo mundo de sensaciones. Su respuesta había sido tan rápida, tan intensa... Nada de lo que había experimentado hasta entonces podía compararse con aquello.

— No deberías haber hecho eso — susurró.

— Tú no me lo has impedido. Querías que lo hiciera — dijo Joel sin necesidad, pues Katarina sabía muy bien lo imprudente que había sido su comportamiento.

Pero ya era demasiado tarde. A partir de ese momento, siempre sabría lo que se estaba perdiendo.

Se apartó de él con manos temblorosas.

— Puede que sí, pero ambos sabemos que ha sido un error — dijo, con tanta calma como pudo.

— Si eso ha sido un error, espero cometer otros cuantos — respondió Joel.

— No — protestó Katarina, y suspiró pesadamente — . Admito que me ha gustado, pero he venido aquí a trabajar, no a... ¡tener una aventura contigo! — dijo con más convicción mientras su cuerpo comenzaba a recuperar un ritmo más parecido al normal.

Joel alzó las cejas con gesto interrogante.

— ¿No puedes hacer las dos cosas?

— ¡No quiero hacerlas! — mintió ella.

— Claro que sí — dijo Joel en tono burlón.

Katarina gimió al comprender que se hallaba metida en un agujero que muy pronto sería demasiado hondo como para salir de él.

— No tengo intención de tener una aventura contigo, Joel — insistió a pesar de todo.

— ¿Puedes decir eso cuando hace apenas un minuto estabas ardiendo entre mis brazos?

Katarina se cruzó de brazos y alzó la barbilla con gesto desafiante.

— Lo estoy diciendo. Joel se limitó a sonreír.

— Para mí, eso es un reto. Me producirá una gran satisfacción, y a ti también, conseguir que te comas tus palabras.

— Yo no lo intentaría si estuviera en tu lugar — replicó Katarina en tono helado.

Joel la imitó cruzándose de brazos y volvió a sonreír.

— ¿Y qué harás para impedirlo? Ya hemos comprobado que cuando nos abrazamos te pones de mi lado.

— Eso no volverá a suceder.

— ¡Qué ilusa! — se burló Joel.

Katarina estuvo a punto de darle un pisotón, pero se reprimió.

— Esto no va a llevarnos a nada — replicó con dignidad — . Tú haz lo que sientas que tienes que hacer, pero no obtendrás ninguna cooperación por mi parte.

— Eso tendremos que comprobarlo, ¿no? Y ahora, ya va siendo hora de que te vayas a la cama. Te sentará bien descansar.

— No me des órdenes. No soy ninguna niña. El brillo de los ojos de Joel se intensificó.

— Eso ya lo sé. Eres toda una mujer, Katarina Rabbane.

¿Cómo se las arreglaba aquel hombre para ser tan rápido con sus respuestas?

— Eres el hombre más... ¡Oh, me voy a la cama! — exclamó Katarina, frustrada. Necesitaba apartarse de él cuanto antes para recuperar el equilibrio — . Buenas noches — dijo mientras se encaminaba hacia la puerta.

— Buenas noches, Katarina — susurró Joel tras ella, y el sonido de su voz fue la seducción misma — . Que tengas dulces sueños.

La respuesta de Katarina fue cerrar la puerta con firmeza a sus espaldas y dirigirse hacia las escaleras. Estaba segura de que soñaría, pero sus sueños no iban a ser precisamente dulces. Oh, no. Tal y como iban las cosas, lo más probable era que sus sueños fueran a ser extremadamente eróticos. Mientras subía las escaleras era muy consciente de que, para no tener intención de relacionarse con aquel hombre, la perspectiva de hacerlo no la preocupaba tanto como debería.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, Katarina desayunó sola, cosa que prefirió. Había dormido, pero sus sueños habían sido tan eróticos como se temía. Había sido una noche frustrante en todo el sentido de la palabra y, como consecuencia, no podía decirse que se sintiera en plena forma.

Bailey había salido a primera hora para tomar su vuelo a Alemania, y eso tampoco ayudó a animarla. Pero respiró aliviada cuando Silvia le dijo que Joel había insistido en llevarlo al aeropuerto. Le pareció buena idea poder retrasar el momento de ver a un hombre tan perspicaz como él.

Estaba tomando su segunda taza de café cuando oyó que llegaba el coche. No se volvió cuando Joel entró en la cocina... y saltó como un gato escaldado cuando él apoyó las manos en sus hombros y se inclinó para darle un beso en el cuello.

— Buenos días, Katarina — saludó con calidez, y la soltó antes de darle la oportunidad de protestar.

Molesta por no haber anticipado su maniobra, Katarina lo taladró con la mirada mientras él ocupaba una silla frente a ella y se servía una taza de café.

— Buenas tardes — replicó con frialdad y él alzó las cejas.

— ¿No has dormido bien? — preguntó, aparentemente preocupado, pero ella sabía muy bien en qué estaba pensando.

— Nunca duermo bien en camas desconocidas — replicó — . Pero como solo van a ser dos noches, creo que sobreviviré.

— Podrían ser más de dos noches. Al parecer, se acerca un temporal de vientos fuertes y nieve — dijo Joel en tono despreocupado.

Katarina frunció el ceño.

— ¿Qué significa eso exactamente? — preguntó.

Contaba con irse al día siguiente, y la posibilidad de que no fuera así le produjo una gran preocupación.

— Significa que mañana podríamos amanecer rodeados de nieve y sin posibilidad de salir de la casa. Es algo a lo que estamos acostumbrados por aquí.

— ¡No hablas en serio! — exclamó Katarina, asustada. Joel asintió.

— Ya estaba empezando a nevar cuando regresaba del aeropuerto. Pero no te preocupes; si llegara a suceder, aquí estarías a salvo.

Aquello no consoló a Katarina. La definición de «estar a salvo» dependía del punto de vista. No sería nada seguro estar allí encerrada con él, pero no podía irse hasta que no hubiera terminado con su trabajo. Lo miraba desde el punto de vista que lo miraba, estaba atrapada. Solo podía rezar para que el temporal no fuera tan fuerte como se esperaba.

— Es increíble, ¿verdad? — dijo Joel, haciéndola salir de su ensimismamiento — . A pesar de que estoy acostumbrado a dormir aquí, esta noche me ha costado mucho conciliar el sueño. No dejaba de recordar lo agradable que había sido tenerte entre mis brazos. Quería volver a sentirte entre ellos. Te imaginaba en mi cama, con tu maravilloso pelo extendido sobre la almohada... Era demasiado erótico — añadió con ronca sensualidad, y Katarina pudo visualizar la imagen sin ningún esfuerzo.

Su cuerpo respondió por instinto. Sintió un inmediato calor entre las piernas a la vez que sus pezones afloraban, anhelando ser acariciados. Lo más duro era saber que podía conseguirlo solo con rodear la mesa y acercarse a Joel. Hacer el amor con él sería una experiencia inolvidable para ella. Pero dudaba que para él fuera a ser lo mismo. Saber que la sustituiría con rapidez por otra mujer hizo que permaneciera sentada en su silla.

— De manera que crees en las fantasías, pero no en los cuentos de hadas, ¿no? — replicó, en un intento de cambiar el curso de la conversación.

Él sonrió burlonamente.

— Hay una sutil diferencia; las fantasías pueden llegar a hacerse realidad, pero los cuentos de hadas no.

— ¿Acaso te asusta el compromiso? ¿Es eso lo que te sucede? — preguntó Katarina con genuina curiosidad.

Joel negó con la cabeza.

— Cuando decida casarme, dedicaré toda mi atención a la relación, pero no la disfrazaré con el falso brillo del amor y el romanticismo.

— Así que tienes intención de casarte — preguntó Katarina ante su inesperada respuesta.

— Por supuesto. Es posible tener un buen matrimonio basado en el mutuo respeto. Es algo bastante habitual.

Eso era cierto, pero sonaba tan... frío. Por intensa que fuera, la pasión física nunca podría sustituir al verdadero amor. Este sobrevivía cuando la primera desaparecía.

— Supongo que sí — admitió Katarina, reacia — . Sin embargo, a mí no me bastaría. Pero ya que ese parece un tema en el que no creo que nos pongamos de acuerdo, lo mejor será que vaya al estudio. Hoy quiero avanzar todo lo que pueda en mi trabajo — dijo mientras se ponía en pie.

— Yo iré dentro de un rato.

— No es necesario — replicó Katarina con rapidez — . Si necesito consultarte algo, puedo venir a preguntártelo — lo último que necesitaba era verse todo el día encerrada en la misma habitación con Joel.

Él sonrió como si hubiera adivinado su razonamiento.

— Estoy seguro de ello, pero resulta que yo también tengo que trabajar. Así me tendrás a mano en caso de que me necesites — añadió con ironía.

— En ese caso, nos vemos dentro de un rato — dijo Katarina en tono falsamente despreocupado antes de salir del comedor.

Una vez en el estudio, se concentró sin esfuerzo en su trabajo. Recuperar los archivos no era difícil, pero llevaba tiempo. Mediada la mañana casi había acabado.

Satisfecha, se volvió hacia Joel, que estaba examinando unos papeles en su escritorio. Había sido consciente de su presencia desde que había llegado, pero no habían intercambiado una sola palabra en todo aquel rato... lo que había supuesto un alivio. Sin embargo, en aquellos momentos tuvo que llamar su atención carraspeando.

Joel apartó la vista de los papeles que estaba examinando y la miró con expresión distraída.

— He recuperado todo hasta la fecha en que crees que Angie entró en tu sistema. Será mejor que vengas a comprobarlo.

Joel se puso de inmediato en pie y se acercó a ella.

Katarina esperaba que se sentara a su lado, pero él eligió quedarse tras ella, con una mano apoyada sobre el escritorio. El almizclado aroma de su loción para el afeitado asaltó al instante los sentidos de Katarina.

— Deja que... — empezó Joel a la vez que alargaba el otro brazo para tomar el ratón.

De pronto, Katarina se vio atrapada entre sus dos brazos. Su respiración se volvió más agitada al sentir la presión de su torso en los hombros y la cabeza. Estuvo a punto de ceder al impulso de apoyarse contra él y dejar que la abrazara.

— Es extraño — murmuró él un momento después.

Katarina se irguió de inmediato y apartó de su mente aquellos pensamientos absurdos.

— ¿A qué te refieres?

— Los archivos en los que estaba trabajando no aparecen. Katarina frunció el ceño.

— ¿Estás seguro? ¿Con qué nombre los guardaste? — Joel se lo dijo y ella tomó el ratón. Solo necesitó un momento para comprobar que era cierto. Había recuperado los archivos basándose en las fechas, pero aquellos faltaban — . Voy a volver a revisar todos los pasos. Puede que tu amiga entrara más de una vez y que esos archivos tuvieran una fecha distinta. Dame algo de tiempo para comprobarlo — sin esperar a que Joel contestara, se puso a trabajar de nuevo.

Media hora después, se apoyó contra el respaldo de la silla con expresión seria.

Se cruzó de brazos y se volvió hacia Joel. Este se puso tenso al ver su expresión.

— No están ahí — dijo, y ella asintió.

— No. ¿Era vital la información que conservabas en ellos? — no era mera curiosidad.

Katarina necesitaba saberlo para decidir qué hacer a continuación.

Joel se pasó una mano por el pelo.

— Eran estrictamente confidenciales y hacían referencia a algunos proyectos nuevos en los que estoy trabajando. Los utilizaba mucho. Seguro que Angie comprobó cuáles eran los archivos que más había utilizado en los últimos días y los borró por completo — dijo, en un tono que prometía venganza si volvía a encontrarse con aquella mujer.

Katarina se estremeció. No le gustaría tener a Joel Falloni de enemigo. Desgraciadamente, lo que iba a decir a continuación no iba a servir para que mejorara su humor.

— Hay otra posibilidad.

— ¿Cuál?

— Puede que Angie copiara los archivos en discos y luego los borrara por completo del ordenador para que pensaras eso precisamente — contestó Katarina, y contuvo el aliento al ver la expresión atónita de Joel.

— ¡La muy...! — exclamó entre dientes.

— Entonces, ¿es posible?

— Más que posible — asintió Joel, enfurecido.

Katarina tosió antes de plantear su siguiente pregunta.

— ¿Hasta qué punto conocías a Angie? No quiero ser una aguafiestas, pero, ¿crees que actuó así por despecho, o existe la posibilidad de que llegara a conocerte con otro propósito?

— Yo mismo estaba empezando a preguntarme eso — contestó Joel, que parecía a punto de estallar de ira — . De acuerdo, ponte el abrigo — dijo de pronto — . Vamos a salir a dar un paseo. Tengo que pensar, y para hacerlo necesito respirar aire fresco.

Aunque alzó las cejas a causa de la sorpresa, Katarina no protestó. Joel ya tenía

suficientes problemas como para darle más. Sin decir nada, apagó el ordenador y subió a su habitación a ponerse unos vaqueros y un jersey grueso. Tras recoger su abrigo, bajó al vestíbulo, donde Joel la esperaba caminando de un lado a otro. Se había puesto un grueso chaquetón de borrego, un gorro de lana y una bufanda.

— Te vas a helar solo con ese abrigo — dijo al verla, y procedió a ponerle un gorro de lana de color crema y, antes de darle tiempo a protestar, una bufanda a juego.

Sintiéndose como una niña a la que estuvieran vistiendo para salir, Katarina no pudo evitar sonreír.

— ¿Qué es tan divertido? — preguntó él.

— Te estaba imaginando haciendo esto a tu propio hijo. Seguro que serías un buen pariré — dijo, en un tono más ronco de lo que pretendía.

Joel la miró con el ceño fruncido mientras se ponía unos guantes.

— ¿Y has deducido eso por cómo te he puesto el gorro y la bufanda? Katarina asintió.

— Sí, porque a pesar de estar enfadado, y teniendo un montón de cosas más importantes en que pensar, te has preocupado por mi bienestar. Se llama «cariño», por si no lo sabías — añadió en tono irónico.

Joel le dedicó una sombría mirada.

— No saques conclusiones precipitadas. Lo único que sucede es que no quiero que te enfries por mi culpa. ¿Tienes guantes? Póntelos — ordenó.

— Sí, papá — contestó Katarina con recato, y cuando miró a Joel vio que sonreía.

— Déjalo ya, o corres el riesgo de que decida comportarme como un padre de verdad y te tire de las orejas.

Katarina hundió la cabeza entre los hombros para ocultar otra sonrisa y lo siguió al exterior. En cuanto el frío la golpeó, se alegró inmensamente de llevar el gorro y la bufanda. Solo nevaba un poco en aquellos momentos, pero el viento había arreciado y parecía que el frente prometido no iba a tardar en llegar.

Joel se puso a caminar a paso rápido hacia el lago cercano a la casa. Katarina tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para seguir su paso, pero no protestó. Solo podía imaginar lo que debía de estar pensando, pero sabía que no debía de ser agradable. Si alguien hubiera entrado en su ordenador y le hubiera robado unos archivos, ella también se habría sentido muy molesta. En aquellos momentos, Joel se sentía traicionado.

De pronto, sin previa advertencia, se detuvo en seco. El movimiento fue tan repentino, que Katarina no pudo evitar chocar contra su espalda.

— ¡Oh, lo siento! — se disculpó mientras rebotaba hacia atrás.

Un largo brazo la sostuvo antes de que cayera. Joel se fijó en lo agitada que era su respiración y frunció el ceño.

— No estás en forma.

Después de haberse esforzado por seguirlo sin protestar, aquel comentario dolió a Katarina, que apartó su mano con firmeza.

— Estoy en perfecta forma, muchas gracias. Deberías haberme advertido que estábamos participando en una carrera — protestó, y Joel tuvo el detalle de mostrarse un poco avergonzado.

— Lo siento. Había olvidado que me estabas siguiendo.

— ¡Qué insultante! Exiges en plan sargento que salga contigo y al instante me relegas al olvido — protestó Katarina, y se sorprendió al comprobar cuánto le alivió ver que él

sonreía.

— Eso no podría suceder nunca — dijo Joel, y movió la cabeza — . ¿Habrías mantenido ese paso hasta caer exhausta?

Katarina se encogió de hombros.

— Como un perro fiel. Contaba con que lo lamentaras cuando te dieras cuenta de lo que habías hecho. Te imaginaba inclinado sobre mi cuerpo inconsciente, maldiciendo tu egoísmo.

— ¿Por qué no me has dicho que estaba andando demasiado rápido para ti?

Katarina movió una mano con gesto despreocupado.

— En realidad no estaba preocupada. De todos modos, creo que debería hacerte ver que, por mucho que corras, no vas a dejar atrás el problema. Pero si tú estás decidido a convertir tus piernas en muñones, yo estoy dispuesta a acompañarte.

Joel le dedicó una mirada extraña, como si no supiera qué pensar de ella.

— Así que un perro fiel, ¿no? Katarina sonrió.

— Algo así. ¿Te parece que el aire es lo bastante fresco como para pensar?

Joel miró a su alrededor y respiró profundamente.

— No hay duda de que es fresco — admitió — . Será mejor que nos pongamos en marcha de nuevo, o podríamos helarnos.

En aquella ocasión se pusieron a caminar a un ritmo más razonable. Joel se sumergió de nuevo en sus pensamientos, y Katarina le dejó. Sabía que le hablaría cuando tuviera algo que decir.

Poco después, Joel fue reduciendo el paso hasta detenerse por completo frente al lago. Katarina encontró un tronco caído, apartó la nieve de encima y se sentó. Joel no tardó en hablar.

— Esto es algo que debería haber esperado, pero el último incidente tuvo lugar hace tanto tiempo que me he vuelto descuidado. No lo he visto venir — explicó.

— ¿Lo esperabas? — preguntó Katarina, sorprendida.

— No esto en concreto, pero sí algo parecido. Pero antes de nada será mejor que te explique lo sucedido con Angie. La conocí hace más o menos un mes. Chocó con mi coche mientras daba marcha atrás. En aquel momento sospeché que había sido un accidente deliberado para llamar mi atención, pero eso no es raro — dijo Joel con una buena dosis de ironía.

Katarina imaginó con facilidad la escena. Belleza rubia en apuros. Tipo fuerte y atractivo, le ofrece consuelo, le dice que no se preocupe por lo sucedido... y encuentro logrado.

— Y ahora no crees que vuestro encuentro fuera casual, ¿no? Joel se volvió a mirarla.

— Teniendo en cuenta las fechas, no. Lo había olvidado, pero ahora me he dado cuenta de que nos estamos acercando al aniversario. Todo esto no tiene nada que ver con los negocios. Se trata de un hombre vengándose de otro.

— ¿Vengándose por qué? — preguntó Katarina con cautela. Joel suspiró con pesadez.

— Por algo que hice mal hace mucho tiempo. William, el hombre que creo que se halla tras esto, era mi mejor amigo hasta que me fui con su novia. Lo que yo no sabía era que William estaba enamorado de ella, y lo que él no sabía es que ella se arrojó en mis brazos. Me equivoqué al no rechazarla. En resumen, ella iba a conseguir lo que pudiera. Pero no me sirvió de nada decírselo a William. Se negó a escuchar. Lo único que sabía era que le había robado a la mujer que amaba. Desde entonces no ha

dejado de hacer lo posible por vengarse. Esta última proeza debe de ser cosa suya. Estoy casi convencido de que persuadió a Angie para que lo hiciera por él.

Katarina pensó que aquello tenía todos los ingredientes para convertirse en una obra de teatro en Broadway.

— Comprendo — dijo — . Pero lo importante es saber si tu antiguo amigo puede utilizar esos archivos para perjudicarte.

Joel fue a sentarse en el tronco junto a ella.

— No. No trabajamos en el mismo campo. Creo que Angie se llevó esos archivos porque vio que eran los últimos en los que estaba trabajando, no por su contenido. Pero William se dará cuenta de su importancia si les echa un vistazo.

— ¿Y qué hará con ellos?

— No tengo ni idea. Pero no descarto que los conserve hasta que considere que hemos quedado en paz.

— Hmm... Parece que te tiene entre la espada y la pared. Si haces lo que te pida, ¿crees que te devolverá los archivos?

— Creo que sí. Solo quiere hacerme sufrir una temporada — dijo Joel con gravedad — . Tengo que aceptar que ha sido muy listo. Me conoce lo suficiente como para haber elegido el único modo de meter a alguien en mi casa sin hacerme sospechar nada.

Katarina golpeó el suelo con los pies, que estaba empezando a notar fríos, y decidió no hacer ningún comentario.

— ¿Qué piensas hacer? — preguntó.

Joel no le parecía la clase de hombre dispuesto a pasar por alto algo así, y él se lo confirmó al instante.

— Recuperar los archivos, por supuesto — dijo con firmeza.

— Bonitas palabras, pero, ¿cómo piensas lograrlo? — preguntó Katarina con curiosidad.

Joel la miró a los ojos.

— Yo no voy a hacer nada. Lo vas a hacer tú — dijo con suavidad. Katarina abrió los ojos de par en par.

— No estarás sugiriendo en serio que... — el resto de la frase se perdió en la nada. De pronto, se irguió sobre el tronco — . ¡No puedo hacer eso!

Joel también se irguió.

— Claro que puedes. Me dijiste que eras mejor que Angie. Puedes rehacer lo que ella deshizo.

— No estoy diciendo que no pueda hacerlo, sino que no quiero hacerlo — replicó Katarina con firmeza. Cuando era una joven estudiante de informática disfrutaba pirateando en otros sistemas informáticos, pero aquellos tiempos ya habían pasado. En la actualidad, era una respetable mujer de negocios — . No sería ético.

— ¡Me importa un bledo la ética! — exclamó Joel — . No te estoy pidiendo que entres en la base de datos de un rival para robarle algo. Todo lo que te estoy pidiendo es que hagas lo que me han hecho a mí. No es un asunto que vaya a acabar en un juicio y con tu reputación por los suelos. Es algo privado, entre nosotros, y no irá más allá, pase lo que pase. Creo que el momento nos favorece. Estoy seguro de que William no espera una reacción por mi parte... al menos de momento. Debe creer que su rastro aún está cubierto. Normalmente, estaría dispuesto a permitir que se saliera con la suya, pero no en este caso. Necesito recuperar esos archivos, y tú eres la única persona que puede

hacerlo por mí.

— ¡Tonterías! Hay un montón de personas ahí fuera a las que les encantaría poder hacer algo así por ti — insistió Katarina, pero Joel no quería saber nada al respecto. La tomó por los hombros para hacer que lo mirara de frente.

— Puede que tengas razón, pero ellos no están aquí, y tú sí. Tienes que ayudarme, Katarina, por favor. Te necesito.

Ella estuvo a punto de negarse de nuevo, pero las dos últimas palabras de Joel la mantuvieron en silencio. Su corazón dio un vuelco y se mordió el labio. Le había dicho que la necesitaba, ¡e incluso se lo había pedido por favor! ¿Cómo podía negarse tras algo tan insólito? Siguió mordéndose el labio y oyó un apagado gemido. Parpadeó y vio que Joel había bajado la mirada hacia sus labios.

— ¿Tienes idea de cómo me afecta que hagas eso? — murmuró en un tono que hizo que, a pesar del frío reinante, Katarina sintiera un inmediato calor en ciertas partes de su anatomía.

— No te molestes en tratar de convencerme — dijo — . A pesar de que va en contra de mis principios, he decidido ayudarte — admitió.

Una ligera sonrisa curvó los labios de Joel y ella sintió que sus rodillas se derretían, de manera que no habría podido apartarse de él ni aunque hubiera querido.

— En ese caso, creo que debería agradecértelo como corresponde — dijo él a la vez que la atraía hacia sí para besarla.

La razón instó a Katarina a defenderse, pero ella no estaba escuchando. Olvidó todo lo que se había dicho que no debía hacer, suspiró y tembló de placer cuando sus labios se encontraron. Pero fue una caricia tan fugaz, que no pudo evitar sentirse decepcionada cuando Joel se apartó.

— Gracias, Katarina — murmuró él mientras una peligrosa luz brillaba en sus ojos.

— ¿Eso es todo? — preguntó ella, incapaz de ocultar su decepción, pero al captar el destello de triunfo en la increíble mirada azul de Joel, supo que le estaba tomando el pelo — . ¡Miserable! — exclamó, y lo habría empujado si él no lo hubiera impedido con el simple acto de volver a besarla.

Pero en esa ocasión el beso fue distinto por completo. Joel capturó sus labios con una pasión que la dejó sin aliento. Una oleada de placer se llevó a pique sus buenas intenciones cuando sus lenguas se encontraron. Sin saber cómo, se encontró rodeándolo por el cuello con los brazos para estar más cerca de él. En pocos segundos, ambos se perdieron para el mundo mientras intercambiaban apasionados besos.

Fue Joel quien por fin se apartó un poco. Apoyó la frente sobre la de Katarina mientras trataba de recuperar el aliento.

— Debes de ser alguna clase de bruja — murmuró — . Tus labios tienen una magia que me hace volver a ellos una y otra vez — tomó el rostro de Katarina entre ambas manos y la apartó un poco para poder mirarla a los ojos — . Estamos sentados en un tronco mientras nieva y apenas puedo mantener mis manos alejadas de ti. ¡Debo haberme vuelto loco!

En ese caso ya somos dos, pensó Katarina. ¿Cómo era posible que perdiera la cabeza de aquella manera cada vez que Joel la tocaba? ¿Quién había embrujado a quién?

— Tú también tienes una magia bastante potente — dijo, a la vez que encontraba la fuerza suficiente para apartar las manos de Joel de su rostro — , pero supongo que has

tenido suficiente práctica como para convertirla en un arte refinado — añadió en tono irónico.

Joel dejó caer las manos y la miró con expresión divertida.

— Vaya. No hay duda de que sabes cómo dar un golpe bajo. He hablado en serio, Katarina. Hay algo muy especial en ti — insistió, y ella suspiró.

— Estoy segura de que hablas en serio cada vez que lo dices. Joel frunció el ceño mientras ella se ponía en pie.

— Eso no ha sido muy agradable.

Katarina metió las manos en los bolsillos de su abrigo y golpeó el suelo con los pies para hacerlos entrar en calor.

— Tampoco es muy agradable saber que eres la última de una larga lista. Joel se levantó y la miró con el ceño fruncido.

— Eso es algo respecto a lo que no puedo hacer nada.

— Lo sé. Tu pasado es un asunto de dominio público. Sin embargo, yo preferiría evitar engrosar las filas de la estadística. Es una reacción femenina. No lo comprenderías — añadió en tono burlón.

— Claro que lo comprendo. Tú eres diferente al resto; por eso me pareces tan fascinante. Nunca había conocido a nadie como tú — contraatacó Joel — . En cuanto a lo de las estadísticas... Sabes que nunca te forzaría a hacer nada que no quisieras, pero me reservo el derecho a tratar de persuadirte para que cambies de opinión.

Katarina ni siquiera tuvo que pensar al respecto. Sabía por instinto que Joel nunca tomaría lo que no se le ofreciera libremente. Dependía de ella el mantenerse firme. Pero él podía ser tan persuasivo...

— Creo que estoy haciendo lo suficiente aceptando recuperar tus archivos — replicó con frialdad.

— Sería una deuda que nunca podría pagarte por completo, y no te pediría que lo hicieras si no fuera algo de importancia vital para mí — dijo Joel, serio — . Si pasara por alto lo sucedido, podría repetirse, y eso no estoy dispuesto a aceptarlo.

Katarina movió la cabeza, asombrada.

— Para ser un bribón sin escrúpulos, tienes un montón de principios. Joel sonrió.

— Incluso un bribón tiene sus límites. Y hablando de límites, creo que ya he alcanzado mi nivel máximo de tolerancia al frío. La nieve se está espesando por segundos. Será mejor que volvamos a casa.

Mientras se alejaban Katarina no pudo evitar pensar que resistirse a Joel iba a resultar más difícil de lo que había creído en principio.

Capítulo 4

Katarina se irguió en la cama con un suspiro.

El viento había arreciado durante la noche pasada, despertándola a menudo con sus aullidos. Ya había dejado de soplar, y el silencio reinante resultaba casi sobrecogedor.

Apartó el edredón, salió de la cama y fue hasta la ventana. Cuando apartó la cortina, se quedó boquiabierta ante la visión con que se encontró su mirada.

Hasta donde alcanzaba su vista, todo se había vuelto blanco, y aún nevaba. Como Joel había predicho, habían quedado aislados por la nieve.

Se estremeció a pesar del calor reinante en la habitación. Silvia le había dicho que Joel hacía que se encendieran las chimeneas de varias habitaciones porque las prefería a los radiadores. Pensar en Silvia le recordó que la cocinera no estaba en la casa y que, dadas las condiciones atmosféricas, era seguro que no podría ir en varios días. Al parecer, siempre pasaba la tarde del sábado y el domingo completo en Kendal, con unos amigos, y el día anterior Joel insistió en que se fuera antes de que le resultara imposible hacerlo. Tras muchas protestas, Silvia cedió a su insistencia.

En consecuencia, estaban solos en la casa.

No era una situación ideal, pero Katarina estaba decidida a tomársela con calma. El hecho de verse obligada a pasar allí unos días más no significaba que tuviera que suceder nada. El día anterior, después de comer, habían pasado una tarde muy agradable charlando y oyendo la radio. Joel no se había comportado en lo más mínimo como habría cabido esperar a causa de su reputación. De hecho, se había mostrado relajado y cómodo, y el supuesto intento de seducción que Bailey habría esperado había brillado por su ausencia.

De hecho, Katarina había disfrutado tanto, que no le había apetecido irse a la cama. Solo lo hizo cuando los bostezos comenzaron a ser irreprimibles, y se durmió en cuanto apoyó la cabeza en la almohada.

Apoyada contra el marco de la ventana no pudo evitar un burbujeo de anticipación en su interior. Por absurdo que pudiera parecer, estaba deseando volver a ver a Joel. Pero ese debía de ser el sentimiento más absurdo que había tenido en su vida, se dijo mientras se apartaba de la ventana para ponerse la bata. Miró su reloj. Aún no eran las siete. Decidió bajar a la cocina a prepararse un café. Iba a necesitar el impulso que este podía darle si quería recuperar los archivos perdidos.

Bajó las escaleras descalza y entró en la cocina, pero se detuvo en seco en el umbral al ver que Joel ya estaba allí, con una taza de café en las manos. Al verla, se quedó boquiabierto.

Él también estaba descalzo y, por sus piernas desnudas, Katarina supuso que lo único que llevaba puesto era la corta bata que lo cubría. De pronto se encontró luchando contra el impulso de acercarse a comprobar si el vello que asomaba por las solapas de su bata era tan suave como parecía.

Entretanto, Joel la miró varias veces de arriba a abajo. Su mirada fue como una caricia, y Katarina sintió que todo su cuerpo se tensaba en respuesta.

Joel se aclaró la garganta.

— Ese es el pijama más sexy que he visto en mi vida — murmuró. Katarina rio

forzadamente.

— Me cubre de arriba a abajo — señaló sin necesidad, y él sonrió.

— Lo sé, y eso está haciendo que mi imaginación trabaje a marchas forzadas.

Katarina comprendió a la perfección a qué se refería, pues a ella le estaba pasando lo mismo con él.

— ¿Entras o sales? — preguntó Joel antes de que ella pudiera pensar en una respuesta racional.

— Hazme una pregunta más fácil — replicó con ironía.

Sabía que le estaba dando demasiadas pistas, pero estaba segura de que él ya era consciente de ello.

En respuesta, Joel dejó su taza de café en la mesa y se acercó a ella. Katarina se puso tensa de inmediato, pero todo lo que hizo él fue tomarla de la mano y hacerla entrar en la cocina para poder cerrar la puerta. Luego, sonriendo, dio un paso hacia ella. Katarina dio un paso atrás... pero su espalda topó con la sólida madera de la puerta. Estaba atrapada, y ambos lo sabían.

Joel apoyó las manos a ambos lados de su cabeza, y sus ojos brillaron con intensidad.

— ¿Y ahora qué vas a hacer? — se burló con suavidad.

Tal vez no fuera una actitud muy sabia, pero Katarina nunca se echaba atrás ante un reto. En lugar de hacer lo obvio y exigir que la dejara ir, hizo lo que estaba deseando en secreto desde que había entrado en la cocina. Alzó una mano, la introdujo bajo la solapa de la bata de Joel y la deslizó por su pecho desnudo. Oír cómo se agitaba al instante su respiración fue como música para sus oídos.

— ¿Qué tal ha estado eso para empezar? — preguntó traviesamente y, cuando estaba a punto de escapar agachándose bajo los brazos de Joel, este la atrapó con su cuerpo contra la puerta.

Al sentir la evidencia de su excitación, se quedó sin aliento.

— Ah, no — dijo con rapidez — . No creas que te vas a escapar con tanta facilidad.

Katarina alzó la cabeza y lo miró con gesto desafiante.

— Tú has empezado — acusó. Con una mano atrapada entre su cuerpo y el de Joel le resultaba imposible moverse... y además no le apetecía hacerlo. Sus sentidos se estaban volviendo locos.

Joel apoyó ambas manos en su rostro.

— Y estoy a punto de terminar lo que he empezado — murmuró — . No deberías haber hecho eso.

— Y tú no deberías haberme retado — replicó Katarina débilmente.

Se estaba quedando sin fuerzas mientras contemplaba la boca de Joel, tan tentadora y cercana a la suya. ¡Cómo deseaba sentirla sobre la suya, evocando la magia que solo él sabía conjurar!

— Si sigues mirándome así, voy a tener que besarte — advirtió él en un ronco susurro.

— ¿Qué te lo impide? — replicó ella en el mismo tono, y él rio con suavidad.

— No tengo ni idea — admitió él, y por fin inclinó la cabeza hacia ella.

El suspiro de placer de Katarina se perdió cuando sus labios se entreabrieron bajo la exigente lengua de Joel. Se estremeció cuando él pasó una mano tras su cintura y la atrajo hacia sí. Y cuando llevó la otra hasta su cadera y comenzó a ascender hasta rozar con el pulgar uno de sus pechos...

El irritante sonido del teléfono les hizo separarse con la misma delicadeza que si les

hubieran echado un cubo de agua helada encima. Joel maldijo entre dientes, se pasó una mano por el pelo y fue a descolgar el teléfono que había en la pared de la cocina. Katarina cerró los ojos y apoyó un dedo sobre sus inflamados labios. Aquello se le estaba yendo de las manos. Se suponía que no debía estar alentándolo. Pero cuando tenía cerca a Joel parecía que le resultaba imposible pensar. ¿Qué diablos le pasaba? ¿Por qué no lograba mantener las distancias?

Oyó que Joel colgaba el teléfono y al abrir los ojos vio que se acercaba a ella de nuevo.

— Era mi vecino — dijo, a la vez que deslizaba las manos arriba y abajo por los brazos de Katarina — . Quería saber qué tal estábamos. Le he dicho que teníamos comida de sobra y que la calefacción funciona bien. Suele utilizar su tractor para ayudar a limpiar los caminos de las casas cercanas. Si deja de nevar hoy, saldrá a hacerlo por la tarde. Si no, hasta mañana no podrá hacer nada — explicó concisamente, y luego bajó la mirada hacia la boca de Katarina — . Y ahora, ¿dónde estábamos...? — hizo un movimiento para acercarse, pero ella alzó las manos para mantenerlo a raya.

— Oh, no. No me parece buena idea — dijo.

— Antes de que llamara, parecías más que dispuesta a dejar que te subiera a mi dormitorio — argumentó Joel para persuadirla.

— Tu amigo ha sido muy oportuno — replicó Katarina con calma, aunque aún estaba muy lejos de sentirse calmada por dentro.

— ¿Quieres decir que te ha dado tiempo de cambiar de opinión? — dijo Joel con ironía y sin mostrar el más mínimo enfado.

— Es el privilegio de una mujer — contestó Katarina, consciente de que su comportamiento había dado motivos de sobra a Joel para hacerle creer que estaba dispuesta a acostarse con él... cosa que habría hecho si el teléfono no hubiera sonado — . Lo siento.

Joel la soltó y se apartó.

— No lo sientas. No voy a simular que no estoy decepcionado, pero ya habrá otras ocasiones y, como te he dicho antes, jamás se me ocurriría forzar a una mujer — se acercó a donde estaba la cafetera y la alzó — . ¿Quieres una taza?

— Sí, gracias — asintió Katarina — . Supongo que eres lo que mi madre llamaría un auténtico caballero. La verdad es que no puede decirse que yo me haya comportado como una verdadera dama. No debería haber aceptado ese reto — añadió mientras se acercaba a la mesa.

Joel le alcanzó la taza que acababa de servir.

— Te aseguro que, a la hora de ser una dama, eres un auténtico diablo. Y precisamente por eso voy a tener que pasar la siguiente hora tomando duchas de agua fría — dijo, sonriente, y fue en ese momento, mientras miraba sus ojos azules, cuando Katarina hizo un descubrimiento que la dejó desconcertada.

Se había enamorado de él.

Aquella revelación hizo que todo lo que estaba sintiendo adquiriera significado, y también que todo se volviera increíblemente complicado. Pues no había nada sencillo o simple en enamorarse de Joel Falloni. Lo había mirado a los ojos y se había perdido. Desde el primer momento había estado librando una batalla perdida. Sin que lo esperara, el amor la había golpeado como un rayo.

— ¿Va todo bien? — el preocupado tono de voz de Joel hizo volver a Katarina al

presente.

— Todo va perfectamente — replicó con demasiada precipitación, y vio que él fruncía el ceño — . Estoy bien, de verdad. Lo único que sucede es que acabo de pensar en algo.

— ¿Sobre los archivos perdidos? — preguntó Joel de inmediato.

— Oh, no. Era algo personal. Nada que ver con el trabajo.

— ¿Es algo de lo que quieres hablar?

Katarina rio con un ligero matiz de histeria. Aquello era lo último de lo que podía hablar con él.

— Ahora mismo no. En realidad no era nada — mintió.

Joel se sentó frente a ella. No parecía convencido.

— Por la cara que has puesto parecía que habías visto un fantasma.

En cierto modo, así había sido. El fantasma de todos sus sueños y esperanzas. Katarina siempre había dado por sentado que el hombre del que se enamorara la correspondería. Pero esa había sido una creencia muy ingenua. Era posible enamorarse de alguien sin ser correspondido, sobre todo si ese alguien no creía en el amor.

Apartó un mechón de pelo de su frente e hizo un esfuerzo por sonreír.

— No, no era un fantasma. Podría decirse que una desagradable verdad se ha hecho de pronto evidente — trató de hablar en tono despreocupado, pues tenía una cosa muy clara: bajo ningún concepto debía permitir que Joel supiera que se había enamorado de él. Si no podía tener su amor, de ningún modo quería su pena.

Joel la miró comprensivamente.

— Las verdades suelen tener esa fea costumbre. Katarina suspiró y dio un sorbo a su café.

— Este fin de semana no está resultando en absoluto como esperaba.

— ¿Y qué esperabas? — preguntó Joel. Ella rio con suavidad.

— Desde luego, no te esperaba a ti. Has sido toda una sorpresa — dijo con sinceridad.

— Yo tampoco esperaba conocer a alguien como tú. Normalmente, las mujeres no suelen estar a mi altura.

Katarina alzó una ceja.

— Si caen a tus pies como se rumorea, debes tropezar con ellas todo el rato. Los ojos azules de Joel brillaron.

— Desde luego, podría resultar peligroso para mi salud. A veces tengo que hacer malabarismos para evitarlas.

Fue asombroso el peso que aquellas desenfadadas palabras tuvieron en el corazón de Katarina.

— ¿Sueles tener que evitar a muchas? — preguntó en el tono escéptico que Joel podía esperar de ella.

— Si hubiera tenido tantas mujeres como se rumorea, ahora mismo sería una piltrafa humana.

Katarina se obligó a sonreír y agradeció que le resultara tan fácil simular indiferencia.

— He de reconocer que estás en muy buenas condiciones físicas. Aquello hizo que Joel entrecerrara los ojos.

— Me alegra que te guste mi cuerpo, porque a mí me encanta el tuyo.

El corazón de Katarina se encogió al oír aquello, pues demostraba lo divergentes que

eran sus sentimientos. El deseo de Joel podía ser sincero, pero aquello le dolió mucho, y tuvo que esforzarse porque no se le notara. Su única defensa era mostrarse como la mujer alegre y desenfadada que él creía que era.

— ¿Siempre has sido así de incorregible? — bromeó. Los dientes de Joel brillaron cuando sonrió.

— Según mi madre, de pequeño era un angelito, pero supongo que ella sí que es parcial.

— Lo que significa que en el fondo sabe que eres un diablillo.

— Si no lo fuera, tú no te sentirías atraída por mí — replicó él con picardía.

— Es cierto. Nunca me han gustado demasiado los ángeles. ¿Quién elegiría a un santo cuando un pecador puede resultar mucho más divertido? — dijo Katarina con fingida animación.

— ¿Y cuándo piensas acostarte conmigo para averiguar lo divertido que puedo ser? — preguntó Joel con descaro, y los nervios de Katarina saltaron como si hubiera tocado un cable de alta tensión.

— Oh, este año. El siguiente. En algún momento, Nunca... — de pronto tuvo que bajar la mirada hacia su taza.

«Nunca» era mucho tiempo. Las oportunidades no abundaban en la vida. Aquellos días podían suponer su única posibilidad de estar con Joel, y esa perspectiva le hizo sentir un repentino e intenso frío interior.

— ¿Katarina? — Joel le tocó la mano y ella alzó la mirada, sorprendida — . Estabas a muchos kilómetros de distancia, y no parecía que fuera un lugar muy agradable — dijo con inesperada seriedad.

Katarina apartó la mano, porque en aquellos momentos el contacto físico con él resultaba casi doloroso.

— Solo estaba pensando en lo fugaz que es la vida... cosa nada típica en mí, por cierto. Debe de ser por todo este silencio blanco que nos rodea. Está haciendo que se me pongan los pelos de punta — mintió.

— Se llama «fiebre de la cabaña», pero supongo que necesita más de doce horas para manifestarse. A la mayoría de las personas les lleva días, si no semanas — comentó Joel con ironía.

— Eso demuestra que no soy como la mayoría de la gente — replicó Katarina.

— Desde luego que no — confirmó Joel en tono sensual, y el cuerpo de Katarina reaccionó con un involuntario estremecimiento de placer.

No pudo evitar reír.

— Veo que no te rindes con facilidad — dijo, sinceramente divertida a pesar de todo.

Joel se inclinó hacia ella.

— Eso es porque no me has lanzado ninguna señal que me diga que debería hacerlo. Katarina alzó las cejas.

— He dicho que no.

— Pero no lo has dicho convencida — contestó Joel.

— Si no lo he dicho convencida, ¿por qué has parado? — preguntó ella con curiosidad, y Joel alargó una mano para acariciarle los labios con un dedo.

— Porque, como has dicho, soy un caballero, y tú aún no estás lista. Aquel comentario exigía una respuesta, y la obtuvo.

— ¿Aún no estoy lista para qué?

— Para dar el siguiente paso — replicó Joel con sencillez, y ella movió la cabeza, desconcertada.

— Pero tú sabrás cuando lo esté, ¿verdad? Joel sonrió, confiado.

— Hasta ahora, mi instinto no me ha fallado.

A Katarina no le gustó que la considerara una conquista segura. Aún tenía posibilidad de elección. Joel aún no había «ganado».

— Siempre hay una primera vez, y esta podría ser la tuya — dijo con frialdad. Joel se encogió de hombros.

— Siempre me ha gustado arriesgarme en este juego.

Lo último que necesitaba Katarina era que le recordara que aquello solo era un juego para él. Se puso en pie a la vez que gruñía su disgusto.

— ¿Sabes una cosa, Joel? Justo cuando creía que empezabas a gustarme vas y haces un comentario tan arrogante, que merecerías que te abofeteara.

Él rió y se puso en pie.

— Eso quiere decir que ya te gusto, o de lo contrario no te habrías enfadado.

Katarina suspiró, impotente, porque aquello era cierto. No solo le gustaba Joel, sino que estaba enamorada de él.

— Debe haber una vena de locura latente en mi familia — dijo en tono sarcástico.

— Llámalo como quieras, pero acepta que, antes o después, acabaremos donde ambos queremos estar.

Probablemente, aquello también fuera cierto, pero Katarina no estaba dispuesta a reconocerlo.

— Creo que este es el momento en que hago una retirada digna. Voy a vestirme y a ponerme a trabajar con tus valiosos archivos. Al menos, el ordenador siempre tiene un comportamiento lógico y nunca replica — espetó, aunque con una leve sonrisa en los labios. Le resultaba imposible permanecer enfadada con él mucho tiempo.

— Qué aburrido — dijo Joel mientras ella se volvía hacia la puerta.

Katarina se detuvo con la mano en el pomo.

— Qué alivio — replicó un instante antes de salir y cerrar la puerta.

No oyó la risa de Joel, pero supuso que estaría riendo.

Una vez en su dormitorio sintió que la fuerza que la había ayudado a superar los últimos momentos se esfumaba. En lugar de vestirse, se tumbó en la cama y abrazó una almohada mientras meditaba sobre el descubrimiento que acababa de hacer.

Aún estaba recuperándose de la impresión de saberse enamorada de Joel. Aunque siempre había sabido que el amor podía alcanzarla en cualquier momento, ni por un instante había imaginado que pudiera ser allí y con aquel hombre. Un hombre que amaba a las mujeres, pero que no creía en la clase de amor que acababa de desestabilizar por completo el mundo de Katarina. Sin duda, él también se sentía atraído por ella, pero no la amaba. Lo único que buscaba era una aventura inofensiva para pasar el rato. Y si su corazón no se hubiera visto inesperadamente comprometido, era posible que ella también hubiera estado dispuesta a seguirle el juego. Pero aquello había dejado de ser un juego. Una cosa era tener una aventura con un hombre atractivo y otra muy distinta tenerla con el hombre del que se había enamorado.

La decisión que fuera a tomar al respecto tendría consecuencias que no podía ignorar. Lo cual era una broma muy cruel. ¿Qué podía hacer al respecto? No podía decirse que tuviera muchas opciones al respecto. De hecho, solo tenía dos: acostarse con él, o no

acostarse con él. Tener algo que recordar, o nada. El sentido común le decía que sería menos doloroso cortar de inmediato, pero hacerlo requeriría más fuerza de voluntad de la que poseía. ¿Cómo iba a hacerlo si aquello era lo que había estado esperando toda su vida? Tal vez no había sucedido como esperaba. Joel no la amaba y nunca lo haría, pero eso no cambiaba sus sentimientos. Lo amaba, y la realidad era que aquella ocasión no iba a volver a repetirse.

Ya era demasiado tarde como para marcharse de allí con el corazón intacto.

Podía irse, pero lo haría dejando atrás una importante parte de sí misma.

En algún momento a lo largo de su vida conocería a alguien a quien podría amar, pero nunca sería lo mismo. No podría serlo, pues nunca volvería a tener completo el corazón.

¿Sufriría más o menos si se negaba aquel momento?

Expresándolo con claridad, Joel Falloni era el amor de su vida. Por breve que fuera, el tiempo que pasara con él merecería la pena. Debía vivir el momento sin arrepentirse.

En el fondo de su mente, una vocecita le repetía que había muchas posibilidades de que aquello acabara en desastre. Pero era una vocecita apenas audible y, como suele suceder con esa clase de voces, pasó desapercibida por completo.

Capítulo 5

DEJÓ de nevar a mediodía, y poco después, Katarina oyó desde el estudio el ruido del tractor que estaba retirando la nieve de la carretera. Dejó de teclear. Aquel sonido debería haber sido música para sus oídos, pero el mensaje que le transmitía era que al día siguiente podría irse, y la idea de separarse tan pronto de Joel no la atraía lo más mínimo.

Suspiró y trató de concentrarse de nuevo en la pantalla. Esa mañana había logrado entrar en la base de datos de Angie para comprobar si tenía alguna copia de los archivos, pero no había encontrado nada. En aquellos momentos, lo estaba intentando con la base de datos de William, cosa que estaba demostrando ser todo un reto, pues este tenía instalado un sistema de seguridad en su ordenador. Por supuesto, no había ningún programa cien por cien seguro, pero aquel era bastante bueno.

Joel asomó en ese momento la cabeza por la puerta del estudio.

— La comida estará lista en quince minutos — dijo, sobresaltándola. Katarina se llevó una mano a la garganta y le lanzó una mirada iracunda.

— ¡No vuelvas a hacer eso! Podría haberme dado un ataque al corazón — mientras protestaba, no pudo evitar fijarse en el buen aspecto de Joel.

Con el grueso jersey negro que vestía, los vaqueros y las botas, tenía un aspecto tosco que resultaba muy sexy. Se lo comió con los ojos, y él sonrió al darse cuenta.

— Me alegra que te guste lo que ves, cariño, porque a mí me encanta lo que estoy viendo. La imagen de esas mallas que hacen que tus piernas parezcan prolongarse eternamente hará que me mantenga caliente esta tarde mientras retiro la nieve con la pala.

Katarina alzó una ceja.

— Un abrigo, un sombrero y unos guantes te mantendrán más caliente.

— Solo exteriormente, cariño. Solo exteriormente. Recuerda, quince minutos. No hagas que tenga que venir por ti — añadió Joel, y se fue dejando aquella amenaza suspendida en el aire.

Katarina tuvo dificultades para concentrarse después de aquello, pero de algún modo logró hacerlo. El tiempo perdió todo significado, y estaba avanzando en su trabajo cuando de repente volvió a abrirse la puerta del estudio.

— Ven a comer ahora mismo — ordenó Joel.

— ¡Pero me habías dado quince minutos! — protestó Katarina.

— Eso fue hace media hora. Necesitas tomarte un descanso.

— Casi lo he conseguido — insistió ella a la vez que señalaba la pantalla — . Dame unos minutos más — rogó.

La respuesta de Joel fue tirar de la silla en la que estaba sentada, apartarla de la mesa y tomarla en brazos sin previa advertencia.

— Lo siento, pero se te ha acabado el tiempo — dijo con firmeza mientras salía de la habitación.

Katarina dio un gritito ahogado y lo rodeó con los brazos por el cuello.

— ¡Bruto! ¿Cómo te atreves? — protestó, pero la novedad de ser llevada en brazos suavizó por completo el enfado que pudiera sentir.

Una enigmática sonrisa curvó sus labios. Qué fuerte era Joel... La llevaba como si fuera ligera como una pluma. Nadie le había hecho aquello antes, y pudo comprobar que era muy agradable. Apartó un poco la cabeza y observó la poderosa mandíbula de Joel. No había duda de que era fuerte en más de un sentido.

— ¿Eres siempre tan mandón? — preguntó, y él la miró.

— Solo con las mujeres que no saben lo que les conviene — respondió mientras empujaba con un pie la puerta de la cocina.

El aroma a sopa asaltó al instante el olfato de Katarina y su estómago comenzó a hacer ruidos.

— Entonces, ¿no sueles representar este numerito de «yo Tarzán, tú Jane»? — bromeó mientras Joel la dejaba en una silla.

— Pareces haber despertado en mí un instinto protector latente — replicó él con ironía mientras se ponía a servir la sopa en dos cuencos. Tras colocar uno ante ella, lo señaló con la cuchara — . Come, Katarina.

— ¿Otra orden? — preguntó ella, aunque tomó la cuchara.

Oler la sopa le había hecho recordar el hambre que tenía.

— Una sugerencia — contestó él mientras ocupaba su asiento. Pero no empezó a comer hasta que Katarina lo hizo — . Toma pan — dijo, y le alcanzó un plato lleno de rebanadas.

— Hay suficiente para alimentar a un ejército — dijo ella en tono irónico, pero tomó un trozo, lo hundió en la sopa y luego se lo comió — . Mmm, delicioso. Estaba muerta de hambre.

— Entonces, ¿por qué no has venido cuando te lo he dicho?

— Lo había olvidado.

— ¿Sueles olvidarte a menudo de comer? — preguntó Joel con curiosidad, y Katarina asintió.

— A veces me concentro mucho en lo que estoy haciendo y lo siguiente que sé es que el día ha pasado. Lo considero un riesgo ocupacional.

Él la observó mientras comía, claramente entretenido con su apetito. Cuando fue a tomar otro trozo de pan, rio.

— Necesitas que alguien te cuide, mi niña. Katarina alzó la mirada, sorprendida.

— ¿Te estás ofreciendo para el puesto? — preguntó, antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo.

— ¿Por qué no? Alguien tiene que hacerlo.

Katarina se sentía aturdida, y no sabía qué pensar de la inesperada respuesta.

Habría sido tan fácil leer en ella más de lo que había...

— Eso ha sonado casi como un compromiso — dijo en tono burlón, aunque por dentro su corazón agonizaba por saber lo que había querido decir Joel.

Él sonrió.

— Solo a corto plazo. Mientras estés aquí voy a asegurarme de que comas y a sus horas.

La esperanza murió dolorosamente en el pecho de Katarina, que rogó para que no se le notara.

— Si el tiempo lo permite, me iré mañana, así que no vas a tener muchas posibilidades de ejercer tus funciones.

— Esperaba convencerte para que te quedaras un poco más.

Era agradable saber que no quería que se fuera tan pronto, pero no era suficiente para lo que el corazón de Katarina esperaba.

— No puedo. Tengo compromisos. Y aunque pueda cambiar las citas que tengo mañana con mis clientes, no sería muy profesional por mi parte, cancelarlas por tiempo indefinido, solo por diversión — dijo, con la esperanza de ver decepción en el rostro de Joel, pero la expresión de este no reveló nada.

— En ese caso tendré que aprovechar al máximo el tiempo que estés aquí.

Fue Katarina la que se sintió decepcionada, y se obligó a tomar otra cucharada de sopa a pesar de que de pronto había perdido por completo el apetito. El comentario de Joel no había sido nada alentador para una mujer que se había enamorado como una tonta de él.

— ¿En qué estás pensando? — preguntó Joel al cabo de un momento, y ella lo miró con una sonrisa irónica en los labios.

— En que debo de haberme vuelto loca para estar considerando la posibilidad de mantener una relación contigo — replicó con sinceridad.

— ¿Así que lo estás considerando? — preguntó él con ojos brillantes.

— Como ya te he dicho, debo de estar loca.

Joel alargó una mano sobre la mesa y tomó la de Katarina.

— A veces, uno solo puede estar loco — dijo persuasivamente.

Ella buscó en su mirada algún indicio de emoción, pero empezaba a comprender que Joel solo le dejaba ver lo que quería.

— ¿Has hecho alguna vez una locura, Joel? Me refiero a tu vida personal, no a los negocios. ¿Has caminado a sabiendas por una rama quebradiza confiando en que no se rompiera? — así era como ella se sentía en aquellos momentos. Le daba miedo, pero lo haría de todos modos, pues un corazón asustado nunca conseguía nada valioso.

Joel frunció el ceño.

— ¿Qué me estás preguntando exactamente, Katarina?

— Supongo que te estoy preguntando si te has puesto alguna vez en manos de otra persona confiando en que no te decepcionara.

— Si estás hablando de ti y de mí, solo puedo asegurarte que yo nunca te haría daño.

— Al menos, no conscientemente — dijo Katarina — . ¿Pero se te ha ocurrido que de todas formas podrías hacérmelo? Por ejemplo, ¿cómo sabes que no estoy enamorada de ti ahora mismo? — preguntó arriesgándose, y su corazón se encogió al ver que Joel reía.

— Lo sé porque ya te he dicho que sería una pérdida de tiempo.

Katarina se preguntó si habría oído bien. De todas las respuestas que podía haberle dado Joel, aquella era la más inesperada.

— ¿Crees que eso es todo lo que haría falta? — preguntó, incrédula — . ¿Crees que una mujer es capaz de desconectar su corazón por una simple advertencia?

Joel se encogió de hombros.

— ¿Por qué no? A fin de cuentas, las mujeres tienden a enamorarse y a desenamorarse con gran facilidad.

Aquello no era lo que Katarina quería oír.

— Tu cinismo me asusta. Creo que es una suerte que no esté enamorada de ti — mintió por necesidad. Si le decía la verdad, estaba segura de que Joel sería amable

con ella, pero era posible matar con la amabilidad — . Supongo que piensas que un solo corte letal es menos doloroso que mil pequeños cuando das por concluida una relación.

— El dolor, si lo hay, pasaría antes — respondió él con calma. Anonadada, Katarina lo miró en completo silencio.

— Tienes razón; si crees esa, nunca te enamorarás — dijo para terminar. Joel se encogió de hombros.

— Ya te he dicho que no. Siempre he procurado no hacer daño a ninguna mujer, pero si no lo he logrado, estoy seguro de que el dolor se ha esfumado en cuanto ha aparecido otro hombre en su vida — dijo burlonamente.

— Te haces un flaco favor diciendo eso. No creo que seas tan fácil de olvidar — dijo Katarina con aspereza, herida por su actitud. Las mujeres no eran más volubles que los hombres, y el corazón de ninguno de los sexos olvidaba con facilidad — . ¿Nunca has lamentado que terminara una relación con una mujer?

— Los lamentos y los arrepentimientos son una pérdida de energía. Son sentimientos que nunca me permito — contestó él con sencillez.

— ¿Has oído hablar alguna vez del pecado del orgullo desmedido? Tengo la sensación de que un día de estos vas a caer de golpe a tierra. Probablemente, será doloroso, pero al menos volverás a estar con el resto de los mortales.

Joel rio con suavidad mientras empezaba a recoger los platos.

— Si sucede, te dejaré ser la primera en decir que me lo habías advertido — bromeó, y se acercó al fregadero para aclarar los platos antes de meterlos en el lavavajillas — . Y ahora ha llegado el momento de salir a quitar la nieve de los senderos. Si te apetece acompañarme, serás bienvenida.

Katarina se levantó y negó con la cabeza.

— Es un trabajo que exige más músculo que cerebro, y esa es tu especialidad. Yo voy a volver con el ordenador — dijo con exagerada dulzura antes de salir de la cocina.

De vuelta en el estudio, no se puso a trabajar de inmediato, pues no lograba dejar de pensar en lo que acababa de pasar en la cocina. Joel había sido frío hasta el punto de mostrarse cínico en su empeño de mantener cualquier lazo emocional alejado de su vida. Pero había algunas contradicciones en lo que había dicho. Su opinión sobre el sexo femenino no era nada halagadora. Las mujeres eran volubles, se enamoraban y desenamoraban con gran facilidad y sus emociones eran tan superficiales, que cualquier dolor que pudieran sentir se desvanecía en cuanto aparecía el siguiente hombre en su vida. Era un razonamiento contradictorio para un hombre que había sugerido que su fe en las mujeres era escasa porque pensaba que solo veían en él una máquina de hacer dinero.

Katarina empezó a recordar otros comentarios que había hecho. Joel le había asegurado que no había llegado a pensar así a causa de alguna mujer, pero ella ya no lo creía. Le gustaba dar la impresión de que no podían hacerle daño. Sin embargo, no dejaba de demostrar una y otra vez que no era un hombre frío. Dentro de él había un ser humano que podía ser muy amable y cariñoso, de manera que, ¿por qué se empeñaba en dar la impresión contraria? ¿Por qué en algún momento de su vida le habían hecho daño y estaba decidido a que no volviera a suceder?

Eso explicaría sus aparentes contradicciones. Debía haber confiado en alguien que lo había decepcionado y a partir de entonces había ido alzando unas defensas en torno a

su corazón que con el tiempo se habían convertido en prácticamente insalvables.

Aquello explicaría muchas cosas, aunque a ella no le iban a servir de mucho. Si no se equivocaba, estaba enamorada de un hombre empeñado en no volver a amar. No tenía trompetas para hacer caer sus muros defensivos. Solo tenía su amor por él, y si eso no hacía una mella en su armadura, nada lo haría. No podía obligarlo a amarla; solo podía esperar que quisiera estar con ella más que unos días. Por supuesto, siempre podía esperar un milagro, pero eso era algo que sucedía en contadas ocasiones.

Suspiró mientras asumía que no había solución para su problema. Sin embargo, sí podía hacer algo por el de Joel. Pero dedicarse a darle vueltas a aquello no le iba a servir de nada. Lo mejor que podía hacer era concentrarse en entrar en la base de datos de William.

Pasó un buen rato intentándolo en vano, hasta que tuvo una idea brillante. La siguió y poco después había logrado entrar.

Buscó los archivos y los encontró con gran facilidad. Estaba claro que William no esperaba que Joel fuera a sospechar de él, ni que fuera a devolverle la jugada, haciendo que ella siguiera el ejemplo de Angie.

Todo lo que le quedaba por hacer era cargar los archivos en unos discos y borrarlos del disco duro de William. Meterlos de nuevo en el ordenador de Joel era pan comido, y cuando por fin apagó el ordenador, lo hizo con la satisfacción que siempre producía un trabajo bien hecho.

Tras guardar los discos en un cajón, se levantó, se estiró y fue en busca de Joel para darle la buena noticia. Fue por su abrigo y sus guantes y al salir solo tuvo que seguir el sonido de la pala hasta la parte trasera de la casa para encontrarlo.

En cuanto la vio, Joel dejó de apartar nieve del sendero, apoyó ambas manos sobre la pala y sonrió con socarronería.

— Pareces el gato que se comió la crema — dijo animadamente — . ¿Significa eso que traes buenas noticias?

— Umm. Tus archivos vuelven a estar donde les corresponde. He guardado unas copias en discos en el cajón de tu escritorio. Supongo que no volverá a suceder nada parecido, pero creo que deberías instalar algún sistema de seguridad para evitar futuros problemas.

Joel asintió.

— Más vale tarde que nunca, ¿no? ¿Podrías ocuparte tú de eso?

— Hay varios programas en el mercado, o yo podría hacerte uno. Por supuesto, tendría que enviártelo con instrucciones para su instalación.

Joel ladeó la cabeza.

— ¿Sigues pensando en irte mañana?

Katarina se quedaría para siempre si él se lo pidiera, pero no lo haría. No en aquellos momentos y, probablemente, nunca.

— Ya he hecho lo que he venido a hacer — contestó.

— ¿Y el asunto que queda pendiente entre nosotros? — le recordó él con suavidad, y sus palabras llegaron directamente al corazón de Katarina.

— Tal vez lo mejor será que quede así... pendiente .

— No para mí — replicó él.

La vehemencia con que lo hizo agradó a Katarina, pero no dejó que se notara. Se cruzó de brazos y simuló pensar en ello.

— No sé... Creo que para una mujer es mejor conservar su misterio. Tal vez debería dejarte para que puedas dedicarte a pensar sobre lo que te has perdido — dijo provocativamente, y Joel gruñó como un perro malhumorado. Ella rio — . Vamos, vamos. Los niños pequeños no consiguen nunca lo que quieren con una rabieta.

Algo peligroso brilló en los ojos de Joel cuando arrojó la pala a un lado.

— Pero, como pronto vas a averiguar, yo no soy ningún niño pequeño — prometió mientras avanzaba hacia ella con una traviesa sonrisa en los labios.

Katarina dio un gritito, giró sobre sí misma y salió corriendo, pero tuvo que reír ante sus infructuosos esfuerzos por hacerlo sobre la nieve. Al ver un sendero a su izquierda, se encaminó hacia él.

— ¡No, Katarina! — exclamó Joel, pero ella lo ignoró, y un instante después resbalaba aparatosamente.

Apenas tuvo tiempo de gritar antes de golpear el suelo con suficiente fuerza como para quedarse sin aliento. Un momento después, Joel se arrodillaba a su lado con expresión preocupada.

— ¿Estás bien, corazón? ¿Te has golpeado en la cabeza? ¡Háblame, Katarina! — ordenó a la vez que comenzaba a deslizar las manos sobre ella en busca de alguna posible herida.

— ¿Qué ha pasado? — preguntó ella al recuperar el aliento, y Joel se sentó sobre sus talones, aliviado.

— Hielo. Eso es lo que ha pasado... Siempre lo hay bajo la nieve en ese sendero porque tiene agua. ¿Seguro que te encuentras bien? — preguntó mientras la ayudaba a sentarse.

Katarina hizo una mueca de dolor.

— Aparte de un moretón que hará que me resulte incómodo sentarme durante una semana, estoy perfectamente — aseguró.

— Si quieres, puedo... — empezó Joel, pero ella le dedicó una rápida mirada de advertencia.

— No, no puedes — dijo con firmeza — . No necesito que beses ninguna parte de mi anatomía, muchas gracias.

Joel no negó que eso fuera lo que iba a decir.

— Tampoco hace falta que te enfades conmigo. Yo no te he hecho caer.

— No, pero lo habrías hecho si te hubiera resultado conveniente.

Joel sonrió.

— Aunque quiera tenerte bajo mí, cariño, hay modos más sutiles de conseguirlo.

Algo en el modo en que dijo «cariño» hizo que Katarina sintiera que se le ponía la piel de gallina... y no precisamente por el frío.

— Estoy segura de que conoces todos los trucos existentes del arte de la seducción — replicó en tono burlón, y él chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

— Tal y como has dicho eso hace que parezca una especie de Casanova moderno — dijo en tono dolido, pero ella no lo creyó ni por un instante.

— No, pero te parecerías mucho — replicó ella, y rio con suavidad mientras palpaba con la mano otra zona dolida de su costado. Cuando alzó la mirada vio que Joel la observaba con una extraña expresión en los ojos — . ¿Qué? — preguntó, confundida, y él frunció ligeramente el ceño.

— Solo estaba pensando cuánto me gusta tu risa — confesó.

Katarina sintió un escalofrío de excitación al oír aquello. De pronto dejó de sentir ganas de reír.

— Menudo momento has elegido para decirme algo así. Estamos sentados sobre la nieve, arriesgándonos a sufrir hipotermia — dijo sin aliento.

Joel pasó una mano tras su cuello y la atrajo inexorablemente hacia sí.

— ¿Tienes frío?

— Solo por fuera — admitió Katarina con voz ronca, y una sonrisa curvó sus labios.

— Bien, porque voy a tener que besarte — murmuró Joel cuando apenas se encontraban a un aliento de distancia.

Katarina apoyó las manos en su cazadora mientras se inclinaba hacia él.

— ¿Por qué has tardado tanto? — murmuró, y un instante después Joel tomó su boca y el mundo empezó a girar en torno a ellos.

Fue un beso intenso, profundo, con el que Joel pareció buscar una respuesta de ella, aunque Katarina dudaba que conociera la pregunta. Pero ella tampoco la conocía, de manera que lo único que pudo hacer fue responder con todo el amor que sentía por él. Al parecer, eso era lo que él quería, pues a la vez que un grave gemido surgía de su garganta, la rodeó con sus brazos y la estrechó con pasión contra sí. Con los ojos cerrados, atrapada en el torbellino de sus emociones, Katarina respondió ciegamente, y solo cuando Joel alzó la cabeza a la vez que mascullaba una maldición, el mundo volvió a detenerse y oyó algo parecido a un timbre sonando con insistencia.

— Es el teléfono de nuevo — explicó Joel, y a continuación respiró profundamente para calmarse — . He instalado un pequeño altavoz fuera para poder oírlo — el teléfono dejó de sonar, pero él siguió escuchando. Un instante después, volvió a oírse el timbre.

Se puso en pie, ayudó a Katarina a hacer lo mismo y se encaminaron hacia la casa.

— Que la llamada se corte y vuelva a sonar indica que no es un asunto de trabajo — explicó — . Pertenezco al grupo de búsqueda y rescate del condado, y eso quiere decir que me necesitan. Alguien debe de tener problemas.

Katarina se sintió avergonzada por haberse irritado a causa de la interrupción, a la vez que su corazón se henchía de orgullo por el hecho de que Joel perteneciera a un grupo tan útil y desinteresado. No pudo evitar sorprenderse una vez más, pero estaba empezando a aprender que aquel hombre era generoso con todo... excepto con su corazón.

Joel descolgó el auricular en cuanto entraron en la cocina.

— Falloni al aparato. ¿Qué sucede? — tras escuchar con atención unos segundos, añadió — . Estoy ahí en veinte minutos — y colgó.

— ¿Es grave? — preguntó Katarina al ver la seria expresión de su rostro.

— Dos excursionistas han caído por los riscos de la zona norte y no se sabe qué puede haberles pasado. Por fortuna, había un tercero al que no le ha pasado nada y que ha podido avisar. Por muchas advertencias que se hagan respecto al tiempo, siempre hay algún idiota dispuesto a ignorarlas, y luego nos toca a nosotros ir a recoger los restos.

El corazón de Katarina se encogió al oír aquello.

— ¿No será peligroso para ti también? Joel asintió.

— Claro que sí. Por bien que conozcamos estas montañas, el enemigo es el tiempo. Pero nuestro deber es ir a rescatarlos. A menos que el tiempo empeore tanto que no podamos ver a más de un palmo de nuestras narices, no podemos dejarlos abandonados.

— No, claro, pero... — empezó a protestar ella, pero Joel la interrumpió apoyando las manos en sus hombros.

— Lo siento, Katarina, pero ahora no tengo tiempo para hablar. Pronto anochecerá y vamos a necesitar toda la luz que podamos — dijo, y a continuación la rodeó y salió de la cocina.

El instinto de Katarina la impulsaba a ir tras él para pedirle que no fuera, pues no quería que corriera el riesgo de sufrir algún accidente. Pero sabía que hacerlo no serviría de nada, de manera que se contuvo. Cuando oyó que Joel volvía a bajar las escaleras, salió de la cocina para reunirse con él. Se había vestido con ropa de escalada y llevaba una mochila. Al ver la tensa expresión del rostro de Katarina, sonrió.

— No te preocupes, estaré bien. Con un poco de suerte, no nos costará mucho encontrarlos y no estarán malheridos.

— Ten cuidado — aconsejó ella, y él se inclinó para besarla en los labios.

— Siempre lo tengo. Estaré de vuelta antes de que empieces a echarme de menos.

Katarina se llevó una mano a los labios, pues estos estaban adquiriendo una alarmante tendencia a temblar. Ya lo echaba de menos. Estaba segura de que Joel había hecho aquello muchas veces, pero entonces ella no estaba enamorada de él. Sin embargo, lo único que podía hacer era esperar y rezar para que regresara sano y salvo.

No fue fácil. Pasó varias horas deambulando de una habitación a otra y mirando por la ventana con la ilusión de ver llegar su todoterreno. Finalmente, volvió a la cocina y decidió ponerse a preparar algo con la esperanza de que Joel llegara a tiempo de comer algo.

Cuando anocheció, recorrió la casa encendiendo luces. ¿Dónde estaba? ¿Qué estaría pasando? Tras apagar el horno y pasar otro infructuoso rato mirando por la ventana, fue a sentarse en el sofá frente al fuego.

Cuando llegó la medianoche, y a pesar de sus esfuerzos por permanecer despierta, el sueño comenzó a vencerla. Se tumbó sobre el sofá, abrazó un cojín y unos segundos después se quedó dormida.

Capítulo 6

Katarina?

El sonido de su nombre repetido con suavidad hizo salir a Katarina de las profundidades del sueño. Giró sobre sí misma y miró sin ver al hombre que, sentado en el borde del sofá, se inclinaba hacia ella.

— Joel? — murmuró, aturdida — . ¿Qué hora es?

— Un poco antes de las tres. ¿Por qué no estás en la cama?

Los recuerdos se agolparon en la mente de Katarina. La llamada de emergencia, las largas y ansiosas horas de espera.

— Quería esperarte despierta. ¿Cómo ha ido todo? — se sentía tan aliviada de verlo sano y salvo que se habría arrojado gustosa entre sus brazos, pero no podía hacerle ver lo preocupada que había estado.

— Todo ha ido bien. Por fortuna, nuestro perro Lucky encontró a los excursionistas sin dificultad.

— ¿Qué tal estaban?

— Uno tenía una pierna rota y el otro un par de costillas, pero aparte de eso se encontraban bien. Deberían considerarse muy afortunados.

— Estoy segura de que es así. ¿Les has echado el sermón que se merecían? Joel se pasó una mano por el pelo.

— Pat, el jefe del equipo, se ha encargado de hacerlo, aunque me temo que hay gente que nunca aprende. Probablemente, tendremos que salir el año que viene a rescatar al mismo grupo. No sé por qué sigo en esto. A veces pienso que es una labor inútil.

En esa ocasión, Katarina se dejó llevar por sus instintos y lo rodeó con los brazos por el cuello.

— Lo haces porque no podrías perdonarte si no acudieras en ayuda de alguien sabiendo que está en peligro.

Joel la apartó un poco y la miró socarronamente.

— Ah, ¿sí? — dijo, a la vez que deslizaba la mano arriba y abajo por la espalda de Katarina.

Ella asintió.

— Eres un buen hombre, Joel Falloni. Nunca lograrás hacerme creer lo contrario.

— ¿Cómo puedes estar tan segura? Apenas me conoces.

Katarina suspiró y apartó un mechón de pelo de la frente de Joel.

No podía decirle que estaba segura porque su corazón lo conocía. Él no habría querido oírlo.

— Simplemente, lo sé — dijo, y se encogió de hombros — . Llámalo intuición femenina. Él sonrió y ella bajó la mirada hacia su boca. Sin pensárselo dos veces, lo besó en los labios.

Sus miradas se encontraron y, de pronto, la temperatura de la habitación subió varios grados.

— ¿A qué ha venido eso? — preguntó Joel con voz entrecortada, y ella se humedeció los labios con la lengua, consciente de que con su beso había instigado un curso de los acontecimientos que solo podía tener un fin.

— Me ha apetecido — murmuró.

— Hmm. ¿Y te apetece hacer algo más? — la pregunta fue poco más que un seductor gruñido.

El corazón de Katarina latió más deprisa.

— Se me ocurren varias cosas, pero debes estar agotado — replicó sin aliento. La suave risa de Joel le produjo un delicioso cosquilleo por todo el cuerpo.

— Ahora mismo no me siento nada agotado, corazón — dijo él mientras deslizaba las manos bajo el borde de su jersey y la abrasaba con el calor de su tacto.

Katarina cerró los ojos y gimió.

— ¿No tienes hambre? He preparado algo de comer. No necesito más que un minuto para calentarlo.

La boca de Joel encontró la línea de su mandíbula y dejó un rastro de besos hasta su oreja.

— Katarina, Katarina. Lo que me apetece comer ya está caliente — dijo mientras le mordisqueaba el lóbulo.

Ella frotó su mejilla contra la de él. Necesitaba un afeitado, pero no le importó. Su incipiente barba hacía que resultara aún más viril. Una ligera sonrisa curvó sus labios.

— Y seguirá caliente... a menos que no puedas esperar — bromeó y él la miró a los ojos con una pasión apenas reprimida.

— Ya he esperado suficiente. Soy un hombre hambriento al que solo tú puedes saciar.

Aquella confesión fue como música para los oídos de Katarina.

— Entonces, come — invitó roncamente — . Todo lo que tengo es tuyo.

De inmediato, Joel tomó su boca y la besó con una pasión casi desesperada. Tomó sus labios, le hizo entreabrirlos, buscó la dulce profundidad de su boca con la lengua... y Katarina le dio la bienvenida de todo corazón. Quería aquello, lo necesitaba. Sintiera lo que sintiese Joel, ella lo amaba, y la única forma que tenía de demostrárselo era entregándole su cuerpo.

Joel interrumpió el beso el tiempo necesario para dejar algunos cojines en el suelo, frente al fuego. Luego hizo que Katarina se tumbara sobre la alfombra y de inmediato se tumbó junto a ella y la tomó en brazos. Como un montón de yesca al que hubieran acercado una llama, la pasión solo necesitó una chispa para encenderse, y en unos segundos ardía. Pronto, los febriles besos no bastaron. La ropa era una barrera que hizo que Katarina se volviera loca de impaciencia. Quería sentir a Joel, tocarlo, conocer cada centímetro de su cuerpo, y lo que podía encontrar con las manos bajo su jersey no le bastaba.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Joel se irguió un momento para quitarse el jersey.

Ella hizo lo mismo, y habría soltado el cierre delantero de su sujetador si él no se lo hubiera impedido. Le hizo tumbarse con los brazos por encima de la cabeza y luego deslizó un dedo por la sensible carne que dejaba ver el escote de su sujetador. Katarina arqueó el cuerpo hacia él, invitándolo a soltarle el cierre y a que la acariciara como lo deseaba. Por fin, él le quitó el sujetador y lo retiró a un lado. Entonces la acarició, pero lo hizo con gran suavidad, casi con adoración, y ella se movió bajo sus manos, necesitando más. Después de lo que parecieron horas y en realidad solo fueron unos segundos, Joel abarcó con las manos la turgente carne de sus pechos y acarició con los pulgares sus inflamados pezones.

Un gemido de placer escapó de la garganta de Katarina cuando él inclinó la cabeza y tomó primero un pezón y luego el otro en su boca los lamió con su lengua. Incapaz de permanecer quieta, alzó las manos hasta la mata de su pelo y las dejó a allí mientras unos deliciosos estremecimientos de placer se abrían paso por todo su cuerpo. Entonces él empezó a descender por su torso hasta toparse con la barrera de sus mallas, pero un segundo después estos habían desaparecido junto con el resto de la ropa de Katarina.

— Preciosa — murmuró mientras le hacía separar las piernas para buscar su húmedo y caliente centro.

— No, espera — protestó ella, pues quería que aquel fuera un placer compartido. Pero Joel tenía otras ideas.

— Esta vez es para ti — susurró él, y siguió acariciándola con sus dedos y su lengua hasta que logró que Katarina alcanzara la cima.

Con el corazón latiendo enloquecido en su pecho, ella permaneció tumbada con los ojos cerrados mientras los desperdigados fragmentos de sus sentidos volvían a reunirse. No abrió los ojos hasta que Joel se colocó junto a ella y apartó el pelo húmedo de su rostro.

— Eso no ha sido justo — protestó, con su deseo momentáneamente apaciguado.

Él sonrió mientras deslizaba un dedo por sus clavículas.

— Todo es justo en el amor y en la guerra — respondió.

— En ese caso, es mi turno — declaró ella, y un instante después estaba sentada a horcajadas sobre el cuerpo de Joel. Lo miró a los ojos con una peligrosa sonrisa en los labios — . ¿Asustado? Deberías estarlo, porque pienso hacerte pagar por lo que me has hecho — prometió mientras deslizaba las manos por su poderoso pecho.

Los dientes de Joel destellaron en una sonrisa.

— Hazme lo peor que sepas. Podré asimilarlo.

Katarina se inclinó hacia él y buscó los pezones de Joel con sus labios antes de empezar a mordisquearlos.

Él gimió de placer cuando empezó a trazar a su alrededor lentos círculos con la lengua. Despacio, muy despacio, fue descendiendo por su fuerte y plano vientre hasta acercarse a la cintura de sus vaqueros. Entonces, se irguió, desabrochó el botón del vaquero, bajó la cremallera y liberó la excitada carne masculina del confinamiento de la ropa interior. No fue un accidente que su mano lo acariciara mientras le bajaba los pantalones y los calzoncillos. Luego, retiró a un lado la ropa y contempló el maravilloso cuerpo de Joel completamente desnudo bajo su mirada. No había ninguna duda respecto a que él la deseaba, y ella sintió en su interior la palpación de un renovado anhelo.

Deslizó las manos hacia arriba por sus muslos, acercándose, pero sin llegar a alcanzar el lugar que sin duda él deseaba que acariciara. Finalmente, transigió y, como él había hecho un momento antes, se inclinó y lo tomó en su boca a la vez que seguía acariciándolo con la mano. Joel gimió y alargó las manos hacia ella.

— ¡Para, para! — exclamó él unos momentos después, y ella alzó la cabeza y lo miró.

Sabiendo que no iba a poder aguantar más, Joel la tomó por las caderas, la hizo girar hasta tenerla debajo y la penetró de un poderoso empujón.

Tenerlo en su interior hizo que Katarina se sintiera completa por primera vez en su vida, y se adaptó a sus movimientos en busca de un final que llegó de pronto, explosivo y

avasallador, lanzándola hacia lo alto en una oleada de increíble placer. Unos segundos después, Joel se unió a ella con un prolongado gemido que pareció surgir de lo más profundo de su ser.

Abrazados, surcaron los tormentosos mares de la pasión hasta que al fin fueron llevados por la corriente hasta la costa, saciados y exhaustos.

Pasó mucho rato antes de que Joel se hiciera consciente de que aún seguía encima de Katarina. Se tumbó a su lado y la tomó entre sus brazos de manera que apoyara la cabeza en su hombro. Luego, cerró los ojos y unos segundos después ya no estaba despierto. Ella suspiró y apoyó una mano en su pecho.

— Te quiero — susurró, porque necesitaba decirlo y porque sabía que él no la estaba escuchando. Luego cerró los ojos y lo imitó.

Un ruido llamó su atención. Fue el sonido de una puerta al cerrarse, seguido del inconfundible ruido de un coche al alejarse. En un instante comprendió que podía tratarse de Silvia, que había vuelto y que no tardaría en entrar en el cuarto de estar, donde se encontraría con un espectáculo que los abochornaría a todos.

Miró a su alrededor con desesperación en busca de algo con que cubrir su desnudez y la de Joel y vio una colcha doblada sobre el brazo de uno de los sillones. Unos pasos resonaron en el pasillo mientras lo extendía. No los cubrió del todo, pero fue suficiente para no morir de vergüenza cuando, un instante después, la puerta se abrió y Silvia entró en la habitación.

Sus ojos se encontraron, unos sorprendidos, los otros consternados. A pesar de que las mejillas le ardían tanto que parecía que iban a incendiarse en cualquier momento, Katarina no quiso que Joel se despertara. Entre una cosa y otra había tenido una noche muy agitada. De manera que se llevó un dedo a los labios para que Silvia no dijera nada y le indicó por signos que se reuniría con ella en unos momentos. Al principio, temió que la otra mujer no estuviera dispuesta a aceptar, pero por fin giró sobre sí misma y salió de la habitación.

Katarina se apartó con cuidado de Joel, lo dejó cubierto con el chal y luego fue reuniendo su desperdigada ropa para vestirse.

Unos minutos después salía del cuarto de estar en busca de Silvia. La encontró en la cocina, preparando un té.

La cocinera interrumpió un momento su tarea para dedicarle una elocuente mirada.

— Espero que sepa lo que está haciendo — dijo con franqueza, aunque no hubo reprobación en su tono.

Katarina pasó una mano por su revuelto pelo y se cruzó de brazos a la defensiva.

— Creo que sí — respondió, incómoda.

Silvia sacó de un armario tazas y platos y le indicó que se sentara. Luego se reunió con ella en la mesa, pero no dijo nada hasta que hubo servido el té.

— Quiero mucho al señor Falloni, pero no estoy ciega. Juega con las mujeres. Las he visto ir y venir. En algunos casos, me he alegrado de ver que se iban, pero en otros he lamentado que Joel perdiera la oportunidad de conseguir una buena esposa. Algunas incluso lo amaban, pero la mayoría no. Lo utilizaban, y poco a poco han conseguido cambiar al amoroso muchacho que recuerdo. Una en particular... — Silvia se interrumpió y se mordió el labio, y Katarina contuvo el aliento, pues, por la actitud de la otra mujer, era evidente que lo que había estado a punto de decir era algo que ella

debía saber.

— ¿Qué pasó con esa mujer? — preguntó, y Silvia la miró con expresión sombría.

— Le estoy contando esto porque me cae bien, y porque me parece una buena chica. Joel no se permite enamorarse a causa de esa mujer. Yo me di cuenta de que era frívola, pero él estaba loco por ella. Estaban a punto de casarse cuando la encontró con otro hombre. Un hombre del que estaba enamorada, pero que no tenía el dinero de Joel. Por lo visto, tenían planeado que pidiera el divorcio enseguida y vivir con el dinero que obtuviera. Como si eso no fuera suficiente, ella decidió vengarse cuando los descubrió y le dijo que se había quedado embarazada de él, pero que había abortado — concluyó Silvia con un estremecimiento de desagrado.

Katarina se llevó una mano a la boca, horrorizada. No se había equivocado al sospechar que había una mujer tras la actitud de Joel, pero nunca habría sospechado algo así.

— ¡Dios santo! ¿Cómo fue capaz de hacer algo así?

— Muy fácil, porque era una mujer fría y diabólica. El señor Falloni estuvo a punto de enloquecer durante una temporada, y estuvimos muy preocupados por él. Cuando se recuperó, había alzado un grueso muro en torno a su corazón que no ha dejado de crecer desde entonces. El amor no existe para él. No permite que nadie se acerque, y eso destruirá a la mujer que lo ame. Será amable y generoso, pero mantendrá su corazón cerrado. He visto cómo sucedía antes, y no quiero que le suceda a usted — dijo Silvia con suavidad, como si conociera el secreto de Katarina.

— ¿Y qué le hace pensar que me sucederá? — preguntó ella. Silvia dio un sorbo a su té antes de contestar.

— Que usted está aquí y él no. Ha pensado en él, no en sí misma. Katarina se ruborizó.

— Ayer tuvo que salir a rescatar a unos excursionistas y no ha vuelto hasta esta madrugada. He pensado que le vendría bien dormir — explicó, pero Silvia no era ninguna tonta.

— Tal vez, pero la mayoría de las otras mujeres lo habría despertado y lo habrían enviado a hablar conmigo para ocultar sus rubores.

Katarina no quería que le recordaran a las otras, y se negó a pensar en las que probablemente la seguirían.

— Yo no soy como las otras.

Silvia le palmeó la mano con cariño.

— No, no lo es. Y me encantaría creer que eso pudiera suponer una diferencia — suspiró y movió la cabeza con tristeza — . Pero me temo que el señor Falloni no cambiará.

Katarina removió su té en silencio y suspiró.

— Tiene razón. Estoy enamorada de él — confesó — . Pero Joel no lo va a saber nunca por mí. No debe averiguarlo, y usted debe prometerme que no se lo dirá. Ya me ha dejado bien claro que para él esto es solo una aventura más. Sé que sufriré cuando todo acabe, pero sufriría aún más si Joel sintiera lástima por mí. Creo que podría soportar cualquier cosa menos eso — añadió, y Silvia la miró con gesto compasivo.

— No se preocupe. No soy cotilla. Su secreto está a salvo conmigo — prometió — . Ojalá pudiera hacer algo porque se arreglaran las cosas, pero me temo que no es posible. Lo único que puedo hacer es rezar por usted y rogar para que Joel recupere la cordura y sepa ver lo que tiene delante de los ojos. Usted sería buena para él.

A continuación, permanecieron un rato en silencio, pues no había más que decir. Por mutuo acuerdo, charlaron un rato sobre otras cosas y luego Katarina subió a ducharse y cambiarse... y a hacer el equipaje.

De camino a la planta de arriba, se asomó al cuarto de estar y, al ver que Joel seguía plácidamente dormido, no tuvo valor para despertarlo. Despertar entre sus brazos y hacer el amor apasionadamente con él habría sido un bello recuerdo que llevarse, pero las cosas no habían salido así y ya no tenían remedio.

Mientras se duchaba, hizo lo posible por mantener una actitud mental positiva, pero en realidad no tenía ni idea de cómo iban a ir las cosas. La noche pasada había sido mágica, pero, ¿cómo iba a repetirse si vivían en extremos opuestos del país?

¿Cómo iban a seguir con su relación a distancia? Debía mentalizarse para la posibilidad de que aquello hubiera sido todo.

Estaba preparando el equipaje cuando un sonido le hizo volverse hacia la puerta. Joel estaba en el umbral, envuelto en la colcha, como si se tratara de una toga. Con el pelo revuelto y la incipiente barba, parecía la antigua versión romana de la mañana después. Su primer impulso fue arrojarle a sus brazos con la intención de quedarse allí para siempre, pero logró no hacerlo.

— ¿Qué haces? — preguntó él, frunciendo el ceño mientras entraba en el dormitorio.

— Preparar un pastel — replicó ella, pues, dado que estaba llenando la bolsa con su equipaje, lo que estaba haciendo debía ser obvio.

— ¿Vas a algún sitio?

Aunque le costó un esfuerzo sobrehumano, Katarina se obligó a responder en tono despreocupado.

— Tengo que tomar un tren, ¿recuerdas? Silvia dice que la carretera está despejada, así que voy a volver a casa tal y como lo tenía planeado.

— ¿Ya ha vuelto Silvia? — preguntó él, sorprendido. Estaba claro que aún no se había encontrado con ella.

— Estabas dormido cuando ha llegado. Ha entrado en el cuarto de estar y he tenido el tiempo justo de cubrirte con esa colcha... que te sienta muy bien, por cierto — trató de bromear Katarina. Estaba a punto de guardar un jersey en la bolsa cuando él la tomó por la muñeca.

— ¿Por qué no me has despertado? — preguntó, un poco irritado.

— Porque necesitabas dormir. Aunque la verdad es que no parece que haya servido para suavizar tu humor.

— Esperaba encontrarte a mi lado al despertar — replicó él a modo de explicación.

— Como puedes ver, tenía cosas que hacer — dijo Katarina en tono desenfadado.

Joel frunció el ceño.

— ¿Eres siempre tan fría después de haber pasado la noche con un hombre? — preguntó, y ella rio con suavidad, aunque era lo último que le apetecía hacer.

— Solo estoy siendo razonable. Además, pensaba que no te gustaban las amantes pegajosas. Siento que te haya dolido que te dejara solo en el cuarto de estar, pero creía que estaba siguiendo las reglas — replicó en tono irónico.

— No me ha dolido — negó él con sequedad.

— Pues no da esa impresión.

— Me he sentido decepcionado, pero no dolido — corrigió Joel, y su tono se suavizó cuando añadió — . Quería volver a hacer el amor contigo.

— A mí también me habría gustado — admitió ella roncamente.

La frialdad de la mirada de Joel desapareció al instante al oír aquello, y la tomó por los hombros.

— Entonces, quédate — dijo — . Quédate un día más y podremos pasarlo en la cama juntos. Lo de esta noche ha sido increíble, ¿no te parece?

Katarina respiró temblorosamente.

— Sí que lo ha sido — admitió — . Tenías razón; tu forma de hacer el amor es aún más intensa que tu arrogancia.

Él sonrió torciendo la boca.

— Si quieres que te diga la verdad, has superado incluso lo que yo esperaba, y quiero volver a sentir lo mismo. Quédate, Katarina, por favor.

Cómo deseaba hacerlo... pero era imposible.

— No puedo —, contestó con la garganta atenazada por la emoción — . Ya te lo dije. Tengo compromisos.

— ¡A! diablo con tus compromisos! — espetó Joel y, sin previo aviso, inclinó la cabeza y la besó con dureza en los labios.

Katarina se quedó mirándolo.

— Si volvieras a hacer eso, probablemente me harías cambiar de opinión, pero no lo hagas, por favor. El trabajo es importante para mí, y también lo son mis clientes. Tengo que ir a casa.

Joel suspiró, resignado.

— Eres una mujer muy testaruda. Vas a hacerme esperar, y odio esperar. El corazón de Katarina latió más deprisa.

— ¿Significa eso que quieres volver a verme?

— Después de anoche, ¿cómo puedes pensar lo contrario? Este no es el fin, sino el principio.

— Puede, pero no sé cuándo podré volver aquí de nuevo.

— Es halagador saber que quieres venir a verme, pero no será necesario. Voy a quedarme menos días de los que pensaba. Tengo que hacer un par de cosas por aquí, pero estaré de vuelta en Londres para el fin de semana. Cena conmigo el viernes.

Katarina no disimuló su sorpresa.

— Pero... creía que vivías aquí. Joel negó con la cabeza.

— No has tenido esa suerte. Paso aquí todo el tiempo que puedo, pero mi trabajo me retiene en Londres muy a menudo — explicó, y ella se dio cuenta de que, si hubiera estado pensando con claridad, habría deducido aquello por sí misma. Bailey vivía en Londres, luego su jefe también tenía que estar allí.

— Comprendo — murmuró.

— Entonces, ¿vas a darme una respuesta pronto o voy a tener que esperar hecho un manojo de nervios? — bromeó Joel. Al ver que Katarina parpadeaba, la zarandeó ligeramente — . Cena el viernes por la noche. ¿De acuerdo?

Ella reprimió el sí que estaba a punto de contestarle en favor de una respuesta más coqueta. No podía dejarle ver lo aliviada que se sentía.

— Creo que el viernes lo tengo libre. Tendré que consultar mi agenda. Los ojos de Joel brillaron.

— Más vale que lo tengas libre. De hecho, vas a tener que reservarme todas tus tardes a partir de ahora. No pienso compartirte con nadie.

Katarina sintió un estremecimiento de emoción. Aquellas eran las palabras que quería oír.

Aunque estaba más satisfecha por su reacción de lo que podía admitir, sabía que debía mantener la cordura.

— Me temo que no va a quedarte más remedio que compartirme. Ceno con mis padres una vez a la semana.

— Eso te lo permito — concedió él, magnánimo, y ella rio a la vez que se apartaba de su lado.

— Muy generoso por tu parte. Y ahora, vete y deja que termine de preparar el equipaje. Mitren sale en un par de horas y no puedo perderlo — dijo, y empezó a doblar otra prenda con manos temblorosas.

— Llegarás a tiempo. Yo te llevaré a la estación — dijo Joel, y ella se volvió a mirarlo por encima del hombro.

— No es necesario que te molestes.

— Claro que sí — insistió él mientras se encaminaba hacia la puerta — . Si tengo que perderte de vista durante toda una semana, quiero asegurarme de que tengas algo por lo que recordarme.

Cuando salió, Katarina deseó poder haberle dicho que lo recordaría siempre. Le alegraba haber averiguado que Joel no quería que aquello acabara enseguida... pero cómo deseaba que no tuviera por qué acabar nunca. Sin embargo, era inútil llorar por no poder conseguir la luna. Debía estar agradecida por lo que Joel pudiera darle y acumular los recuerdos para que le dieran calor durante las largas y solitarias noches que sin duda le aguardaban en el futuro.

Capítulo 7

Una semana puede parecer eterna cuando se espera la llegada del fin de semana, pero puede parecer aún más larga cuando se está enamorado. Cuando por fin llegó el viernes, Katarina era un manojo de nervios. Aunque solo habían pasado unos días desde que había visto a Joel, y él la había llamado cada tarde, lo había echado muchísimo de menos. Las ocho de la tarde parecían muy lejos. No sabía cómo iba a superar el día.

Pero, tal y como transcurrieron las cosas, tuvo más distracciones de las que había anticipado. Primero, llamó alguien con un problema que no se podía arreglar por teléfono y tuvo que viajar para resolverlo. Eso le llevó toda la mañana, pero llegó a casa a tiempo de tomar un café y un trozo de pizza. Estaba a punto de sentarse a comer en la cocina cuando sonó el timbre. Fue a abrir y se encontró con Bailey, que de inmediato le ofreció la larga caja de flores que llevaba en las manos.

— ¿Por qué me traes flores? — preguntó con curiosidad mientras lo seguía hasta la cocina.

— No son mías. Me he encontrado en las escaleras con el chico que venía a entregártelas y me he ofrecido a hacerlo. ¿Quién te las manda? ¿O no hace falta que lo pregunte? — preguntó Bailey con una traviesa sonrisa.

El rubor delató a Katarina.

— Ya me habían enviado flores antes — replicó mientras dejaba la caja en la mesa y la abría.

— Pero no desde ese lugar — dijo Bailey, que se había fijado en las señas de la floristería.

Katarina no lo estaba escuchando; todos sus sentidos se hallaban concentrados en la exquisita docena de rosas rojas que había en la caja. La tarjeta que acompañaba al ramo decía simplemente Joel, y su corazón latió más deprisa al verlo. Rosas rojas. Todo el mundo sabía lo que significaban, pero ella no quería darle mayor importancia. Sin embargo, tenía que significar que Joel al menos sentía cariño por ella.

— Supongo que son de Joel, ¿no? — dijo Bailey mientras ella iba a ponerlas en un florero.

— Sí — contestó Katarina con sencillez. Su primo hizo una mueca.

— Eso explica por qué has estado evitándome. Katarina frunció el ceño.

— No te he estado evitando — negó automáticamente, aunque en realidad eso era lo que había estado haciendo.

Con lo alteradas que estaban sus emociones, lo último que quería era escuchar un nuevo sermón de advertencia de su primo sobre lo poco recomendable que era que se relacionara sentimentalmente con Joel.

Bailey la miró con recelo.

— Si dejas el contestador puesto todo el rato y no me devuelves las llamadas, no me queda más remedio que pensar que me estás evitando, Katarina.

Ella empezó a arreglar el ramo en el florero y suspiró.

— Lo siento — se disculpó.

Bailey se acercó y le pasó un brazo por los hombros.

— No te preocupes. ¿La cosa va en serio?

— Eso depende del punto de vista, ¿no te parece?

— Tengo bastante claro cuál es el de Joel, pero no estoy seguro respecto al tuyo. Katarina jugueteó con un capullo antes de contestar.

— Mi punto de vista es muy sencillo: estoy enamorada de él. Bailey maldijo entre dientes.

— Me lo temía. ¡Podría matarlo! — añadió, enfadado, y Katarina apoyó una mano en su brazo para calmarlo.

— Joel no ha tenido nada que ver, al menos en el sentido en que tú has pensado. Cree que, después de haberme advertido que no me enamorara de él, no lo haré. Ahora mismo cree que siento lo mismo que él, es decir, que esto no es más que otra aventura de la que ambos saldremos indemnes.

— Pero en tu caso no será así — comentó Bailey sucintamente, y ella no se lo discutió, porque no podía.

— Escucha, Bailey. Me he metido en esto con los ojos bien abiertos, y no tengo intención de dejarlo porque mis sentimientos vayan a resultar heridos. Estoy preparada. Bailey suspiró con pesadez.

— Nadie está preparado para esa clase de dolor, Katarina. Desgraciadamente, lo vas a averiguar por el camino más duro. Solo recuerda que podrás contar conmigo cuando me necesites.

Katarina apoyó la cabeza en su hombro.

— No se lo cuentes a la familia. No quiero que empiecen a hacer preguntas.

— De acuerdo, pero acabarán averiguándolo. Joel es noticia allá donde va, y si estás con él, tú también lo serás.

— Cruzaré ese puente cuando llegue a él — dijo Katarina con firmeza — . Y ahora, ya que estás aquí, ¿te apetece un poco de pizza?

— ¿Con anchoas? — preguntó Bailey esperanzado, y cuando ella asintió, apartó una silla de la mesa y se sentó — . Mi ración que sea doble — dijo, y Katarina fue riendo al horno.

Aunque le había animado el día, Katarina apenas recordaba la visita de Bailey cuando llegaron las ocho. El único hombre en que podía pensar era en Joel y en su inminente llegada. Había pasado horas dudando sobre qué ponerse, pues nada le parecía adecuado para aquella memorable ocasión. Por fin había optado por un sencillo vestido esmeralda de dos piezas consistente en una falda y un top a juego.

Después, todo lo que tuvo que hacer fue esperar, pero los minutos que pasaron hasta que sonó el timbre se le hicieron interminables. Cuando lo hizo, su pulso enloqueció y tuvo que reprenderse para recuperar el control. De manera que fue una Katarina solo calmada en apariencia la que abrió la puerta, pues por dentro estaba hecha un manojo de nervios. La profunda alegría que le produjo ver a Joel le hizo comprender que, si tenía alguna duda respecto a sus sentimientos por él, podía olvidarla.

Joel tenía un aspecto magnífico con el traje negro y la camisa de seda blanca que había elegido ponerse. Con las manos en los bolsillos de sus pantalones, parecía muy tranquilo y relajado, además de extremadamente atractivo, y Katarina olvidó de inmediato las palabras de saludo que tenía pensadas.

— Hola — fue todo lo que logró decir mientras sentía cómo se le debilitaban las

rodillas.

— Hola — replicó él, con una de sus devastadoras sonrisas. Ella se la devolvió y se quedó mirándolo sin darse cuenta de que pasaba el tiempo hasta que él alzó una ceja y dijo — . Me encanta tu porche, pero preferiría estar dentro contigo.

Un leve rubor cubrió las mejillas de Katarina mientras se apartaba de la puerta.

— Oh, claro. Pasa, pasa — invitó y él lo hizo riendo.

— Me halaga que te hayas quedado sin habla, porque tengo la impresión de que no debe pasarte a menudo — bromeó, y ella aprovechó el pie para recuperar el terreno perdido.

— La verdad es que estaba tratando de decidir si parecías más sexy con ese traje o con la colcha que llevabas el otro día — replicó con un toque de ironía.

— ¿Y a qué conclusión has llegado?

Katarina se apoyó contra la puerta, se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

— Creo que no me gustaría tener que elegir — bromeó — . Hoy estás elegante al máximo. ¿Es por algún motivo especial?

Los dientes de Joel destellaron cuando sonrió.

— ¿Estás buscando cumplidos, cariño? Katarina hizo un mohín.

— Al menos podías haber dicho que soy ese motivo especial.

— Y lo eres, querida. Y ahora que me fijo, tú también estás muy guapa. Ese color hace que tu pelo reluzca como oro bruñido. Me deja sin aliento.

— Bien — dijo Katarina, satisfecha — . Eso me parece justo... ¡porque tú llevas dejándome sin aliento desde que te conozco!

— Esa es toda una admisión — murmuró Joel en un tono sensual — . ¿Y qué otros efectos te he producido?

Katarina alzó las cejas.

— ¿Y ahora quién es el que está buscando cumplidos? Él rio.

— Tocado.

Después, ella lo miró a los ojos y dejó de sonreír.

— Ha sido una semana muy larga.

Joel también dejó de sonreír y, como si las palabras de Katarina hubieran sido la señal que estaba esperando, la tomó con ambas manos por la cintura.

— Una semana demasiado larga — dijo, y la atrajo hacia sí para darle un beso que hizo que ambos se quedaran sin aliento — . Lo necesitaba — murmuró mientras apoyaba la frente sobre la de ella.

Katarina enlazó las manos en torno a su cuello y suspiró.

— No me importa si quieres saberlo o no, pero te he echado de menos — confesó.

Joel la atrajo hacia sí para hacerle sentir el efecto que le producía.

— Yo también te he echado de menos — dijo, sorprendiéndola — . No esperaba que fuera así, pero el fin de semana pasado fue maravilloso y me he encontrado pensando a menudo en ti en lugar de en mi trabajo. Mi secretaria cree que estoy a punto de caer con la gripe o algo parecido.

Aquello agradó tanto a Katarina que tuvo que reír.

— Pobrecito mío — se compadeció. Joel entrecerró los ojos.

— Así que te divierte tenerme colgando del extremo de tu cuerda, ¿no?

Katarina deseó que fuera así, pero aquello solo era un juego, y decidió seguir interpretando su parte.

— Desde luego, me produce una deliciosa sensación de poder femenino.

— ¿Y qué piensas hacer con ese poder? — preguntó Joel en tono seductor. Katarina sonrió con sensualidad mientras jugueteaba con su solapa.

— Yo sé lo que pienso hacer... pero tú tienes que averiguarlo — dijo, y lo miró expresivamente.

Joel gruñó.

— ¿Te han dicho alguna vez que eres una coqueta terrible? La sonrisa de Katarina se volvió más pronunciada.

— A menudo, pero a ellos no parecía importarles. Joel entrecerró los ojos.

— Creo que no me apetece oír hablar de esos «ellos».

— Todo depende de quiénes sean «ellos». Resulta que estoy hablando de mis hermanos, de manera que no tienes por qué verlos como una amenaza. Soy tuya mientras me quieras — añadió en tono desenfadado, aunque solo había dicho la verdad.

Por un instante, Joel la miró sin ocultar su sorpresa, pero enseguida sonrió.

— Tal y como me siento ahora mismo, voy a quererte durante mucho tiempo. Katarina sabía que no podía esperar más.

— Me parece bien.

— Tu sinceridad es refrescante. Ella se encogió de hombros.

— Siempre trato de decir la verdad, a no ser que pueda hacer sufrir a alguien con ella. O si a quienes trato de engañar es a mis hermanos.

Joel la miró con burlona cautela.

— Ah, tus hermanos. ¿Cuántos tienes?

— Cuatro. Y todos son bien grandes — de hecho, — todos habían jugado al rugby, y Patrick, el mayor, aún lo hacía.

— Solo tratas de asustarme — dijo Joel, y ella rio.

— Luego no digas que no te he advertido. Él abrió los ojos de par en par.

— ¿Acaso voy a conocerlos?

Sabiendo cómo era su familia, Katarina no habría apostado, por lo contrario.

— En cuanto se enteren de que salgo contigo — dijo en tono irónico. A diferencia de lo que esperaba, Joel rio.

— Parece que se avecina una temporada muy interesante.

— Te recordaré lo que acabas de decir cuando vuelvas aquí rechinando los dientes — replicó Katarina, aunque le agradó secretamente que Joel no pareciera preocupado por la perspectiva.

La mayoría de los hombres con los que había salido se habían puesto pálidos al oírla.

— Me llevo bien con la mayoría de los hombres. Ella lo miró con ironía.

— Pero supongo que no es lo habitual que te estés acostando con sus hermanas. La verdad es que preferiría que mis hermanos se enteraran lo más tarde que fuera posible — en cuanto su padre lo averiguara, tendría problemas.

Joel apoyó un dedo bajo su barbilla y le hizo alzar el rostro.

— ¿Qué crees que pasaría si se enteraran? ¿Tratarían de alejarme de ti? Te aseguro que eso no va a suceder. Confía en mí.

Katarina sonrió con melancolía.

— Confío en ti, Joel, pero resulta que conozco a mis hermanos mejor que a ti.

— Eso está claro, pero si lo que dices es cierto, tus hermanos son mi problema, no el

tuyo. Olvida a los Cuatro Magníficos. Esta noche no quiero ninguna distracción. Voy a llevarte a cenar, como teníamos planeado, y después iremos a algún sitio tranquilo en el que te prometo que no volverás a pensar en tus hermanos.

Joel demostró ser fiel a su palabra. Cenaron en un pequeño restaurante italiano a cuyos dueños parecía conocer muy bien. En cuanto llegaron, la familia en pleno fue desfilando por la mesa para saludarlos en su . idioma nativo antes de volver a sus tareas.

— Veo que eres muy popular. Si traes aquí a todas tus mujeres, deben de tener una gran clientela — comentó Katarina con ironía después de elegir el menú, impulsada por una punzada de celos.

Joel chasqueó la lengua.

— Puedes guardar tus garras, corazón. Este es el lugar al que vengo cuando quiero huir de los fotógrafos. Alfredo es el hijo de un viejo amigo de la familia. Le presté dinero para abrir este restaurante y me lo devolvió a su debido tiempo porque es un hombre orgulloso.

Katarina podría haberse abofeteado por haber mostrado aquel destello de celos.

— Lo siento. Mi comentario no venía a cuento — se disculpó. Joel asintió.

— La verdad es que la única mujer con la que he venido aquí hasta ahora es mi madre, y la familia de Alfredo quería echarte un buen vistazo. Debería haber supuesto que tu presencia causaría un gran revuelo, pero quería llevarte a un sitio en el que pudiera tenerte para mí solo. Alfredo se asegurará de que no nos molesten.

Katarina trató de no ver ningún significado especial en aquello, pero le costó mucho. El hecho de que Joel la hubiera llevado a un lugar que normalmente reservaba para su intimidad era algo inesperado. Al menos sugería que la consideraba distinta a las demás... aunque eso no significaba que esperara un cambio radical por su parte. Debía mantener los pies en la tierra para que el inevitable dolor que le iba a producir el final de aquella aventura no fuera aún más intenso. Si no esperaba nada, todo lo que Joel le diera sería un regalo. Como estar allí en aquellos momentos.

De todos modos, no pudo evitar decir:

— Seguro que podrías haber elegido otros restaurantes, ¿no? La respuesta de Joel no la decepcionó.

— Desde luego. Pero quería traerte a este. Suponía que lo apreciarías tanto como yo.

— Es un sitio maravilloso. No lo conocía, y me alegra que aún no sea demasiado popular.

— Remo ofrece dos cosas que considero muy valiosas, buena comida y un ambiente agradable. Ni mucha gente hablando y haciendo ruido, ni móviles.

— ¿No usas móvil?

— Sí, pero lo dejo en casa cuando salgo con una mujer para poder prestarle toda mi atención.

Y aquello fue lo que obtuvo Katarina durante el resto de la cena. Ya era tarde cuando se fueron del restaurante. Katarina se sentó en el coche con un suspiro de satisfacción y dejó que sus pensamientos se dispersaran mientras Joel ponía el coche en marcha. La felicidad era una burbuja cálida en su interior y se sentía así simplemente por estar con él. Cuando el coche se detuvo, miró a su alrededor, sorprendida.

— ¿Dónde estamos? — preguntó con curiosidad. Joel había aparcado el coche en una

calle tranquila de casas unifamiliares.

— En mi casa. He pensado que podíamos tomar una copa antes de que te lleve a casa. Katarina lo miró a los ojos e incluso en la penumbra reinante pudo ver el fuego que ardía en ellos. El deseo había permanecido discretamente entre ellos toda la tarde, pero en aquellos momentos estaba a punto de aflorar y manifestarse con toda claridad.

— Lo de la copa me parece buena idea — asintió roncamente, y Joel le acarició la mejilla con delicadeza. Luego, salió del coche y lo rodeó para ayudarla.

El corazón de Katarina comenzó a latir más deprisa mientras subían las escaleras.

Un momento después, estaban dentro de la casa.

Sin decir nada, y tras dejar las llaves en la mesa que había en la entrada, Joel tomó en brazos a Katarina y se encaminó hacia las escaleras.

— Pensaba que íbamos a tomar algo — dijo ella en tono retador mientras lo rodeaba con los brazos por el cuello y encontraba con los labios el ángulo de su barbilla.

Joel no se detuvo.

— Me siento como un hombre a punto de morir de sed, y tú eres lo único que puede mantenerme vivo, Katarina. He mantenido las manos quietas toda la tarde. No me pidas que espere más.

La pasión que percibió en su voz hizo que las emociones desbordaran el corazón de Katarina.

— No te lo voy a pedir. Bebe. Bebe todo lo que necesites — el manantial de su amor era inagotable. Había más que suficiente para los dos.

Una vez en el dormitorio, Joel la dejó en el suelo para quitarse la chaqueta y la corbata antes de volver a tomarla entre sus brazos. Katarina suspiró satisfecha cuando estos se cerraron en torno a ella. Y cuando sus labios se unieron y notó que Joel apenas podía controlarse, su corazón se desbocó.

Aquella ocasión no fue como la anterior. No hicieron el amor despacio, poco a poco, pues habían estado separados demasiado tiempo. Un beso suplantó a otro mientras sus manos se movían febriles por su ropa, que fue cayendo sin orden por la habitación en su trayecto hacia la cama. Finalmente, desnudos, se tumbaron sobre esta en un enredo de miembros. La sensación de Joel sobre ella, la inconfundible evidencia de su poderosa necesidad presionada contra su vientre, fue como un detonante para los sentidos de Katarina. Se movió contra él con un gemido y un musculoso muslo masculino le hizo separar los suyos, permitiendo a Joel colocarse entre ellos y penetrarla de un solo empujón.

Ella se arqueó hacia arriba al sentir el placer de la penetración y lo rodeó con las piernas por la cintura para sentirlo aún más dentro de sí. Joel trató de frenar el ritmo, pero el deseo era demasiado intenso y, con un gemido, la penetró una y otra vez, estableciendo un ritmo que los condujo rápidamente hacia la liberación anhelada. Esta llegó con una fuerza explosiva, haciendo que ambos gritaran y se aferraran el uno al otro mientras una marejada de placer los alzaba en vilo para dejarlos caer luego con lentitud en un mar de sensaciones más sosegadas.

Luego, permanecieron quietos largo rato mientras, poco a poco, el mundo volvía a girar. Por fin, Joel alzó la cabeza y la miró con el ceño ligeramente fruncido.

— ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? — preguntó con sincera preocupación, pues no podía decirse que hubiera sido demasiado delicado.

Katarina sonrió y alzó una mano para acariciarle el rostro.

— No me has hecho daño. No habrías podido — susurró.
— Deberías haberme obligado a parar — insistió él.
— No quería que pararas. Te deseaba tal como has sido.
Joel giró sin soltarla, de manera que Katarina quedó sobre él.
— Normalmente, no suelo perder el control de ese modo. Ella sonrió.
— A mí me alegra que lo hayas perdido. Me ha gustado mucho.
— Hmm — Joel suspiró y luego bostezó — . Apenas puedo mantener los ojos abiertos.
— Duérmete — dijo Katarina, que también empezaba a sentir que le pesaban los párpados.
— ¿Esta vez no te escaparás? Ella rio con suavidad.
— No. Estaré aquí cuando te despiertes. Lo prometo — Katarina no iba a irse. Si por ella fuera, nunca dejaría a Joel.
Unos segundos después, oyó el rítmico y pausado sonido de su respiración y supo que se había dormido. Una vez más, y sabiendo que no podía oírla, murmuró:
— Te quiero — y unos momentos después se quedaba dormida.

Horas más tarde, Katarina se movió y alargó automáticamente la mano en busca del cuerpo que debería haber estado a su lado. Al encontrar tan solo un espacio vacío, abrió los ojos y se irguió sobre los codos. Descubrió a Joel sentado en una silla junto a la ventana. Debía llevar un rato despierto, pues se había puesto una bata de seda.

— ¿Qué haces ahí? — preguntó, adormecida — . Vuelve a la cama — dijo, y alargó una mano hacia él.

Joel no se movió.

— ¿Estás tomando la pastilla? — preguntó, tenso.

— No — contestó ella y se preguntó qué sucedería y a dónde iba a llevarlos aquella conversación.

No era lo que esperaba después de haber hecho el amor como lo habían hecho.

— ¡Maldita sea! — exclamó Joel mientras se ponía en pie y empezaba a caminar de un lado a otro de la habitación.

Katarina tragó saliva, nerviosa.

— ¿Qué sucede, Joel?

Él dejó de caminar y se volvió hacia ella.

— Anoche no utilicé ninguna protección. Ni tampoco la vez anterior. Te deseaba tanto, que ni siquiera pensé en ello — contestó, y Katarina empezó a comprender.

Ella tampoco había pensado en protegerse... porque había estado cegada por el amor. Pero, evidentemente, lo último que quería Joel era que pudiera ejercer aquella clase de control sobre él.

— Comprendo. Pero dudo mucho que vaya a suceder nada — contestó, esforzándose por mantener la compostura.

Le dolía ver la frialdad con que Joel podía contemplar su relación. Ella solo había sentido pasión. Las posibles consecuencias de esta habían quedado muy lejos de su mente. Al parecer, a Joel no le había pasado lo mismo.

— Pero podría suceder — replicó él — . Ahora mismo podrías estar embarazada.

— Desde luego... pero aún estoy al comienzo del ciclo, así que el riesgo es mínimo.

— ¿Y qué harías si estuvieras embarazada? Katarina se encogió de hombros.

— Supongo que lo mismo que cualquier mujer en esas circunstancias — contestó, y se

quedó desconcertada al ver la frialdad que adquirió de pronto la expresión de Joel.

— Te librarías de él.

— ¡No! — negó ella de inmediato — . Claro que no. No tendría motivos para hacerlo.

Fue evidente que su respuesta sorprendió a Joel, que la miró con los ojos entrecerrados.

— No serías la primera — dijo, tenso, y fue entonces cuando Katarina recordó lo que le había contado Silvia.

— No, no sería la primera, pero sé que si me quedara. embarazada tendría al bebé. Creo que la mayoría de las mujeres harían lo mismo si pudieran — contestó con suavidad.

Tras mirarla un momento, Joel se volvió hacia la ventana y apartó la cortina para mirar al exterior. Incluso teniéndolo de espaldas Katarina pudo sentir su tensión, la batalla que estaba librando en su interior. «Cuéntamelo», dijo en silencio. «Déjame entrar en tu corazón».

Joel dejó caer la cortina y se volvió de nuevo.

— Probablemente, pensarás que estoy exagerando, pero tengo buenos motivos para hacerlo — se interrumpió para respirar profundamente y Katarina vio en su rostro el esfuerzo que le estaba costando hablar de aquello — . Una vez estuve comprometido con una mujer a la que amaba. Yo creía que me correspondía, pero lo cierto es que solo quería mi dinero. Cuando averiguó que estaba esperando un hijo mío, abortó — dijo en tono inexpresivo, pero Katarina pudo sentir el dolor que había tras sus palabras, aunque ni siquiera él fuera consciente de ello. Le dolió entonces y le seguía doliendo.

— Lo siento — dijo con suavidad, y él la miró intensamente.

— No voy a permitir que vuelva a suceder nada parecido, Katarina.

Ella asintió y se humedeció los labios mientras se preguntaba si Joel sería consciente de que acababa de admitir que en otra época amó. Lo dudaba, pero no le diría nada. Se aferraría a la esperanza de que lo que pasó una vez podía volver a pasar.

— Es comprensible.

Él suspiró y fue a sentarse en el borde de la cama.

— Normalmente, suelo ser muy cuidadoso respecto a las medidas de protección, pero tú tienes la habilidad de hacer que todo pensamiento razonable desaparezca de mi cabeza. Ahora podrías estar embarazada, y si es así, quiero que me prometas que no abortarás.

Katarina tomó su mano y lo miró a los ojos.

— Ya te he dicho que no lo haría, pero si te sirve de algo, te doy mi palabra.

Joel cerró los ojos un momento, y ella se preguntó con qué diablo estaría luchando en su interior.

— Si estás embarazada, ¿me lo dirás? Puede que estemos en el siglo xx, pero creo que un niño debería crecer conociendo a su padre y a su madre.

— Yo opino lo mismo — dijo Katarina y pasó los brazos en torno al cuello de Joel para atraerlo hacia sí — . Si sucede, prometo decírtelo — susurró, emocionada, y cuando él la abrazó, cerró los ojos para reprimir las lágrimas.

— Gracias — murmuró él — . Siento haberme puesto así contigo, pero soy muy suspicaz respecto a ese tema. Sé muy bien que tú no eres como ella. Tú eres una buena mujer.

Katarina habría dado cualquier cosa en aquel momento por poder decirle que lo

amaba, que podía confiar en ella, pero era imposible. Todo lo que podía hacer era aferrarse al hecho de que, al menos, Joel le había hablado de su ex prometida. Según Silvia, era algo que nunca mencionaba.

Mientras permanecían abrazados, una pequeña parte de su mente no pudo evitar preguntarse si estaría embarazada. Como Joel había dicho, existía esa posibilidad. Por un lado, esperaba que así fuera, pues si no podía tenerlo a él, al menos podría darle su amor a su hijo. Por otro lado, aquello cambiaría las cosas. Joel no había mencionado el matrimonio, pero si lo hacía, ¿podría seguir amándolo como lo hacía, sabiendo que él no se permitiría corresponderla y que solo se casaría por el bien de su hijo? Lo cierto era que no lo sabía. Solo podría tomar una decisión como aquella si se presentara la ocasión de tomarla.

— Y ahora, ¿vas a meterte en la cama de una vez o no? — preguntó, con la intención de distraer a Joel tanto como a sí misma de aquel tema tan doloroso.

Él rio.

— ¿Estás segura de querer que lo haga? — preguntó en tono irónico.

— No tengo que levantarme a trabajar, así que puedo recuperar el sueño más tarde — replicó ella con picardía, y él sonrió traviesamente.

— ¿No vamos a dormir?

Katarina se aferró a las solapas de la bata de Joel mientras se dejaba caer sobre las almohadas.

— Yo no estoy nada cansada. ¿Y tú? Joel se dejó arrastrar.

— Ahora que lo mencionas... — murmuró, y la besó sin concluir la frase. Katarina cerró los ojos y le devolvió el beso.

Capítulo 8

Las siguientes semanas pasaron volando para Katarina. Era tan feliz que lucía una sonrisa permanente en el rostro. Joel y ella se veían a diario. A veces salían, pero casi siempre se quedaban en casa de uno u otro, disfrutando de su mutua compañía. Al principio, Joel solía quedarse en su casa, pero según fue pasando el tiempo empezaron a ir más a menudo a la de él, de manera que Katarina prácticamente acabó viviendo con él allí y trabajando en la suya.

La vida era idílica. La única nube que ensombrecía un poco el horizonte había sido el descubrimiento de que no estaba embarazada. Cuando se lo dijo a Joel, una ambigua emoción brilló en sus ojos. ¿Alivio? ¿Pesar? Katarina no estaba segura, pero lo que sabía con certeza era que la pasión entre ellos no había disminuido. De hecho, parecía haber aumentado, de manera que, cuanto más hacían el amor, más se deseaban... aunque Joel no había vuelto a olvidarse de usar protección. Racionalmente, ella sabía que tenía razón, pero a su corazón le habría gustado que las cosas fueran de otro modo. A pesar de todo, no dejaba de repetirle que lo amaba, aunque siempre cuando estaba dormido y no podía oírla.

En determinado momento, decidió olvidarse del futuro y tomar cada día como viniera. Sabía que estaba viviendo con un sentimiento de seguridad falso. Solo era cuestión de tiempo que su familia averiguara con quién se estaba viendo, y sabía que cuando eso pasara todo el peso de la censura familiar caería sobre su cabeza, porque la querían y pensarían que no habría futuro para ella con Joel. La reputación de este hablaba por sí misma. A veces se sentía como si estuviera conteniendo el aliento mientras esperaba a que cayera el hacha.

Y; como suele suceder, cayó cuando menos lo esperaba.

El teléfono sonó el martes mientras Katarina trabajaba en un programa especialmente complicado. Contestó la insistente llamada con un gruñido de irritación.

— Katarina Rabbane al aparato. ¿En qué puedo ayudarlo?

— Se me ocurren varias formas, corazón, pero con total probabilidad acabaríamos arrestados — la sensual voz de Joel hizo que la irritación de Katarina desapareciera al instante.

— Hmm, eso suena interesante. ¿Qué tenías pensado?

— Si te lo dijera, ni tú ni yo volveríamos a concentrarnos en nuestro trabajo, así que creo que será mejor que te lo cuente luego — replicó él seductoramente, y Katarina sintió un pequeño estremecimiento de anticipación.

— Estoy deseando que llegue ese momento —, contestó y añadió — ¿Por qué me has llamado?

— ¿Acaso tiene que haber un motivo? Puede que solo quisiera escuchar el sonido de tu voz — dijo él con suavidad.

— ¿Te gusta el sonido de mi voz? — preguntó con voz ronca — . Porque yo podría decirte lo que me está haciendo la tuya ahora mismo.

— En determinadas circunstancias, tu voz hace que me resulte imposible concentrarme en nada más.

Katarina rio.

— Me gusta la idea de que no puedas concentrarte en nada más.

— Sospechaba que dirías eso.

— Trato de no decepcionarte — bromeó ella, y sonrió al oír que Joel gemía.

— Esta conversación me va a costar cara — dijo, y suspiró — . No sé cómo me voy a concentrar en toda la tarde, y mis empleados van a empezar a dedicarme de nuevo miradas de extrañeza. No dicen nada, pero sé que piensan que estás teniendo un efecto nocivo sobre mí.

Katarina alzó las cejas.

— No veo por qué. No soy la primera mujer de tu vida, y no seré la última — como siempre, bromeó con aquel tema, pero cada vez le resultaba más difícil hacerlo. Estaba demasiado involucrada en aquella relación como para salir indemne de ella, pero ese era un precio que estaba dispuesta a pagar.

— No — concedió él — , pero tú eres la única que ha conseguido que llegue más de un día tarde al trabajo. ¿Te das cuenta de que he tenido que retrasar más reuniones en las últimas semanas que en los últimos diez años?

Era un consuelo saber que su relación era lo suficientemente distinta a las otras como para despertar comentarios.

— ¿Lo lamentas?

— La verdad es que no. Prefiero estar contigo que en una sala de juntas abarrotada, y eso no es nada típico en mí. A veces pienso que debes de ser una bruja.

— ¿Qué clase de bruja? ¿De las que te convierte en sapo, o de las que te lanza un hechizo que te une a ella para siempre? — dijo Katarina, y pensó que, si existiera tal hechizo, lo usaría al instante.

— De las segundas, por supuesto — contestó Joel en tono de broma.

Katarina dejó de sonreír, porque habría dado cualquier cosa por creer que Joel sentía por ella algo más que mero deseo. A pesar de todo, trató de hablar en tono desenfadado.

— ¿Y el hechizo ha hecho efecto? ¿Estás atado a mí para siempre? — «di que sí», rogó su corazón en silencio. «Di que sí».

— Por supuesto. Soy tu esclavo devoto — respondió Joel lacónicamente, y el corazón de Katarina se encogió de decepción — . Haría cualquier cosa por ti — añadió él, y fue como echar sal a la herida, pues ella sabía que no estaría dispuesto a hacer lo único que ella quería.

Joel nunca le entregaría su corazón.

— Ten cuidado, porque puede que te haga responderle tu palabra — advirtió, y él se limitó a reír.

— ¿Crees que eso me haría renegar de ella?

— Eso harían casi todos los hombres.

— Yo no soy casi todos los hombres. ¿Aún no te has dado cuenta? Estoy hecho de una pasta más fuerte. Pruébame.

— No sé... Probablemente, buscarías algún modo de librarte — lo aguijoneó ella.

— Ahora insultas mi honor. Voy a tener que exigirte que me pongas a prueba — replicó Joel en tono digno, aunque la diversión de su tono de voz era evidente.

Katarina volvió a sonreír.

— De acuerdo, lo haré. Y ahora, ¿vas a decirme para qué has llamado? Porque si no, tengo trabajo que hacer.

— Eres una mujer muy dura. Katarina rio.

— Voy a colgar — amenazó con dulzura.

— De acuerdo, tú ganas. Ponte algo de ropa sexy y reúnete conmigo aquí a las siete. Tengo una sorpresa para ti. No tardes — advirtió Joel y colgó sin darle tiempo a contestar.

Katarina se quedó mirando un momento el auricular y luego colgó con un suspiro. Joel podía resultar exasperante, pero, ¡cómo lo amaba! Se iba a pasar toda la tarde preguntándose en qué consistiría aquella sorpresa, y él lo sabía. Pero se vengaría. Él mismo le había puesto la oportunidad en bandeja con aquel reto, y todo lo que tenía que hacer era pensar en algo realmente diabólico. Se había pasado la vida peleando con cuatro hermanos, y eso significaba que estaba muy bien entrenada.

Katarina se presentó a las siete en punto en las oficinas de Joel. Los empleados ya se habían ido y él estaba solo. Concentrado en unos papeles que tenía sobre la mesa.

— Trabajas demasiado — dijo mientras entraba en su despacho.

Joel alzó la mirada y la sonrisa que curvó sus labios hizo que el corazón de Katarina latiera más deprisa. Luego cerró la carpeta y se levantó para darle la bienvenida.

— Tengo que recuperar el tiempo que he perdido pensando en ti todo el día — dijo mientras la tomaba entre sus brazos.

Ella alzó la cabeza para recibir su beso. Este fue lánguido y profundamente posesivo, como si Joel estuviera dejando su marca en ella, y Katarina se preguntó si sería consciente de ello... aunque eso no tenía por qué significar nada. Probablemente, hacía lo mismo con todas sus mujeres.

Apartó aquel pensamiento de su cabeza cuando él se separó un poco para mirar el discreto vestido negro que se había puesto. Asintió con aprobación.

— Muy bonito.

— ¿Es lo suficientemente sexy? — preguntó ella en tono burlón.

— Resultarías sexy incluso vestida con un saco — murmuró él — . Has logrado poner mi imaginación en marcha, así que creo que lo mejor que podemos hacer es... irnos a casa.

— ¡Ah, no! — Katarina apoyó ambas manos sobre su pecho — . No antes de que me des la sorpresa que has prometido.

Joel suspiró pesadamente.

— Supongo que vas a insistir en ello, ¿no?

— Puedes estar seguro.

Joel pasó un brazo por sus hombros y la condujo hacia la puerta.

— Resulta que en estos momentos tengo en mi bolsillo, entradas para la inauguración de la nueva exposición de Grunort.

Katarina volvió al instante la cabeza hacia él.

— ¿No se podía asistir solo con invitaciones?

— Sí, y yo he conseguido dos. Pero no tenemos por qué ir si no te apetece — bromeó Joel, y ella alzó la cabeza y lo besó.

— Gracias — Katarina adoraba a Grunort, y le había decepcionado no poder asistir a la inauguración.

Así se lo había hecho saber a Joel y él había conseguido dos invitaciones. ¿Era de extrañar que lo amara tanto?

— Vamos. No debemos llegar tarde — dijo él mientras tiraba de ella hacia el ascensor

— . Después, podrás agradecermelo como es debido.

La exposición era tan maravillosa como Katarina había esperado. Mientras la recorrían, apenas se fijó en las miradas que recibía de vez en cuando de algunas personas que reconocían a Joel y estaban al tanto de su reputación. Hasta que literalmente se toparon con un hombre que no se limitó a mirarla.

— Joel, viejo amigo; cuánto me alegro de verte — saludó efusivamente, y estrechó la mano de Joel como si esperara extraer agua de ella — . ¿Qué pasó con la rubia con la que te vi en Gastad? Tenía que preguntártelo, viejo amigo. ¿Era divertida? — añadió a la vez que le dedicaba un guiño exagerado.

Joel retiró su mano.

— Estás borracho, Titus, o de lo contrario habrías notado que no estoy solo — replicó, con una frialdad que hizo que Katarina se estremeciera.

Pero Titus no pareció inmutarse

— Oh, lo siento. ¿Este es tu nuevo ligue? — continuó tras dedicar a Katarina una mirada repulsivamente lasciva — . Es muy atractiva, pero tú siempre te las has arreglado para llevarte a las mejores — alargó una mano hacia ella, pero, rápido como un rayo, Joel lo sujetó por la muñeca.

— Mantén las manos apartadas de ella, Titus — advirtió, en un tono de voz suave, pero mortal, que hizo que el otro hombre parpadeara — . Creo que lo mejor que podrías hacer ahora mismo sería irte a casa a dormir la borrachera.

Mientras miraba a su alrededor, incómoda, Katarina pensó que era un buen consejo. Por fortuna, se hallaban en un rincón bastante apartado de la sala y el incidente había pasado desapercibido. Pero Titus no captó la indirecta.

— No estoy bebido, amigo, solo bien lu... lubricado — replicó, y sonrió neciamente. La sonrisa que le devolvió Joel no fue precisamente amistosa.

— Estás lo suficientemente... lubricado... como para estar insultando a esta dama. Titus soltó una risotada.

— ¿Dama? ¿Desde cuándo te has vuelto tan educado?

Katarina sintió que las mejillas le ardían y vio que la mandíbula de Joel se tensaba peligrosamente.

— Discúlpate, Titus, o no me va a quedar más remedio que tumbarte aquí mismo de un puñetazo — amenazó.

En esa ocasión, Titus pareció captar el mensaje.

— De acuerdo, de acuerdo — dijo con rapidez — . No sabía que estaba metiendo la pata. Supongo que esta es especial, ¿no? — miró a Katarina — . No recuerdo exactamente lo que he dicho, pero me disculpo si la he ofendido, señorita... — dejó la frase colgando y Joel intervino de inmediato.

— Despídete de ella, Titus — dijo, y soltó la muñeca del otro hombre.

Titus miró de uno a otro, murmuró una especie de despedida y se fue. Katarina se alegró de perderlo de vista.

— ¿Amigo tuyo? — preguntó en tono irónico, pero Joel no sonrió.

— Ya no — contestó con frialdad.

— ¿Le habrías pegado de verdad? — preguntó ella con curiosidad.

— Se lo estaba buscando. La gente no debería beber si no sabe hacerlo.

Katarina estaba desconcertada. Hasta entonces, los únicos que la habían defendido de

un modo tan incondicional habían sido sus hermanos, y estos tenían un motivo para hacerlo, pues no estaban dispuestos a permitir que nadie hiciera daño a su hermanita. Sin embargo, y a pesar de ser tan solo su amante temporal, Joel había salido en su defensa incluso antes de que ella se hubiera dado cuenta de que estaba siendo insultada. Su corazón latió más deprisa. Había un nombre para aquella clase de reacción y, según Joel, la emoción que definía esta no existía. Fue un pensamiento muy alentador. Katarina tampoco quería nombrar aquella emoción, ¿pero podía significar lo sucedido que Joel la quería más de lo que estaba dispuesto a admitir?

Pensando en ello, Joel había dicho y hecho varias cosas que, vistas en conjunto, parecían sugerir que sentía por ella algo más que cariño. El problema era que no podía saber cuánto se había «encariñado» con las demás mujeres de su vida. De manera que debía ser razonable y no alentar en su corazón falsas esperanzas, porque, aunque fuera así, eso no significaba que fueran a compartir un futuro juntos.

Respiró profundamente para relajar su pulso y pasó un brazo por el de Joel.

— Gracias por haberme defendido, pero lo cierto es que lo que ha dicho no me ha molestado.

— Pero a mí sí — replicó Joel con firmeza, y sus palabras fueron como música para Katarina.

— ¿Siempre proteges tanto a tus amigas? — preguntó en tono despreocupado.

Joel se detuvo ante un gran lienzo y lo contempló durante tanto tiempo, que ella supuso que no le iba a contestar, pero entonces volvió la mirada hacia ella.

— Detesto a los hombres que hablan de las mujeres como si fueran ganado. Por otro lado, creo que nunca había estado tan cerca de golpear a alguien. Me habría encantado poder borrar esa estúpida sonrisa de su rostro.

— Creo que eso lo ha captado — murmuró Katarina con ironía.

— No pretendía abochornarte — se disculpó Joel, y deslizó un dedo con delicadeza por su mejilla.

Ella sonrió.

— No me has abochornado. Sé que probablemente resulta anticuado, pero me ha gustado tener a mi lado a un hombre capaz de acudir en mi defensa. No querría renunciar a mi independencia, pero, a veces, las mujeres apreciamos el instinto protector masculino.

Joel rio y su expresión se relajó.

— En ese caso, supongo que no consideras que es una actitud demasiado posesiva.

— Puede serlo, según, cuándo y de quién provenga, pero tú no encajas ahí. Proteges a las mujeres porque es lo que un hombre debe hacer, ya que no siempre podemos protegernos nosotras mismas. A mí me gusta eso en un hombre — contestó Katarina con sinceridad, y a continuación sonrió — . ¿Qué tal va tu ego?

— Sigue halagándolo y acabaré golpeándome el pecho como un gorila. No hay duda de que sabes cómo lograr que un hombre se sienta bien — admitió Joel.

— Es algo que se perfecciona con la práctica. No es que no piense lo que he dicho, pero he tenido que domar muchos egos masculinos a lo largo de mi vida.

— ¿Los de tus hermanos? Katarina rio.

— Exacto — dijo mientras seguían caminando.

— ¿Katarina?

Katarina se puso tensa al oír su nombre pronunciado por una voz demasiado conocida

por ella. El momento que había temido durante aquellas últimas semanas acababa de llegar. Se obligó a sonreír animadamente mientras se volvía.

— Hola, Patrick — saludó a su hermano, y se adelantó para besarlo en la mejilla.

— Me había parecido que eras tú — dijo Patrick Rabbane. Era un hombre alto, rubio y muy fornido — . No esperaba verte aquí.

— Ni yo a ti — dijo Katarina — . ¿Cómo estás? — preguntó, pero la atención de su hermano había sido captada por el hombre que estaba junto a ella, observándolos. Por la expresión del rostro de su hermano estaba claro que había reconocido a Joel... y que no le hacía ninguna gracia ver a su hermanita en compañía de aquel hombre — . Supongo que será mejor que haga las presentaciones — continuó Katarina — . Joel, este es mi hermano Patrick. Pat, te presento a Joel Falloni.

Reacio, Patrick le ofreció la mano.

— Falloni — dijo secamente, lo que hizo que Joel sonriera mientras estrechaba la mano del otro hombre.

— Me alegra conocerte, Patrick. Katarina me ha hablado varias veces de ti. Juegas al rugby, ¿verdad? — dijo, con una delicadeza que habría desarmado de inmediato a cualquier hombre hecho de una pasta más blanda.

— ¿Hace cuánto que conoces a mi hermana? — preguntó Patrick a bocajarro.

— Hace varias semanas — respondió Joel, que sabía reconocer un reto cuando lo escuchaba.

El corazón de Katarina se encogió al ver la expresión de su hermano.

— Comprendo.

Joel sonrió burlonamente.

— ¿En serio?

Patrick eligió no responder a aquello. En lugar de ello, miró de nuevo a su hermana.

— Has mantenido esto muy en secreto.

Katarina alzó la barbilla y le lanzó una mirada de advertencia.

— Resulta que opino que la vida privada de las personas es precisamente eso... privada.

Si esperaba frenar a su hermano con aquello, se llevó una decepción. Patrick la ignoró y la tomó por el brazo.

— Disculpanos un momento — dijo a Joel, y luego se retiró unos metros con su hermana — . ¿Te has vuelto loca? — preguntó — . ¡Papá va a montar un buen número cuando se entere de esto!

Katarina se libró de la mano de su hermano de un tirón.

— ¡Solo si tú se lo dices! — replicó, enfadada — . Esto no es asunto tuyo, Pat, ni de papá.

— ¡Por supuesto que lo es! ¡Ese hombre es un gigoló! ¿En qué estás pensando?

Aquello hizo que Katarina se pusiera lívida de rabia.

— ¡No se te ocurra volver a llamarlo así! — ordenó, enfurecida. Pat no se inmutó.

— ¿Te estás acostando con él?

— ¡No tienes derecho a preguntarme eso!

— ¡Dios santo! ¡Lo estás haciendo! — exclamó Pat, horrorizado.

Los ojos de Katarina se llenaron de lágrimas. Sabía que antes o después iba a pasar aquello.

— Eso no es asunto tuyo, así que haz el favor de no entrometerte — replicó.

— Sabes que no puedo hacer eso — dijo su hermano, previsiblemente. A continuación, en tono más suave, añadió — . ¿Cómo quieres que cierre los ojos ante esto sabiendo que estás cometiendo un terrible error?

Aquello era lo que Katarina se temía. Su familia se preocupaba por ella demasiado como para obviar su relación con Joel. Irguió los hombros y miró a su hermano a los ojos.

— En ese caso, supongo que vas a tener que hacer lo que debes hacer. Pero no esperes que te dé las gracias por ello — dijo y, sin otra palabra, giró sobre sus talones y se alejó de su hermano.

También pasó de largo junto a Joel para alejarse más de Pat, de manera que no vio la larga y tensa mirada que los dos hombres intercambiaron antes de que Joel la alcanzara.

— ¿Dónde está el fuego? — bromeó él, aunque sin apartar su atenta mirada del perfil de Katarina.

Ella se detuvo y suspiró.

— Lo siento. Yo... — a falta de las palabras adecuadas para describir exactamente cómo se sentía, movió la mano expresivamente.

Joel apoyó ambas manos en sus hombros y le hizo volverse.

— ¿Qué te ha dicho? — preguntó con suavidad.

— Más o menos lo que esperaba. El juego ha empezado. Como habrás comprobado, se ha quedado horrorizado al verme contigo. Toda mi familia se va a enterar en menos de un abrir y cerrar de ojos.

— Hmm... Sí que he detectado cierta frialdad en el ambiente. Supongo que le habrás dicho que se ocupe de sus propios asuntos, ¿no?

— Desde luego, pero podría haberme ahorrado la molestia. No ha querido escucharme

— contestó Katarina, desanimada.

— Ya eres mayorcita como para tomar tus propias decisiones. Ella rio sin humor.

— Soy su hermana pequeña y tú eres el Lobo Malo. Si tú fueras mi hermano, ¿me dejarías en manos de un hombre con tu reputación?

Joel frunció el ceño y luego hizo una mueca.

— Supongo que no — admitió — . ¿Qué piensas hacer?

— Nada. ¡Desde luego, no pienso ceder!

Él sonrió.

— Ah, ¿no?

Katarina alzó la barbilla con gesto desafiante.

— La obstinación es un rasgo de mi familia. No permitiré que nadie me obligue a hacer nada que no quiera hacer. Sabía muy bien en lo que me estaba metiendo al mantener una relación contigo, Joel. También sabía que mi familia pondría el grito en el cielo, pero estaba preparada para ello porque quería estar contigo.

Aquella confesión hizo que Joel frunciera el ceño.

— No va a ser fácil, ¿no? Katarina sonrió con pesar.

— Pensaba que iba a poder pasar más tiempo contigo antes de que empezaran los fuegos artificiales.

— Tal vez podríamos dejarlo ya. No merece la pena que te enfrentes a tu familia por mi causa — dijo Joel en tono sombrío, y el corazón de Katarina se detuvo un instante.

— ¿Quieres que lo dejemos? — preguntó en tono retador. Tras un significativo silencio,

Joel negó con la cabeza.

— Supongo que debería hacer lo debido, pero aún no estoy preparado para dar lo nuestro por terminado. Te deseo demasiado.

Los labios de Katarina se curvaron en una amplia sonrisa.

— Entonces, seguiré contigo.

— ¿Tan sencillo como eso?

— Por supuesto. Soy una mujer sencilla. Sé lo que quiero y estoy dispuesta a pagar el precio necesario por ello. Mi familia se disgustará, pero se les pasará.

Katarina sabía muy bien lo ciertas que eran sus palabras. Cuando su relación con Joel acabara y ella estuviera sufriendo, como sin duda su familia esperaba, ellos serían los primeros en acudir a consolarla.

Joel movió la cabeza como si no la entendiera.

— Eres una mujer extraordinaria. Ella rio.

— No soy nada extraordinaria — solo era una mujer que lo amaba — . Y no creas que te vas a librar de esto fácilmente. No te será fácil aguantar la presión. Espera y verás.

— Creo que podré manejar a tu familia — dijo Joel, confiado, y ella no quiso contradecirlo.

Pronto averiguaría que, tanto en conjunto como por separado, los Rabbane formaban una formidable fuerza de ataque.

— Claro — replicó con sequedad.

— No pienso renunciar a ti sin pelea. Katarina rio de nuevo.

— Pues no te preocupes, porque vas a tener pelea. Pero te aseguro que no será precisamente agradable. ¿Crees que merezco la pena? Sabes muy bien que podrías dejarme y pasar a la siguiente de la lista.

— Podría, pero tú eres la única mujer a la que quiero ver ahora — replicó Joel de inmediato — . Eres la única mujer que quiero en mi vida, así que supongo que tendré que correr los riesgos necesarios con tu familia.

— En ese caso, supongo que seguimos juntos.

— Desde luego — asintió Joel.

De pronto, Katarina lamentó no estar en algún lugar en el que pudiera besarla sin llamar la atención.

— No sé tú, pero creo que yo ya he tenido suficiente arte por hoy.

— Estoy de acuerdo — dijo Joel, y se encaminó de inmediato hacia la salida con ella del brazo — . ¿Quieres que vayamos a cenar a algún sitio en especial?

— Preferiría ir a casa. Podemos encargarnos algo desde allí si tenemos hambre — dijo Katarina.

— Y si no, estoy seguro de que se nos ocurrirá algún modo de pasar el tiempo — murmuró Joel en tono seductor.

Ella sonrió.

— Justo lo que yo estaba pensando.

Fuera de la galería, Joel detuvo un taxi y dio sus señas al conductor. Katarina no protestó. Quería estar donde Joel estuviera. Tal vez no fuera a pasar mucho más tiempo con él, pero sabía con certeza que durante ese tiempo no iba a aburrirse.

Capítulo 9

Katarina estaba en su cocina el jueves por la tarde, preparando la cena, cuando oyó que la puerta de entrada se cerraba con fuerza. Sabía que era Joel, porque habían quedado para cenar, pero le sorprendió que llegara tan pronto. Y le sorprendió más aún que un instante después no estuviera allí besándola, de manera que fue a buscarlo.

Lo encontró en el cuarto de estar, con un vaso de whisky en la mano. Por su expresión, parecía necesitarlo.

— ¿Mal día? — preguntó, y él se volvió sin sonreír.

— Terrible — confirmó con una mueca mientras se aflojaba la corbata y desabrochaba el botón superior de su camisa.

La chaqueta del traje estaba caída sobre una silla. Katarina fue por ella y la colocó en el respaldo para que no se arrugara.

— ¿Te apetece hablar de ello? — preguntó mientras se acercaba a Joel para quitarle la corbata.

— Ya he hablado demasiado — dijo él en tono cansado mientras flexionaba los hombros para relajarlos.

— ¿Una reunión difícil? Joel rio con ironía.

— Varias reuniones difíciles — dijo, y suspiró — . Me lo advertiste, de manera que es culpa mía el no habérmelo tomado en serio. Te estás ganando el derecho a decirme «te lo dije».

De pronto, Katarina comprendió.

— ¡Oh, no! — gimió.

— Oh, sí — confirmó Joel antes de terminar su bebida de un trago y dejar el vaso en la mesa.

Las reuniones que había tenido habían sido con sus hermanos. Ella lo esperaba; lo único que la sorprendía era que hubieran esperado tanto.

— ¿Qué hermanos? — preguntó.

— Todos — Joel hizo una mueca. Luego movió la cabeza y rio — . ¡Dios santo! Deberían dedicarse a hacer interrogatorios profesionalmente.

— Lo siento mucho — se disculpó Katarina, prometiéndose tener unas palabras con sus hermanos cuando los viera.

Joel había empezado a relajarse. La tomó de la mano, se dejó caer en una silla y le hizo sentarse sobre su regazo.

— No lo sientas. Han ido a verme porque se preocupan por ti, y eso me parece bien... aunque preferiría no haberme convertido en el objeto de su interés.

— ¿Qué te han dicho?

— Primero han sugerido que me alejara de tu vida. Cuando he dicho que no podía hacer eso, han querido saber cuáles eran mis intenciones respecto a ti. Por supuesto, les he dicho que eso no era asunto suyo. Estuvimos un rato dando vueltas a ese tema y luego me explicaron con detalle lo que me pasaría si te hacía sufrir. Desde luego, los métodos que tienen planeados para mi fallecimiento son realmente ingeniosos.

Katarina ya estaba hirviendo a esas alturas.

— ¡Podría estrangularlos!

— A Janet le ha parecido muy divertido — dijo Joel, refiriéndose a su secretaria — . No estaba espiando, pero las paredes son delgadas y estábamos dando bastantes voces. Piensa que hace tiempo que debería haberme llevado mi merecido. Debo reconocer que los Rabbane son los hombres adecuados para hacerlo.

Katarina frunció el ceño, perpleja, pues, en conjunto, Joel parecía estar tomandoselo muy bien.

— ¿Cómo puedes reírte de lo que ha pasado?

— Porque todos querían hacerme morder el polvo. Me gustan — admitió Joel.

— ¡Pues yo los odio! — espetó Katarina, tan enfadada que podría haber escupido clavos. ¿Por qué no la dejaban en paz de una vez?

— No, no los odias — corrigió Joel de inmediato — . Los quieres tanto como ellos te quieren a ti.

— Tal vez — replicó ella, contrariada — , pero me gustaría que dejaran de entrometerse en mi vida.

— Eso nunca sucederá. Siempre serás su hermanita pequeña y siempre te cuidarán y tratarán de protegerte de todos los lobos malos del mundo.

— Aunque pueda aceptar eso, deben comprender de una vez por todas que no necesito que me protejan — insistió Katarina con el ceño fruncido. Tenía la desagradable sensación de que se le estaba acabando el tiempo.

Joel apoyó una mano en su mejilla y le hizo volver el rostro.

— ¿Quieres saber lo que es realmente una locura? — preguntó — . Que yo tampoco quiero ver que sufras.

— No seas tonto — dijo Katarina rápidamente — . Tú no me harías sufrir.

— ¿No? — Joel la miró a los ojos — . Estoy empezando a preguntármelo. Sé que no eres tan dura como tratas de hacerme creer.

Katarina se puso tensa de inmediato.

— ¿Qué quieres decir con eso? — preguntó, inquieta. Si Joel había adivinado su secreto...

— Solo que si todo el mundo se está esforzando por que no sufras, es que puedes sufrir, y yo odiaría ser la causa de tu sufrimiento. Puede que tus hermanos tengan razón. Tal vez, debería desaparecer de tu vida.

Katarina sintió una descarga de pánico.

— No se te ocurra dejarme, Joel Falloni — dijo con ardor — . Nunca te lo perdonaría.

Él frunció el ceño ante su vehemencia.

— Estoy pensando en ti, Katarina, en lo que sería mejor para ti. Yo no te convengo.

— ¡Claro que me convienes! — insistió ella, y sonrió.

— No deberías intentar impedirme hacer lo correcto. Hace años que no tenía un sentimiento tan noble.

Katarina negó con la cabeza.

— Personalmente, opino que la nobleza está sobrevalorada — sobre todo si significaba perderlo.

— De todos modos — continuó él con un suspiro — , no sé cuánto tiempo voy a conseguir mantenerte alejada de la prensa.

Katarina alzó las cejas.

— ¿Acaso tienes que ver con el hecho de que mi foto no haya aparecido en la prensa

amarilla? — aunque le había sorprendido, el hecho de que su presencia en la vida de Joel no hubiera sido un cebo para la prensa había sido un gran alivio. Por fin comprendía por qué.

— No me gustaba la idea de ver tu retrato en los periódicos con algún absurdo titular sensacionalista. En lo que a mí concierne, tu imagen no es para consumo público. No tengo intención de compartirla con la mitad del país, de manera que simplemente he sido más discreto.

El corazón de Katarina se hinchó de placer. Joel no quería que sufriera ni que se viera sometida al cotilleo público. Eso tenía que significar algo. En el fondo, la quería... ¿o no? Cuánto le habría gustado estar segura... Ocultar sus sentimientos no resultaba natural.

Tragó saliva para ablandar el nudo que tenía en la garganta y sonrió.

— Gracias. Has sido muy considerado.

— De nada, pero solo estaba siendo egoísta. No quiero compartirla. Te quiero toda para mí.

Aquella declaración reconfortó a Katarina, y la guardó celosamente en su corazón mientras deslizaba una mano por el sedoso pelo de Joel.

— No tengo problema con eso — dijo — . Yo también te quiero todo para mí. Joel tomó su mano y la besó en la palma.

— Nunca he conocido a nadie como tú. No exiges nada. ¿No quieres nada?

Katarina quería tantas cosas que no podía nombrarlas todas. Pero, en conjunto, para su felicidad le bastaba con una: él.

— Ahora que lo mencionas, no me vendría mal que abrieras la botella de vino — dijo en tono burlón, y él sonrió.

— Eso es algo que puedo hacer — Joel se puso en pie con ella aún en brazos.

Una vez en la cocina, dejó que se deslizara contra su cuerpo hasta dejarla en el suelo.

Katarina lo miró con ojos brillantes.

— Hmm, tu humor parece haber mejorado — murmuró juguetonamente, pues había sentido que el cuerpo de Joel había respondido al de ella con tanta velocidad como el suyo al de él.

— Es por tu culpa — Joel sonrió y la apartó con suavidad — . Será mejor que me ocupe del vino antes de que me distraigas demasiado.

Ella río y se volvió hacia la vitrocerámica.

— Ya que estás en ello, también puedes poner la mesa. Eso aplacará tus ardores.

— No lo creas, corazón — replicó él mientras sacaba la botella de la nevera — . El mero hecho de estar en la misma habitación contigo me excita. Creía que se iría pasando con el tiempo, pero cuanto más te veo, más quiero. Me he vuelto adicto a ti.

— ¿Y eso es bueno o malo? — preguntó Katarina, que estaba a punto de poner un filete en la sartén.

— Bueno, desde luego. Suelo aburrirme con facilidad, pero tú nunca resultas aburrida. De hecho, siempre me estás sorprendiendo.

— Me gusta mantenerte interesado. No querría que nuestra relación se volviera monótona.

— Nunca se volverá monótona — dijo Joel mientras iba por los cubiertos. Katarina dejó de sonreír.

— Sí. Algún día sucederá — corrigió. Él la miró con el ceño fruncido.

— ¿Por qué dices eso?

— Porque mi sucesora está ahí en algún lugar, esperando a llamar tu atención — replicó Katarina con sencillez.

Algo destelló en la mirada de Joel al oírla, pero ella no supo cómo interpretarlo.

— No estaba pensando a tan largo plazo — dijo, incómodo — . Solo me alegra que estés aquí ahora.

— ¿En serio?

— Por supuesto. Eres la única persona con la que quiero estar ahora.

— Pero no puedes negar la posibilidad de que eso vaya a cambiar en el futuro, ¿no?

— No, eso no puedo hacerlo — Joel entrecerró los ojos — . ¿Por qué me estás preguntando esas cosas ahora, Katarina?

Ella se encogió de hombros y sonrió.

— Supongo que necesito saber en qué situación me encuentro.

Joel dejó los cubiertos, se acercó a ella, la tomó por los hombros y la zarandeó con delicadeza.

— Estamos juntos, y con eso me basta. Pensaba que a ti también.

— Y así es — asintió Katarina con rapidez — . Solo estaba poniéndome imaginativa. Olvida que lo he mencionado y deja que termine de preparar estos filetes, o no vamos a comer nunca — dijo mientras se volvía de nuevo hacia la sartén. Sintió que Joel seguía mirándola, pero se negó a volverse. Finalmente, él regresó a la mesa.

No volvieron a mencionar el tema mientras cenaban. Katarina le contó lo que había hecho durante el día y le contó más detalles del encuentro que había tenido con sus hermanos, pero de un modo que hizo que ella riera en lugar de enfadarse.

Aún estaba riendo cuando sonó el timbre de la puerta. Sorprendida, Katarina miró la hora. Eran más de las diez de la noche.

— ¿Quién diablos será? — preguntó mientras iba a abrir.

El hombre con el que se encontró podría haber sido uno de sus hermanos, excepto por su pelo cano.

— ¡Papá! — exclamó, tan consternada como sorprendida — . ¡Qué sorpresa! ¿Qué te trae por aquí? — añadió sin convicción, y no le extrañó la severa mirada que le dedicó su padre.

— ¿Vas a invitarme a pasar? — preguntó Paul Rabbane, y ella se apartó a un lado a la vez que miraba hacia la cocina, pero no vio rastro de Joel.

— Por supuesto. Pasa — dejó que su padre cerrara la puerta y lo condujo al cuarto de estar — . Siéntate — dijo, nerviosa — . ¿Te apetece algo de beber?

Su padre decidió dejarse de formulismos y fue directamente al grano.

— ¿Qué es eso que he oído sobre ese tal Falloní?

Los nervios de Katarina desaparecieron al instante a la vez que se cruzaba de brazos con expresión beligerante.

— Se llama Joel. ¿Qué es lo que quieres saber exactamente sobre él? Las mejillas de su padre se ruborizaron al oír su respuesta.

— Así que es cierto que sales con él, ¿no?

— Estoy segura de que Pat y los demás ya te habrán puesto al tanto. Lo que de verdad quieres saber es si me estoy acostando con él, y la respuesta es que sí — contestó Katarina en tono desafiante.

Paul Rabbane no ocultó su enfado.

— No te pongas respondona conmigo, Katarina. Sigo siendo tu padre. Ella suspiró.

— Ya lo sé, papá, y te quiero, pero no tienes derecho a entrometerte en mi vida.

— Preocuparse no es entrometerse.

— ¿Quieres decir que no tienes intención de hacer que rompamos? — preguntó Katarina con ironía, y su padre apretó los dientes con impotencia, pues ambos sabían que eso era precisamente lo que pretendía,

— Te conozco, Katarina. Sé que no te habrías metido en una relación así si no quisieras realmente al hombre en cuestión, pero en este caso no te merece.

— No estoy de acuerdo. Claro que me merece. Lo único que sucede es que no lo conoces. Es un buen hombre, papá — replicó ella a la defensiva.

— Sé que crees eso, pero ese hombre es lo que se suele llamar un playboy — dijo su padre con convicción — . Solo está jugando con tu afecto. Supongo que sabrás que no se va a casar contigo.

Si pensaba que iba a desconcertar a su hija con aquello, se equivocó de lleno.

— Lo sé perfectamente.

— ¿Y no te preocupa?

Katarina volvió a suspirar e hizo una seña con la mano para que su padre bajara la voz.

— Mentiría si dijera que no. Por supuesto que quiero casarme con él. Lo quiero, quiero pasar el resto de mi vida con él y ser la madre de sus hijos, pero tengo que ser práctica. Eso no es lo que él quiere. Sé que esto es solo una aventura más para él, y duele saberlo, pero si eso es todo lo que puede darme, lo aceptaré.

Paul Rabbane no ocultó la consternación que le produjeron las palabras de su hija.

— ¿Te oyes a ti misma? ¿Es que no tienes orgullo?

A Katarina no le agradaba decepcionar a su padre de aquel modo, pero estaban hablando de su vida, de sus decisiones. Lo miró con expresión estoica.

— Aparentemente no.

— ¿Él te ama?

Aquella fue una pregunta calculadamente cruel. De todos modos, ella respondió sinceramente.

— No. Creo que siente cariño por mí, pero no me ama — no añadió que Joel pensaba que el amor no existía.

— ¡Pero eso no tiene sentido! Si no te ama, ¿por qué estás dispuesta a pasar por esto?

— preguntó Paul en un tono más cariñoso.

— Ya te lo he dicho. Porque lo quiero, papá. Por eso.

Paul alzó las manos con impotencia y luego las dejó caer a los lados mientras movía la cabeza.

— ¿Sabe él que lo amas?

— No — contestó Katarina.

Su padre se pasó ambas manos por la cabeza en un gesto de frustración que ella conocía muy bien.

— Si no puedo convencerte para que recapacites, recuerda al menos que puedes contar con nosotros cuando nos necesites.

Katarina sabía que acabaría diciéndole aquello, y sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

— Gracias por preocuparte tanto. Siento haberte decepcionado.

— Nunca podrías decepcionarme, cariño. Sé que estamos hablando de tu vida, y he de

permitir que la vivas a tu manera, pero no es fácil, sobre todo viendo cómo te encaminas hacia un desastre seguro. ¿De verdad merece la pena?

— Creo que sí — contestó Katarina con una sonrisa.

Su padre suspiró y alargó los brazos hacia ella.

— En ese caso, ven a darme un abrazo.

Katarina se acercó a él y dejó que la reconfortara como solía hacer cuando era pequeña.

Un ruido en la puerta llamó su atención y ambos se volvieron hacia ella. Joel estaba en el umbral, mirándolos con expresión inquisitiva.

— ¿Katarina? ¿Va todo bien? — preguntó mientras entraba.

Ella pensó que parecía demasiado relajado. Tenía que haber oído algo. Se apartó de su padre y sonrió.

— Perfectamente. Mi padre me ha hecho una visita inesperada — explicó mientras trataba de leer en la mirada de Joel, pero no consiguió ver nada.

Joel se volvió hacia Paul con la mano extendida.

— Buenas noches, señor Rabbane. Estoy seguro de que sabe quién soy — dijo en tono irónico.

— Su fama le precede, señor Falloni — replicó Paul en el mismo tono, aunque estrechó de todos modos la mano que se le ofrecía.

Joel sonrió.

— Sí. He tenido el placer de verme con sus hijos hace un rato.

— Solo quieren proteger a su hermana — dijo Paul sin necesidad — . Que se prepare cualquiera que le haga sufrir.

Joel inclinó la cabeza y luego miró al otro hombre a los ojos.

— No tengo intención de hacer sufrir a su hija, señor.

— Puede que eso sea cierto, joven, pero el camino al infierno está pavimentado de buenas intenciones — replicó el padre de Katarina solemnemente.

— El problema de tener una reputación como la mía es que nadie cree que pueda tener buenas intenciones — dijo Joel.

— Probablemente, porque a lo largo de su vida ha hecho todo lo posible por demostrar lo contrario. Pero le prometo que mi familia solo le juzgará por lo que haga a partir de ahora. Mi hija piensa que es un buen hombre, así que no le demuestre lo contrario — advirtió Paul antes de volverse hacia su hija para besarla en la mejilla — . Ahora voy a irme, Katarina. Recuerda lo que te he dicho — tras dedicar a Joel una última y expresiva mirada, salió de la habitación.

— Te acompaño — dijo ella, y lo siguió hasta la puerta. Allí, su padre le apretó con cariño un brazo.

— Espero por tu bien que ese hombre demuestre que estoy equivocado — dijo antes de encaminarse hacia su coche.

Katarina cerró la puerta con sensación de fatalismo.

Volvió al cuarto de estar sintiéndose más relajada de lo que esperaba. Joel estaba junto a la chimenea, con la cabeza inclinada y la mirada fija en el hogar apagado. Cuando ella entró, se irguió y la miró pensativamente.

Katarina se detuvo a unos pasos de él, decidida a tomar el toro por los cuernos.

— ¿Cuánto tiempo llevabas ahí fuera? — preguntó.

— Lo suficiente — replicó él con calma, y ella asintió.

— Entonces ya lo sabes.

— ¿Qué me quieres? Sí — confirmó Joel sin mostrar la más mínima emoción.

Por el interés que estaba mostrando, podrían haber estado hablando del tiempo.

El corazón de Katarina se encogió. De haber estado esperando que él compartiera sus sentimientos, se habría llevado una gran decepción. Era demasiado sensata como para eso, pero la indiferencia de Joel le dolió. Al menos podía estar enfadado, pensó, irritada.

— Se suponía que no debías haber escuchado nuestra conversación — dijo con frialdad — . ¿Acaso tienes por costumbre espiar por las cerraduras de las puertas?

La mandíbula de Joel se tensó visiblemente.

— Al ver que no volvías a la cocina, pensé que quien había llamado podía ser uno de tus hermanos y que podías necesitar apoyo moral. Cuando me he dado cuenta de que era tu padre, he dudado — confesó, tenso.

— Y, consecuentemente, has escuchado más de lo que debías.

Joel buscó con la mirada los ojos de Katarina.

— ¿Es cierto? ¿Lo has dicho en serio? Ella le sostuvo la mirada sin parpadear.

— No es algo sobre lo que mentiría. Te quiero.

Fue él quien bajó la mirada unos instantes antes de volver a alzarla hacia ella.

— Lo disimulas muy bien. Katarina rio.

— No querrás que lleve mi corazón al descubierto, ¿no? Sobre todo sabiendo que no quieres enterarte — dijo con claridad — . Y como sigues sin querer enterarte, sugiero que lo olvides. No sé a ti, pero a mí me vendría muy bien un café. Voy a ponerlo mientras terminamos de recoger — dijo en tono desenfadado mientras se volvía y se encaminaba hacia la cocina.

No fue fácil actuar con indiferencia, pero no le quedó más remedio. No estaba dispuesta a aceptar la compasión de Joel. No podría soportarla.

Estaba a punto de abrir la cafetera cuando él la tomó por un hombro y le hizo volverse. Cuando lo miró a los ojos, vio en ellos un fuego que hizo que su corazón latiera más deprisa.

— ¿Cómo puedes mostrarte tan tranquila respecto a todo esto? — preguntó Joel sin ocultar su emoción.

Katarina apartó la mano que tenía apoyada sobre su hombro.

— Porque golpearme el pecho y arrancarme el pelo sería una pérdida de tiempo. Me muestro «tranquila» porque no tengo otra opción — dijo, y se volvió de nuevo con intención de poner el café.

Pero Joel le hizo volverse de nuevo.

— ¿Qué quieres decir con que no tienes otra opción?

— No tengo opción porque nada ha cambiado, ¿no? — contestó ella, y se volvió de nuevo para tomar la cafetera.

Exasperado, Joel se la quitó de las manos y la dejó a un lado. Luego, la tomó de un brazo y la condujo hasta una silla, donde le hizo sentarse.

— ¡Olvida de una vez el maldito café! — ordenó, y a continuación tomó otra silla y se sentó tan cerca, que ella no habría podido levantarse, aunque hubiera querido — . Ve al grano, Katarina.

— Muy bien. Antes no me amabas, ¿no? — preguntó ella en tono retador y él entrecerró los ojos.

— No — confirmó brevemente.

El corazón de Katarina estaba latiendo demasiado deprisa, pero ella insistió.

— Y ahora no me amas, ¿no?

Joel dudó un instante antes de responder, lo que ella suponía que respondería.

— No, no te amo.

A pesar de que lo esperaba, Katarina tuvo que tragar saliva para continuar.

— De manera que nada ha cambiado. La vida sigue igual. Simplemente, sabes algo que no sabías antes. Pero ese conocimiento tampoco va a matarte — se burló.

Él no ocultó su enfado.

— ¿Y cómo diablos se supone que voy a olvidar lo que has dicho? Katarina alzó una ceja.

— Ya que no es algo importante para ti, suponía que te sería fácil hacerlo.

— ¡Maldita sea, Katarina! ¡Te advertí que no te enamoraras de mí! — Joel se levantó y fue hasta la puerta trasera, la abrió y respiró varias veces profundamente, como si le faltara el aire.

Katarina lo observó sin saber qué pensar de aquello. Nunca le había visto mostrar tanta emoción.

— ¿Por qué estás tan enfadado? Esto es problema mío, no tuyo. No te estoy pidiendo que me correspondas.

Él se volvió y le dedicó una mirada tormentosa.

— ¿Cómo has podido hacer algo tan estúpido como enamorarte de mí después de todo lo que te he dicho?

Ella sonrió a pesar de sí misma.

— No he podido evitarlo. La gente no decide enamorarse. Simplemente, sucede, y eso es lo que me ha pasado a mí.

Joel movió la cabeza.

— Me estás obligando a hacerte sufrir.

— No te culpo por ello. Fue inevitable desde el momento en que comprendí lo que sentía por ti. Pero no tienes por qué preocuparte. Estoy preparada para asumir las consecuencias.

Joel golpeó el marco de la puerta con el puño y ella no pudo evitar un sobresalto.

— ¡Pues yo no!

Katarina se preguntó si Joel sabría lo reveladora que había sido aquella afirmación.

— ¿Te dolería hacerme sufrir? — preguntó, tensa, pues la respuesta era importante.

— ¡Por supuesto! — replicó él al instante. Katarina sonrió con pesar.

— Entonces es que me quieres un poco, ¿no? Aquello desconcertó a Joel.

— Te quiero mucho. Por eso no quiero verte sufrir, Katarina — dijo con voz ronca, y el corazón de Katarina remontó el vuelo. Significaba tanto para ella oírle decir aquello.

Una melancólica sonrisa curvó sus labios.

— Me temo que eso ya es irremediable. Debes decidir qué va a pasar a partir de ahora. Tal y como yo lo veo, tienes dos opciones. Acabar con esto ahora o más adelante.

Joel la miró con expresión sombría. Por un momento, Katarina pensó que no iba a responder, pero cuando lo hizo, lo que dijo fue totalmente inesperado.

— Hay una tercera opción. Podríamos casarnos.

El corazón de Katarina latió contra su pecho como si quisiera salirse.

¿Matrimonio? El mero hecho de que Joel se planteara aquella opción la dejó

anonadada.

— ¡No hablas en serio!

Joel se encogió de hombros.

— ¿Por qué no? Siempre he tenido intención de casarme algún día. Katarina agitó la cabeza con intención de despejarse.

— ¿Estás sugiriendo de verdad que te casarías conmigo para no hacerme sufrir? — preguntó con cautela, pues era la cosa más absurda que había escuchado en su vida.

— ¿No quieres casarte conmigo? — replicó él — . ¿No quieres casarte con el hombre al que amas?

Katarina se quedó boquiabierta. Por supuesto que quería casarse con Joel, pero no así.

— Tú no quieres casarte conmigo. No me amas — dijo, temblorosa.

— Te quiero más de lo que he querido a ninguna otra mujer. Tenemos mucho en común. Cuanto más pienso en ello, más sentido me parece que tiene que nos casemos.

Aturdida, Katarina se llevó una mano a la frente.

— Hablas en serio.

Él asintió.

— Nunca he hablado más en serio.

— Pero tú no crees en el amor — dijo ella, confundida.

— No tengo que amar para casarme. Eso ya te lo había dicho. Si aceptas, lo que puedo prometerte es que me aseguraré de que nunca te arrepientas de ello. Seré fiel a mis votos. Piensa en ello, Katarina. ¿No resolvería eso todo? — Joel volvió a sentarse y tomó en sus manos las de ella.

Katarina lo miró a los ojos y, maravillada, comprendió que hablaba en serio. Podía tenerlo para siempre. Todo lo que tenía que hacer era decir sí.

— Sabes que es una locura — murmuró.

— A veces solo se pueden hacer locuras. Ella se humedeció los labios.

— Si acepto, no esperes que oculte mis sentimientos. No podría hacerlo. Ya ha sido duro hasta ahora. Si me caso contigo, será porque te quiero, y me aseguraré de hacértelo saber. ¿Podrías vivir con eso?

— Mientras no esperes que eso cambie las cosas, sí — asintió Joel — . ¿Y bien?

— ¿No vas a darme un poco de tiempo para pensarlo?

— ¿Cuánto tiempo necesitas? ¿Qué sabrás dentro de una hora que no sepas ahora? O quieres casarte conmigo, o no quieres.

Joel tenía razón, y Katarina lo sabía. Le estaba ofreciendo más de lo que nunca habría esperado. Estaba claro que la quería y, tal vez, algún día aquel cariño podría transformarse en amor. Pero para comprobarlo debía hacer una puesta sin garantías de ninguna clase. ¿Podía hacerlo?

Respiró profundamente y decidió lanzarse al vacío.

— Sí, me casaré contigo, Joel — aceptó, consciente de que no había vuelta atrás.

Algo parecido al alivio brilló en la mirada de Joel, pero desapareció tan rápidamente que Katarina supuso que solo lo había imaginado. ¿Qué motivo podía tener para sentirse aliviado?

— Prometo que no te arrepentirás — volvió a decir Joel mientras se levantaba y tiraba de ella con delicadeza para poder abrazarla.

Katarina se aferró a él con fuerza. Esperaba que no. Esperaba con todo su corazón no

tener que arrepentirse.

Capítulo 10

Al día siguiente, hubo momentos en que Katarina creyó estar viviendo un sueño. No dejaba de pellizcarse para comprobar que estaba despierta. Nada parecía real, ni siquiera cuando Joel la llevó a una de las joyerías más caras de la ciudad para que pudiera elegir la sortija de compromiso... un maravilloso diamante. Pero no pudo quedarle ninguna duda, porque a la vez insistió en que compraran los anillos de boda. De todos modos, siguió sintiendo que iba a despertar en cualquier momento y descubrir que todo había sido un sueño.

El sentimiento persistió hasta el sábado por la mañana, y desapareció cuando su madre llamó mientras Joel y ella desayunaban.

— Katarina, querida, me alegro tanto por ti. ¡Incluso te perdono por no haberme contado nada antes! — dijo Ruby Rabbane en cuanto oyó la voz de su hija.

Katarina se quedó boquiabierta.

— Mamá, yo no...

— ¿Es atractivo? ¿Lo quieres? ¡Pero qué pregunta tan estúpida! ¡Por supuesto que lo quieres! Háblame de él. Me muero por saberlo todo — continuó su madre sin apenas detenerse a respirar.

Katarina se volvió lentamente hacia Joel, que la observaba por encima del periódico.

— Sí, es atractivo, mamá. Al menos a mí me lo parece. Y sí, lo quiero con todo mi corazón.

— ¿Habéis decidido ya la fecha? ¿Os vais a casar por la iglesia?

— Todavía no hemos decidido nada. Pero... ¿cómo te has enterado? — Katarina era un poco supersticiosa y aún no había dicho nada a nadie, ni siquiera a su familia.

— La noticia está en todos los periódicos, cariño. Llevo toda la mañana recibiendo llamadas de familiares y amigos. Ha resultado un poco incómodo no tener ningún detalle que contarles, porque yo estaba tan sorprendida como ellos por las noticias. Pero he capeado el temporal. Debes traerlo a comer mañana, querida. Me muero por conocerlo. Tu padre me ha dicho que es un hombre muy respetado en el centro financiero de Londres. ¿Está ahí? ¿Puedo hablar con él?

— Un momento — Katarina alcanzó el auricular a Joel — . Mi madre quiere hablar contigo.

Joel se acercó a tomarlo y ella lo dejó charlando con su madre mientras iba a mirar el periódico. Al ver impresa la noticia de su boda, toda sensación de irrealidad desapareció como una niebla matutina. Aquello no era un sueño; estaba sucediendo realmente, Joel le había pedido que se casara con él y ella había aceptado. Ya era oficial.

— Me temo que lo de la comida va a ser imposible. Katarina y yo tenemos cosas que hacer por la mañana. ¿Podríamos ir a cenar? ¿Y habría algún problema en que llevara algún invitado?

Katarina volvió la cabeza rápidamente al oír aquello. Lo miró con gesto interrogante, pero él negó con la cabeza. Un par de minutos después colgaba.

— Tu madre es una mujer muy agradable — dijo Joel mientras volvía a sentarse.

— Eso pienso yo — asintió Katarina, y frunció el ceño — . ¿Qué es lo que tenemos que

hacer mañana? ¿Y por qué no me habías dicho que la noticia de nuestro compromiso estaba en la prensa?

Joel rio sin mostrar el más mínimo arrepentimiento.

— Había pensado que sería una agradable sorpresa. Además, era el modo más rápido de comunicárselo al mayor número de gente.

Desde luego que había sido una sorpresa, pensó Katarina con ironía.

— ¿Y lo de mañana?

— Eso es otra sorpresa — contestó él, sin dar más explicaciones.

— ¡Odio las sorpresas! — exclamó ella, y Joel rio.

— No, no las odias. Y aunque las odiarás, esta te gustará.

— ¿Cómo puedes saberlo?

— Confía en mí.

Katarina entrecerró los ojos.

— ¿Por qué voy a fiarme de un hombre que ni siquiera me avisa de que va a publicar nuestro compromiso en la prensa?

— Porque me quieres — dijo él con sencillez, y aquello dejó a Katarina sin respuesta.

— ¡Ese ha sido un golpe bajo, Fallon! Después de todo, creo que no te quiero.

— Me querrás mañana — replicó Joel, confiado, y sonrió — . Confía en mí — añadió, y Katarina miró a lo alto, exasperada.

— ¡Eres el hombre más... ! — dejó la frase sin concluir mientras movía las manos con gesto de impotencia.

— ¿A dónde quieres ir de luna de miel? — preguntó él a continuación, y ella frunció el ceño.

— ¿Por qué te estás tomando todas estas molestias, Joel? No es posible que pueda apetecerte meterte en todo ese lío — dijo, sin comprenderlo.

— Ya que ambos tenemos intención de casarnos una sola vez, creo que debemos hacerlo bien.

La respuesta de Joel dejó anonadada a Katarina. Esperaba que hubiera insistido en casarse en el juzgado.

— Pero todo esto es tan romántico... y tú no me amas. Joel la tomó de la mano y enlazó sus dedos con los de ella.

— Suponía que querrías una boda de blanco. ¿Estoy equivocado?

Katarina se sintió culpable al instante. Joel estaba haciendo todo aquello por ella, porque pensaba que era lo que quería y quería hacerla feliz.

— Tienes razón. Esa es la boda que quiero. Pero pensaba que estaba fuera de lugar porque nuestro matrimonio no es... — interrumpió el final de la frase, pero Joel se encargó de acabarla por ella.

— ¿No es real? En eso te equivocas. Va a ser muy real, y precisamente por eso hay que hacerlo bien. Así que habrá boda de blanco y luna de miel... si es que alguna vez llegas a decirme dónde quieres ir — bromeó, y Katarina sintió que su corazón se henchía de amor por él, pues estaba haciendo todo aquello por ella.

— Oh, no sé — dijo, y sonrió tras encogerse de hombros — . Sorpréndeme.

— Pero si no te gustan las sorpresas — le recordó Joel, y ella rio.

— He mentido.

— Hmm, veo que voy a tener que trabajar mucho contigo, cariño — murmuró Joel, y tiró de ella hasta hacerle sentarse en su regazo.

— En ningún momento he dicho que fuera a ponértelo fácil — bromeó Katarina. Él sonrió de oreja a oreja.

— Eso es lo que quiero.

Ella apoyó una mano en su mejilla y lo besó en la punta de la nariz.

— Te quiero — dijo.

Joel la miró con expresión seria.

— Lo sé, Katarina. No pienso olvidarlo.

— Eso espero — advirtió ella mientras el teléfono volvía a sonar — . Algo me dice que no va a parar en todo el día — protestó mientras se levantaba — . Es tu turno.

— ¿Y si es uno de tus hermanos?

— Ahora ya no tienes por qué preocuparte por ellos. Después de todo, vas a hacer de mí una mujer honrada — contestó Katarina, sonriente, y empezó a recoger las cosas del desayuno.

Todo iba a ir bien, pensó. Harían que su matrimonio funcionara porque se preocupaban el uno por el otro. ¿Qué más daba que él no la amara? Ella tenía suficiente amor dentro para los dos. Además, algún día... Pero aquello eran meras ilusiones. Suspirando, llevó los platos al fregadero y abrió el grifo.

Al las diez y media de la mañana siguiente, estaban en el coche de Joel, saliendo de la ciudad.

— ¿A dónde vamos? — preguntó Katarina — . ¿O es un secreto?

— A Newcastle — contestó él concisamente.

— ¿A Newcastle? ¿Y por qué a Newcastle? — que Katarina recordara, no había estado allí en su vida.

— Lo sabrás cuando lleguemos — contestó Joel.

— Me sorprende que no te haya estrangulado nadie hasta ahora — murmuró Katarina, y decidió arrellanarse en el asiento y disfrutar del paisaje durante el resto del trayecto.

Una vez en Newcastle, cruzaron la ciudad y Joel detuvo el coche ante una casa de una planta que no se distinguía mucho de las que la rodeaban.

— ¿Es aquí? — preguntó Katarina cuando salieron del coche.

Él la tomó por el brazo y se encaminaron por el sendero hacia la casa, donde llamó al timbre.

— Relájate — dijo — . No pienso dedicarme a la trata de blancas contigo. Ella frunció el ceño.

— Sí, pero, ¿quién vive aquí?

— ¿Eres siempre tan impaciente? — replicó él mientras oían unos pasos que se acercaban.

La puerta fue abierta por una mujer mayor que en otra época debió de ser muy guapa y que, a pesar de acercarse a los ochenta años, aún se conservaba sorprendentemente bien.

— Buenos días, señora York — saludó Joel cálidamente — . Soy Joel Falloni. Hemos hablado por teléfono. Gracias por aceptar verme hoy. He traído conmigo a alguien que está deseando verla. Esta es Katarina — dijo, y se apartó a un lado.

Aún desconcertada, Katarina sonrió a la anciana, que se llevó una mano visiblemente temblorosa a los labios .

— ¿Cómo está? — preguntó Katarina — . ¿Su apellido es York? Es toda una

coincidencia, porque el apellido de soltera de mi madre también era York.

La anciana sacó un pañuelo y se secó los ojos con él. A pesar de todo, sonrió a través de las lágrimas que no dejaban de manar.

— No es una coincidencia, querida. Tu madre es mi hija. Mi pequeña Ruby — reveló, emocionada.

Mientras Katarina se quedaba petrificada en el sitio, Joel tomó a la señora York por el brazo y le hizo entrar en la casa.

— Creo que será mejor que se siente — dijo mientras la acompañaba hasta un sillón — . Haz el favor de cerrar la puerta, Katarina — dijo por encima del hombro, y ella obedeció como un autómata.

— ¿De verdad es usted mi abuela? — preguntó cuando se hubo recuperado lo suficiente como para hablar.

La señora York la miró y sus lágrimas dieron paso a una expresión de incertidumbre.

— Sí, querida. Lo soy.

Katarina movió la cabeza, impotente.

— ¿Pero cómo...? No entiendo.

La anciana tomó a Joel de la mano.

— Este joven me ha encontrado. Katarina miró a Joel, asombrada.

— ¿En serio?

Él apoyó una mano en el hombro de la señora York.

— Dijiste que querías conocerla — dijo con sencillez, como si eso lo explicara todo.

— ¡Desde luego que quería! — exclamó Katarina y sonrió con expresión alentadora mientras una riada de emociones atenazaban su garganta — . Siempre he querido conocerte. Desde que era niña — cruzó la habitación y se arrodilló ante su abuela. De cerca pudo percibir el parecido que su madre tenía con ella. Tomó con delicadeza una de sus manos, ya retorcida por la artritis — . Siento haberme mostrado tan sorprendida. Esto es lo último que esperaba, pero me siento feliz por haber podido conocerte finalmente.

Joel las miró y sonrió.

— Voy a dejaros un rato a solas para que podáis charlar tranquilamente. Estaré en la cocina preparando un té — añadió, aunque ninguna de las dos mujeres lo estaba escuchando, de manera que salió sin que se enteraran.

Juliet York respiró temblorosamente.

— No puedo creer que me esté pasando esto. Cuando ese joven se puso en contacto conmigo y me explicó quién eras y qué querías conocerme... bueno, fue como un sueño hecho realidad. Nunca pensé que pudiera suceder. Suponía que me odiabas.

— Oh, no, claro que no. Nadie te odia — aseguró Katarina de inmediato. La anciana movió la cabeza.

— Eso no es cierto. Ronald me odia — dijo, refiriéndose a su exmarido — . Y puede que Ruby también. No podría culparla por ello.

Katarina supo que tenía que ser sincera.

— Es cierto que el abuelo nunca te perdonó. Él y yo no nos llevamos bien, y creo que es porque me parezco a ti.

Juliet asintió.

— Es cierto. Te pareces mucho.

— Pero mamá no te odia — insistió Katarina — . Siempre ha comprendido tu situación.

Lo que nunca ha logrado entender es por qué no te pusiste nunca en contacto con ella. ¿Qué pasó? ¿Querrás contármelo?

Juliet miró al vacío. Sus pensamientos estaban perdidos en el pasado y, por su expresión, no parecían especialmente agradables.

— Lo que pasó fue Ronald. Yo no quería perder a mi hija, pero la familia de Ronald nunca me quiso. Se pusieron totalmente de su parte cuando traté de obtener la custodia, y después de que él ganara el juicio, hicieron lo posible por evitar que viera a Ruby. Siempre salían con alguna excusa para posponer mis visitas. Al final comprendí que nunca me dejarían verla.

Katarina estaba consternada.

— ¿Por qué no lo demandaste? ¡Tenías tus derechos! Juliet suspiró.

— Sí, los tenía, pero en esos días no era fácil reclamarlos. No tenía medios ni familia que me ayudara. Al final pasó tanto tiempo que decidí que, probablemente, Ruby estaría mejor sin mí. Después, cuando mi situación cambió, quise ponerme en contacto con ella muchas veces. Escribí cartas que nunca llegué a enviar. Averigüé dónde vivía, pero fui una cobarde. Pensé que debía odiarme por haberla dejado, de manera que no hice nada. Perdí a mi hija sin luchar, y nunca me perdonaré por ello — emocionada, apartó la mirada y se llevó la mano a los labios.

Katarina se sentó de inmediato en el brazo del sillón, pasó un brazo por sus hombros y estrechó a la anciana contra su costado.

— No llores, por favor, abuela. No eres ninguna cobarde. Lo único que sucede es que ya habías sufrido bastante. Mamá lo sabe. No te culpa ni te odia por ello. Te lo aseguro porque lo sé. Mamá te quiere. Siempre te ha querido.

Juliet York parpadeó, esperanzada.

— ¿De verdad lo crees? La he echado tanto de menos... Si pudiera verla al menos una vez, todo lo que he tenido que sufrir merecería la pena. ¿Crees que querrá verme?

Katarina sonrió.

— Por supuesto que querrá. Estoy segura de que querrá llamarte en cuanto le diga que te he encontrado.

Juliet rio, como Katarina deseaba que hiciera.

— ¿Cómo está? ¿Es feliz?

— Está bien y es feliz. No sé si lo sabes, pero tienes otros cuatro nietos. Los ojos verdes de Juliet brillaron de interés.

— ¿En serio? Háblame de ellos. Háblame de todos vosotros.

Katarina rio, tomó una silla que acercó al sillón y empezó a contar a su abuela todo sobre su familia.

Casi una hora después, entró en la cocina en busca del té prometido. Encontró a Joel sentado de espaldas a la puerta, ojeando una revista. Su corazón se inflamó de amor por él al pensar en lo que había hecho por ella. Había encontrado a su abuela. Se acercó, lo rodeó por detrás con los brazos y lo besó en la mejilla.

— Gracias — dijo, emocionada — . Me has hecho muy feliz.

Joel dejó la revista sobre la mesa y apoyó una mano sobre la de ella.

— Esa era mi intención.

— Pues lo has conseguido — murmuró ella, llorosa — . No sé por qué lo has hecho, pero me alegro mucho.

Joel tiró de ella hasta hacerle sentarse en su regazo.

— Lo he hecho porque sabía lo importante que era para ti. Sabía que te haría feliz, y eso es lo más importante para mí.

Katarina lo miró a los ojos. Si no supiera que era imposible, casi habría creído que la amaba. Sonrió, desconcertada.

— No sé cómo darte las gracias — confesó, y él apoyó rápidamente un dedo en sus labios.

— No hace falta que me des las gracias. Me basta con verte feliz. ¿Cómo está tu abuela?

— Se ha emocionado mucho, como era de esperar, pero lo ha llevado muy bien. Creo que ahora le sentaría bien ese té.

— Ya está todo listo. Solo hace falta volver a hervir el agua — Joel se puso en pie e hizo lo mismo con Katarina — . ¿Crees que estará en condiciones de viajar hoy a Londres?

Todo se aclaró en la mente de Katarina mientras él iba a encender el fuego.

— ¿Ella es la invitada que vas a llevar a la cena de esta noche?

— Me pareció una solución ideal, pero si crees que puede ser demasiado... Katarina frunció el ceño.

— No sé... Se lo preguntaré, pero imagino que preferirá que antes prepare a mi madre. Joel asintió.

— Probablemente sea lo mejor.

El agua rompió a hervir y poco después volvían al cuarto de estar con el té listo.

Como Katarina había supuesto, Juliet decidió que prefería esperar un poco para verse con su hija. Ella necesitaba tiempo, y también quería que su hija lo tuviera.

Siguieron en la casa un par de horas más, escuchando las historias y los recuerdos de la anciana. Estos no eran siempre agradables, pero el hecho de contarlos pareció ejercer un efecto catártico sobre la anciana mujer.

Finalmente, tuvieron que irse y Juliet los acompañó hasta la puerta. Allí, con ojos brillantes, tomó la mano de su nieta.

— Tu Joel debe amarte mucho para haberse tomado tantas molestias para encontrarme — dijo, y guiñó un ojo a Joel, que sonrió.

— Es imposible no amar a Katarina — dijo con suavidad, y aunque ella supo que había dicho aquello en beneficio de su abuela, no pudo evitar ruborizarse .

— Ahora que te hemos encontrado, debes venir a nuestra boda — dijo, y se inclinó para besar a su abuela.

— Lo estoy deseando — contestó Juliet, y sonrió.

Katarina siguió a Joel hasta el coche con el corazón lleno de amor. Ocupó su asiento con un suspiro de satisfacción.

— ¿Cansada? — preguntó él mientras se alejaban.

— Sobre todo emocionalmente. Pero me siento muy feliz — Katarina volvió la cabeza para mirarlo — . Gracias por haber mentido — dijo con suavidad, y al ver que él la miraba con gesto interrogante, añadió — . Respecto a lo de amarme.

Joel volvió la mirada hacia la carretera.

— Ah — dijo, y ella sonrió para sí.

— Ha sido un detalle muy delicado por tu parte, pero siempre he sabido que eras delicado. Supongo que ese es uno de los motivos por los que te quiero tanto — añadió

y rio con suavidad.

— ¡Katarina! — exclamó él, exasperado.

— Lo sé, lo sé. No quieres oírlo. Pero no te va a quedar más remedio. Con lo que has hecho hoy solo has conseguido que te quiera más.

— No es a eso a lo que me refería — contestó él mientras se acercaban a un cruce.

El semáforo estaba verde cuando pasaron.

Katarina estaba a punto de responder cuando vio por el rabillo del ojo que un coche se saltaba el semáforo que había a su izquierda.

— ¡Cuidado! — exclamó, horrorizada, y de pronto todo fue un caos de ruido y luces mientras los dos coches chocaban.

Su cabeza golpeó algo y todo se oscureció a su alrededor.

Cuando Katarina recuperó la conciencia, su olfato le dijo de inmediato dónde estaba. Aquel olor a antiséptico solo podía pertenecer a un hospital. Una mirada le confirmó que se hallaba en la cama de un hospital, pero aparte de sentir mucha sed, parecía encontrarse bien, y comprobó que todos sus miembros respondían cuando los probó. Pero la cabeza le dolió cuando trató de alzarla, y recordó haberse golpeado con algo justo antes de desmayarse. El recuerdo del accidente regresó entonces, y con él la ansiedad por saber cómo se encontraría Joel.

A pesar de la sensación de mareo que le produjo, alzó la cabeza.

— Joel? — llamó, asustada — . ¡Joel! — repitió mientras buscaba desesperadamente el botón de llamada.

— ¿Katarina?

El sonido de su voz le hizo volver la cabeza, y el alivio que sintió al verlo entrar por la puerta hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. No llevaba puesta la chaqueta y había sangre en su camisa, evidencia de un corte que tenía en la mejilla, cubierto por un esparadrapo.

Joel fue directamente a sentarse en el borde de la cama y la tomó entre sus brazos. Al comprobar que estaba bien, Katarina rompió a llorar.

— Temía que te hubiera pasado algo — dijo entre sollozos. Joel la abrazó con fuerza.

— Cuando te he visto inconsciente en el asiento del coche, yo también he temido perderte —, confesó emocionado — . Nunca en mi vida me he sentido más aterrorizado.

Katarina cerró los ojos y dio las gracias en silencio.

— ¿Qué ha pasado? — preguntó tras recuperarse un poco — . Solo recuerdo el choque.

— Afortunadamente, el otro coche solo nos ha rozado. Al parecer se había saltado el semáforo. Por suerte, no había mucho tráfico.

Katarina se apartó un poco de Joel y señaló su mejilla.

— Tú también estás herido.

— Es solo un rasguño. He sangrado mucho, pero no es profundo. Eres tú la que nos tenía preocupados. Has estado inconsciente un buen rato, y esta noche te van a tener en observación. He llamado por teléfono a tus padres y han insistido en venir. No me extrañaría que viniera toda la familia en pleno — añadió Joel en tono irónico y ella rio.

— Ya sabes que siempre me han protegido en exceso — le recordó innecesariamente.

— Pues van a tener que aprender a sentarse en segunda fila, porque a partir de ahora soy yo quien va a protegerte — dijo Joel con firmeza — . Aunque no puede decirse que

hoy haya hecho un buen trabajo...

— Shhh — Katarina apoyó una mano en sus labios para hacerle callar — . No pienses en eso.

Joel le besó la palma.

— Tengo que hacerlo. El accidente me ha dado el empujón que necesitaba para ser sincero conmigo mismo. La verdad se ha hecho evidente en los segundos en que he temido perderte.

Katarina sintió que se le atenazaba la garganta al ver la intensidad de las emociones que reflejaban los ojos de Joel. Casi parecía que le estaba diciendo... su corazón tembló al pensarlo. ¿Y si no era así? Quería creer lo que veían sus ojos, pero no se atrevía a hacerlo. Tenía que estar segura antes de atreverse a creer que había sucedido un milagro.

— Tengo la impresión de que también te has dado un golpe en la cabeza, porque lo que estás diciendo no tiene mucho sentido — trató de bromear, pero la voz le tembló al hablar.

Joel deslizó un dedo por su mejilla con infinita ternura.

— He sido un idiota. Peor aún; he sido un idiota arrogante. Pensaba que podía ordenar a mi corazón que no sintiera, pero mientras mi cabeza insistía en que el amor no existe, él se ha empeñado en demostrarme lo contrario.

El corazón de Katarina estuvo a punto de estallar de alegría. No estaba equivocada.

— Joel...

— No, déjame terminar. Tengo que decir esto y tú mereces oírlo. Cuando me he enfrentado a la posibilidad de un futuro sin ti, he acabado por admitir que te amo. Mi vida cambió desde el día en que entraste en ella. Mi corazón lo sabía, pero mi cabeza se empeñaba en negarlo. Siento que me haya costado tanto admitirlo.

Aunque Katarina no cabía en sí de gozo, respondió con cautela.

— ¿Estás completamente seguro? Porque mi felicidad depende de ello.

— Soy un hombre de palabra. Una vez te dije que me probaras, y supongo que este es el momento de la verdad. Ya no hay dudas en mi mente ni en mi corazón. Te amo, Katarina, y siempre te amaré.

Ella cerró los ojos y una lenta sonrisa distendió sus labios. Cuando volvió a mirar a Joel, sus ojos ardían de amor.

— Creía que nunca te oiría decirlo.

— ¿Confías en mí? ¿Te basta mi palabra?

— Por supuesto, Joel. Te quiero, y por eso confío en ti.

— En ese caso, hay algo que tengo que preguntarte. Cuando te lo pregunté por primera vez lo hice por motivos erróneos. La opción más fácil era pedirte que te casaras conmigo sin admitir que te amaba. Hoy solo te lo pido porque te amo y porque no puedo vivir sin ti. ¿Querrás casarte conmigo?

El corazón de Katarina se desbordó de alegría

— Oh, sí — dijo, feliz — . Claro que quiero casarme contigo.

— ¡Gracias a Dios! — exclamó Joel con auténtico alivio y luego besó a Katarina con cuidado para no hacerle daño en la cabeza.

— ¿Cuándo empezaste a darte cuenta de que me amabas? — preguntó ella, curiosa. Él sonrió.

— Creo que al día siguiente de conocerte, cuando te describiste como un perro fiel.

Después, empecé a darme cuenta de lo celoso y protector que me sentía respecto a ti. Quería que fueras feliz, que no sufrieras, pero estaba dispuesto a permitir que tu familia se ocupara de ello. Pero cuando me sentí realmente afectado fue el día que hablaste de tu sucesora esperando entre bastidores. Entonces, me di cuenta de que no quería saber nada de ninguna otra mujer. Tú eras la única para mí.

— Entonces me pediste que me casara contigo y te pusiste a buscar a mi abuela. Voy a tener que empezar a pensar que eres mi caballero de brillante armadura — murmuró Katarina, y lo miró de reojo — . Hmm... ¿cuánto tiempo crees que tenemos hasta que venga la enfermera?

— Me temo que no mucho.

Katarina pasó una mano tras el cuello de Joel y lo atrajo hacia sí.

— En ese caso, será mejor que no perdamos un segundo. Bésame otra vez.

— Podrían echarme del hospital por esto — advirtió él antes de complacerla.

— Si tú estás dispuesto a arriesgarte, yo también — murmuró Katarina en tono seductor, y él rio.

— ¿Estás coqueteando conmigo, corazón?

— Si no lo sabes, es que no lo estoy haciendo bien — dijo ella contra sus labios — . Vamos, lobo malo, pórtate lo peor que sepas.

Joel sonrió.

— Ya sabes que las parejas de lobos se unen para toda la vida. Katarina le mordisqueó el labio inferior.

— Hmm, eso me gusta.

— No sé por qué, pero lo sospechaba — murmuró él y, finalmente, la besó.

Despertó sobresaltada varias horas después y permaneció muy quieta mientras trataba de discernir lo que estaba pasando. Joel seguía a su lado, profundamente dormido.